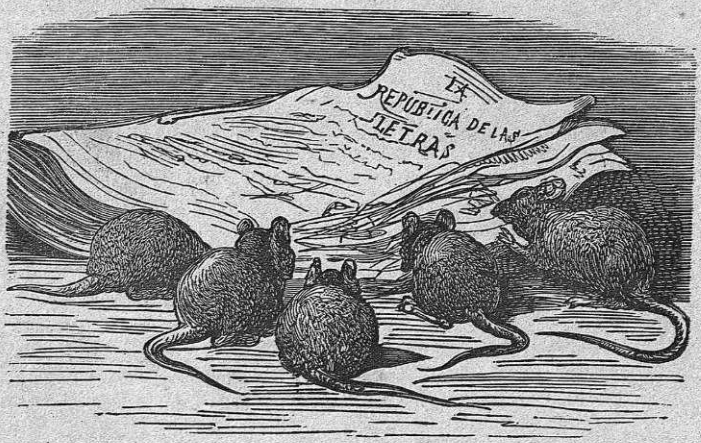
Ossorio y Bernard.

LA
REPÚBLICA DE LAS LETRAS

CUADROS DE COSTUMBRES LITERARIAS.



MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
calle del Rollo, núm. 6.
1877.

8² - 21 - 6
4082
16. 5-9
4671

LA

REPÚBLICA DE LAS LETRAS.

LA

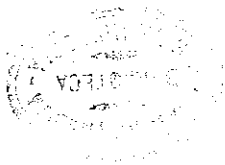
REPÚBLICA DE LAS LETRAS

CUADROS DE COSTUMBRES LITERARIAS

copiados á la pluma

POR

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.



MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
calle del Rollo, núm. 6.
1877.

Desde el momento en que los humildes guardianes de nuestras casas se permiten poner en ocasiones el imperativo *nadie pase sin hablar al portero*, ha de tolerárseme que al frente de este libro estampe la órden de que *nadie pase sin leer estos párrafos.*

Seré en ellos muy breve, porque segun mi creencia—expuesta al frente de otra publicacion mia—cuando una obra es aceptable no necesita prólogos, y cuando es mala no la salvan.

Obligado por inclinacion y necesidad á conocer las interioridades de la vida literaria, me he preguntado muchas veces si seria prudente darlas publicidad ó convendria ocultarlas, haciéndome cómplice en este caso de las desdichas que pudieran experimentar en lo sucesivo los que, desconociendo la actual organizacion de la república de las letras, pretendieran ó lograran ingreso en la misma, arrastrados por sus aficiones poéticas.

Mi conciencia de hombre honrado me ha hecho optar por lo primero, á pesar de cuantas razones parecian abogar por lo segundo. Resuelto, pues, á romper el silencio; pero deseoso de evitar torcidas interpretaciones, muy posibles por parte de los que no me conozcan, me apresuro á consignar al frente de mi libro que en él he procurado únicamente trazar algunos cuadros humorísticos; pero sin ánimo de lastimar en lo mas mínimo á individuos ni colectividades respetables. No puede entrañar ofensa alguna para los que constituyen el gremio literario un librejo festivo de quien, profesando fraternal cariño á cuantos cultivan las letras, no cambiaria por los títulos ú honores mas eminentes el dictado de escritor público, honrosísimo blason que aspira á merecer como la mejor herencia que legar puede á sus hijos.

Hecha esta salvedad que mi conciencia reclamaba, solo me resta pedir perdon á los lectores, tanto por haberles obligado á detenerse un momento en la portería, como por las incomodidades que puedan experimentar recorriendo conmigo la desorganizada y extraña república de las letras.

EL PRIMER PERIÓDICO.

Luis Reibaud, en su intencionada y punzante historia de *Jerónimo Paturot*, ha trazado con brillantes colores lo que son ciertos periódicos literarios, nacidos al calor del entusiasmo juvenil de los poetas. Su pintura es acabada, por mas que solo constituya un incidente de la fábula en que está incluida.

¡Cuántas veces he creido ver en nuestra patria el célebre *Aspid* del honrado comerciante en gorros de algodon!

¿Quién no ha fundado un periódico á los veinte años?

La historia del aprendiz de literato es siempre análoga: se ha aficionado por diversas causas al cultivo de las letras; se ha medido con Quintana y Espronceda y les ha visto muy pequeños á su lado; ha pasado desapercibido entre la muchedumbre; pero siem-

pre ha creido que no habian de trascurrir muchos meses sin que los indiferentes transeuntes fueran parándose al encontrarle en la calle para correr de unos en otros esta voz:

—¡Ese es Retana, el poeta mas eminente de España y de sus Indias!

Y Retana se alimenta con un préstamo contínuo sobre su futura celebridad; se consagra por entero á las musas sin pedir permiso á dichas señoras, y trabaja desesperadamente para allegar materiales con que tejer la corona de laureles que ha de ceñir su frente.

Su poesía es eminentemente subjetiva, y sus quince ó veinte composiciones primeras constituyen la auto-biografía del literato.

Canta primero á Villaconejos, lugar de su nacimiento, para que todos los demás pueblos de España no se disputen mas tarde la gloria de haber sido su cuna; y exclama entusiasmado:

> Y del sol á los pálidos reflejos,
> lo mismo que ante el claro de la luna,
> sonriente se ve á Villaconejos,
> donde nació este vate sin fortuna.

Porque eso de clamar contra la fortuna, es tambien achaque comun de mas de un poeta Retana.

Cumplido el deber de cantar á la patria, canta á su madre, que murió antes de presenciar los triunfos del poeta, quien nos hace ver en suavísimas estrofas que la queria mucho—cosa bastante general en poetas y profanos á la poesía—y recuerda que la autora de sus dias le daba para merendar pan y manteca:

con otros alimentos excitantes,
que no entran fácilmente
en sus lucubraciones consonantes.

Respecto al padre de Retana, no existen en sus versos grandes recuerdos del mismo, acaso porque no le daba pan y manteca; pero en cambio sabemos que el picarillo poeta burlaba la vigilancia de su familia,

cuando la nocturna diosa
iluminaba las eras
argentando las techumbres
y perdiéndose en las selvas,

y que se encaminaba á una calleja apartada, parábase ante una reja, silbaba como una serpiente, y poco despues entablaba tiernísimo coloquio con una muchacha,

cuyos ojos azulados
hacen pensar en el cielo,
porque están haciendo falta
junto al sol tales luceros.

En este capítulo el poeta se desata, y tan pronto canta sus celos, por si ha visto que su muchacha mira ó deja de mirar al nuevo médico del pueblo, como publica favores, cuya sola enunciacion haria brotar el rubor á las estátuas de los reyes que adornan la Plaza de Oriente.

Pero Retana, que no puede limitar su gloria á las exíguas proporciones del pueblo de Villaconejos,

busca afanoso nuevos horizontes,
vuela á la capital de España entera,
cruza mares y montes
y encuentra al fin mas dilatada esfera.

Todo esto de los mares y los montes es una mera ficcion poética; porque en materia de mares solo ha visto desde lejos el de Ontígola en Aranjuez y respecto á los montes, como no aluda al que le ha enseñado la baraja, desconozco á cuáles otros puede hacer referencia.

De todas maneras, Retana está ya en Madrid, y despues de copiar sus versos en letra bien clara, los lleva de redaccion en redaccion, deseoso de verlos multiplicados por el sublime invento de Guttenberg.

La inutilidad de sus paseos le hace formar la idea mas triste que puede darse de lo que es el hombre; cree que la envidia de los escritores le imposibilita darse á conocer, y lo único que siente de veras es haber perdido algunas de las copias de sus producciones, por la evidencia que tiene de que el mejor dia los va á ver publicados con la firma de Hartzenbusch ó de García Gutierrez.

Para obviar este y otros inconvenientes, Retana, olvidando sus estudios y despues de perder algunos años, traba estrecha amistad con cuatro ó cinco estudiantes de leyes, que como él tributan culto á la bella poesía, y como él son *genios desconocidos*, á quienes la envidia mantenia en la oscuridad, y deciden en union salir al encuentro de la fama, abreviar su aprendizaje y resolver el árduo problema de dar los primeros pasos.

¿Quiénes son sus principales enemigos? ¿Los periodistas? Pues hacerles la competencia; fundar un periódico que prive á todos los demás de sus suscritores; entrar por el camino de la prensa en el templo de la inmortalidad.

Lo difícil para eso es un mes, el primer mes de la publicacion; porque despues, las manos de todos no darán abasto para apuntar los nombres de los suscritores. ¿Y quién, teniendo asegurado semejante éxito, no ha de atreverse á exponer algo? ¿Por ventura no tienen Retana y sus compañeros unos cuantos duros, que debieran aplicar al pago de sus matrículas? ¿No puede esperar la Universidad?

Nada: están decididos á jugar el todo por el todo.

Resuelta en principio la publicacion, falta solo fijar su índole y su título. Respecto á la primera, á pesar de la opinion de uno de los empresarios, de que el periódico debe ser satírico, domina la tendencia de que es preferible que sea científico y literario, y por la misma causa se rechaza el título de *El Cuerno*, que desearia ponerle el disidente. Despues de prolongadas discusiones se acepta el título de *El Espíritu*, altamente simpático y significativo, con el aditamento de *semanario científico, literario, industrial y económico*, para que los lectores no puedan llamarse á en-

gaño respecto á las verdaderas tendencias del nuevo semanario.

Como los fundadores no gustan de preferencias, resuelven que sus nombres figuren á la cabeza del periódico, y para que no pueda sospecharse la existencia de privilegios ni prioridades, ni que el nombre de uno esté media línea mas elevado que los de sus compañeros, tienen la salvadora idea de colocarlos formando un círculo. Despues tratan la cuestion económica; el capital social lo forman cinco segundos plazos de matrícula y las familias y relaciones de los asociados, que han de contribuir al sostenimiento del periódico. Para reintegrarse del fondo metálico, la suscricion del público dará con creces todo lo invertido.

A fin de facilitar la marcha administrativa y que no se aglomere el público en una sola librería, exponen los autores en el prospecto que se reciben las suscriciones en todas las de Madrid, Provincias, Ultramar y capitales mas importantes del extranjero; en la casa de huéspedes de la calle del Tribulete; en el café del Pasaje de Murga—dirigiéndose al camarero Pipí;—en la litografía de Alvarez, en la lotería de la calle del Nuncio; en el estanco de la de Embajadores y en todas las tiendas de objetos de escritorio.

Lanzado el prospecto, se presenta el negocio tan bien, que antes de tirar el primer número ya figuran en la lista de suscritores unos trescientos nombres de parientes, amigos y condiscípulos de los noveles periodistas. Verdad es, que al intentar cobrarles sus respectivos recibos se dan de baja los doscientos; pero ellos nada temen, teniendo como tienen la seguridad de que el público, el verdadero público, ha de golpearse para disputar la posesion de *El Espíritu*.

Por fin sale el primer número, despues de grandísimos disgustos y contrariedades que les proporciona la imprenta.

Hé aquí el sumario:

A nuestros lectores, por La Redaccion.

Advertencia. (En esta advertencia se dice que agradecida la empresa al favor del público, ha resuelto aumentar el tamaño del periódico, á contar desde el segundo mes.)

Otra. (En esta segunda advertencia se da á la posteridad la interesante noticia de que han entrado á formar parte de la redaccion de *El Espíritu*, los notables publicistas D. N. Retana y demás compañeros.)

Seccion científica.—*La anatomía en sus relaciones con la mnemotecnia y la arquitectura ojival*, por don Juan Gutierrez.

Seccion artística.—*¿Ha existido Goya?* Estudio del Sr. D. Juan Perez.

Seccion literaria.—*¡Villaconejos!* poema heróico por D. N. Retana.

A unos ojos, por D. Juan Gutierrez.

Mi amor, por D. Juan Perez.

La luna en las eras, por D. N. Retana.

El médico de partido, epígrama, por el mismo.

¡Celos! por idem idem.

Seccion económica.—*Los empréstitos y el trabajo mineral.*

Correspondencia con los suscritores.

Advertencia. (Esta última advertencia se encamina á solicitar que los suscritores no demoren el pago.)

¡Con qué emocion leen los autores sus artículos respectivos! ¡Con qué prolijo esmero deletrean sus nombres! El periódico es ya un hecho; ya no son des-

conocidos; un repartidor ha llevado á cien casas los frutos de su ingenio.

Solo Retana está triste por una desdichada coincidencia. En uno de sus versos habia estampado el siguiente concepto

pues con el alma lucho;

pero dócil á las indicaciones de un amigo, y con el fin de dar mayor sonoridad al disfrazado endecasílabo, habia sustituido la palabra *ánima* á la de *alma*, resultando mucho mejor el verso

pues con el ánima lucho.

Ahora bien, algun cajista mal intencionado habia unido las dos últimas palabras, y los lectores veian en una poesía sentimental—la de *La luna en las eras*—un concepto extraño, la existencia de un *animalucho* que para nada venia á cuento. Otras erratas de menor cuantía esmaltaban la seccion poética, tales como la de poner:

víctima de cal y untura,

por

víctima de calentura;

y la de decir:

la sociedad es un fandango,

en lugar de

la sociedad es un fango.

Verdad es que semejantes erratas pueden salvarse fácilmente en el segundo número, y que así lo hacen nuestros jóvenes, que despues de corregirlas á mano, van de café en café enseñando el número primero de

El Espíritu. Pero, á pesar de la aureola que juzgan haber conquistado, comprenden que están en el caso de conservarla, y preparan un segundo número mas interesante aun que el primero.

En él examina Gutierrez las relaciones de la química con la obstetricia y el Sanskrit; Perez defiende la tésis de que Murillo fué un menguado, cuyos cuadros no hubieran podido figurar en las modernas exposiciones, y Retana, en tres bellísimos cantos titulados *¡Venga la lira! La orgía de amor* y *Nuevos horizontes*, refiere al pormenor toda su vida y milagros.

Pero como no está entre estos el de imprimir gratis, los fundadores de *El Espíritu* acuden á todos los puntos de suscricion para recoger fondos, y reciben un terrible desencanto al saber que solo un desdichado se suscribió al leer el prospecto, creyendo que *El Espíritu* seria un periódico espiritista, y al convencerse de lo contrario, ha reclamado enérgicamente que le devuelvan su dinero; el repartidor, que se perdió desde que se le dieron los cien números con sus correspondientes recibos, se presenta á Retana y compañía, manifestándoles que nadie quiere el periódico, y que hasta algun suscritor le ha preguntado si era él el *animalucho* de que hablaba en su composicion el poeta.

Resulta, pues, que las esperanzas de los escritores se han visto defraudadas, y que el tercer número está muy próximo á salir. El escritor economista aconseja la contratacion de un empréstito; pero Retana prefiere empeñar el reló, y aconseja igual sacrificio á sus compañeros. Estos se niegan; dirígense mútuas reconvenciones por si los suscritores de Perez no pagan ó los de Retana se burlan, y en resúmen, la composicion del tercer número se queda hecha en la imprenta, sus

redactores pierden la amistad, y acaso el año, mientras que el partidario de la prensa festiva acaba de hacerles que pierdan la paciencia, diciéndoles con sorna:

—¿Veis cómo no está el tiempo para periódicos como *El Espíritu*? Otro hubiera sido indudablemente el éxito de *El Cuerno*. . . . . .

. . . . . .

¿Qué escritor no ha intervenido mas ó menos en semejantes escenas? ¿Qué estudiante no ha intentado empresas análogas?

Por fortuna para las letras, la inmensa mayoría de los Perez, Gutierrez y Retana, se quedan en su primera probatura, y los que se lanzan nuevamente á la lucha, es porque sin duda están destinados á seguir, con mayor ó menor éxito, la espinosa senda de la vida literaria.

LA TERTULIA DE LA LIBRERÍA.

Las costumbres, en sus contínuas reformas, han quitado gran parte de oportunidad á este artículo. Ya no es la librería el habitual punto de reunion en que nuestros padres comentaban las interesantes noticias de Rusia publicadas en la *Gaceta* con tres meses de retraso á lo sumo, la tribuna en que se debatia la eterna cuestion de los *chorizos y polacos*, y el observatorio en que se pasaba revista á las nuevas publicaciones, sin perjuicio de conspirar cuando llegaba la ocasion contra los Gobiernos, que este ha sido vicio arraigado lo mismo en las costumbres de nuestros padres que en las nuestras. Los ateneos, los casinos, y mas principalmente los cafés, han triunfado de las librerías, y los antiguos concurrentes á estas las han abandonado, permitiendo á los libreros consagrarse mas á su comercio y menos á la murmuracion política, literaria y social.

Aun hay, no obstante, quien lucha por la conser-

vacion de la costumbre tradicional de pasar una hora como testigo de las transacciones bibliográficas, y observar lo que pasa por la calle, gracias á los modernos escaparates, que causarian profundo horror á nuestros abuelos si pudieran verlos.

En dicha hora de tertulia ¡cuántas y cuán interesantes observaciones pueden hacerse! ¡Qué de preguntas impertinentes! ¡Qué diversidad de tipos!

Ya es un lugareño que con la frase de *santas y buenas noches* en la boca, y con dos duros en la mano, pretende que *se los den* de comedias. En vano será que se le pregunte cuáles quiere, ni siquiera el género de las mismas; el hombre ha recibido el encargo de llevar á Móstoles 40 rs. de comedias, y el librero tiene que dárselos.

Siempre recordaré á un individuo que entró á comprar en casa de un amigo *un libro*; á todas las preguntas que le fueron hechas, no añadió mas detalle que el de que fuera un libro *que tuviera letras* y que sirviera *para leer*. No tengo presente el título de la alhaja de que se desprendió el librero, pero seguramente que seria notable.

Una mujer del pueblo entra en la librería y llama aparte al encargado del despacho.

—Yo quisiera, le dice, un libro como el que tiene la Ramona.

—¿Cómo se llama?

—¡No le digo á Vd. que Ramona!

—No digo eso; pregunto por el título del libro.

—El título..... ¿Pues qué tienen los libros nombres como las personas?

—Seguramente, y sin saberlo no es posible....

—Pero, como yo le diré lo que pone.... Usté se sabrá todos los libros que vende....

—No alcanza á tanto mi memoria. Pero, en fin, de qué trata?

—La verdá, es que me da empacho decirlo.... En fin, como veo que no lo adivina usté, tendré que pasarme la mano por la cara.

—Hace rato que debiera usté haberlo hecho.

—Pues bien; es uno que explica los sueños....

—Acabáramos.... Aquí tiene usté el libro.... que vale cuatro reales.

—Eso luego.

—¿Cómo luego?

Pues clarito: voy á leerlo para ver si dice algo del sueño que tuve anoche. Mirusté, soñé que me apretaban aquí, salva la parte, unos diablos y que me dejaban sin respiracion; y que luego arrojaban á un pozo á mi Miguel.... ¿Dirá el libro algo de mi Miguel?

—No señora—interrumpe por fin el librero—el libro igual al de la Ramona que habla de su Miguel, no se vende en esta librería. Se han concluido los ejemplares.

—Pues mirusté, lo siento, porque si lo dijera, puede que nos hubiéramos arreglado con el libro, si me lo dejaba en doce cuartos.

Esta escena, reproducida veinte veces al dia en análogas circunstancias, explica el mal humor de algunos libreros y la ligereza de sus contestaciones. Hace pocos dias que una actriz se asomó á la puerta de una librería y preguntó rápidamente:

—¿Tiene Vd. *Cadenas de oro?*

—Esta no es platería, contestó el encargado, olvidándose de que hay una zarzuela de dicho título.

Otras veces es un bromista el que pregunta:

—¿Tiene Vd. *Malas tentaciones?*

Y cuando el librero se dispone á sacar la comedia de aquel título, sigue diciendo el parroquiano:

—No se moleste Vd.; pero creo que debe Vd. evitarlas, si desea conservar la salud de su alma.

La cualidad de editor, que suele acompañar á la de librero, le pone en contacto con todos los genios desconocidos que pasean sus manuscritos de extremo á extremo de Madrid, buscando inútilmente quien se atreva con ellos.

—¿Usted es editor? le pregunta el aspirante á literato.

—Sí, señor, responde el librero; editor soy, aun cuando publico muy poco, en razon á los malos tiempos.

—Precisamente los malos tiempos me obligan á molestar á Vd. Yo, segun dicen mis amigos, tengo mucho talento.

—¡Hola! ¡hola! ¡no es malo eso!

—No, lo malo no es eso, sino lo otro.

—¿Y cuál es lo otro?

—Que solo me conocen mis amigos; pero Vd. puede ser mi padre.

—Hombre, no sé qué tenga que ver....

—Sí señor; Vd. puede ser mi padre publicándome el poema que he terminado y mediante el cual pasaré de la oscuridad á la gloria y de la estrechez á la opulencia. Mire Vd.: el poema se titula *El Hombre*, y es eminentemente filosófico y profundo... Yo soy muy fuerte en todo lo filosófico... Demuestro en mi poema que el hombre no es el rey, sino la vergüenza de la creacion; hago observaciones muy atinadas respecto á los desaciertos del Omnipotente en un canto en seguidillas que es una verdadera novedad, y proclamo el suicidio colectivo de la humani-

dad como el fin eminentemente humano de mi libro.

—Siento repetir á Vd. que publico muy poco, y que no puedo....

—Sin embargo, cuando le traigo una fortuna.

—Yo se la agradezco; pero no puedo aceptarla.

—¿Y no habria medio de que Vd. lo recomendara á otro editor?...

—Tal vez los que se consagran á las publicaciones filosóficas....

—No, señor; sólo uno consiente en publicarlo y con cierta condicion.

—¿Que le regale Vd. algunos miles de duros?

—No; que apruebe mi manuscrito la autoridad eclesiástica.

—Pues eso, dado el carácter de su obra....

—No es muy fácil, no; por eso preferiria que Vd. la imprimiera.

—Gracias; no acostumbro á publicar versos.

—Entonces me tomará Vd. seguramente un estudio en prosa sobre los crímenes de los emperadores.

—No hago libros políticos, sino industriales y agronómicos.

—Pues ya veré de traerle á Vd. alguna cosita: mi discurso sobre la negacion de Dios mediante los tres reinos de la naturaleza.

—No, señor; veo que no podemos entendernos.... Vd. debe imprimir por cuenta propia.

—¡Buena idea! Así como así, yo profeso la máxima de que todos los editores son unos miserables....

—Oiga Vd....

—Y yo me rebajaba ofreciendo mis obras.... ¡Sin duda estoy loco!

—No, señor; todavía no se ha dado el caso de que un tonto se vuelva loco.

—¡Vd. me injuria!

—Y Vd. me está haciendo perder un tiempo precioso.... ¿Qué deseaba Vd., caballero? pregunta á un nuevo parroquiano.

—¿Vd. tendrá el *Quijote* reproducido foto-litográficamente?

—Sí, señor; un ejemplar me queda. Véalo Vd.

—¿Y la *Biblioteca de Autores españoles*?

—¿Unos cincuenta tomos?

—¿Puede Vd. enseñármelos?

—En seguida: muchacho, coge la escalera y baja esos cincuenta tomos.

—Mientras lo hace, ¿Vd. podrá enseñarme la *Historia de España* de Lafuente?

—Sí, señor.

—¿Y la Universal de César Cantú?

—Tambien la tengo.

—Muy bien; creo que al fin y al cabo me quedaré con todos estos libros.... Por el pronto llevaré el último tomo de real y medio de la Biblioteca de Murcia y Martí.

—¿Lo va Vd. á llevar de veras?

—Sí; por ahora me lo dejará Vd. apartado y volveré por él mas tarde.

Los asíduos concurrentes á la librería comentan en voz baja todas las escenas referidas, y conforme van saliendo de la tienda los respectivos parroquianos se entretienen en buscar explicaciones al sueño de la amiga de Ramona, añaden capítulos imaginarios al poema del vate desconocido, ó dan broma al dueño de la librería con el comprador que le hace perder dos horas revolviendo toda la tienda para llevarse al cabo el sainete *El Viudo* ó *Los perfumes de Barcelona*.

Pero así como el casino y el café han dado muerte

á la tertulia de la librería, esta á su vez ha concluido con los gabinetes de lectura, y los periódicos y revistas que se conservan sobre el mostrador sirven para entretener los ocios de los tertulianos que en aquella atmósfera puramente literaria y comercial discuten abstractamente los problemas mas difíciles de la política ó los resuelven de plano con una seguridad eminentemente española. Donde la política sienta sus reales, la murmuracion reclama sus fueros, y á poca oposicion que exista entre los pareceres, no hay hombre público á quien no se corte algun vestido, poco ó nada compatible con su honra. Pero si en medio de la discusion mas acalorada cruza por delante de la puerta ó penetra en la librería una mujer de verdadero merito personal, las discusiones cesan como por encanto y todas las opiniones coinciden en un elogio. Tal es el privilegio que encierra la hermosura de la mujer.

Durante las horas que he pasado en mi tertulia librera he oido pedir el *Código penal con láminas*, *La Historia de Roma y demás pueblos del Asia*, *Las Lamentaciones de Poncio Pilatos* y otra multitud de libros cuya indicacion bibliográfica volveria loco al investigador mas cachazudo.

Pero como el librero es hombre y está sujeto por lo tanto á todas las exigencias de la flaca naturaleza, es intransigente con la amistad en cuanto la hora de la cena se aproxima, y con la ordinaria indirecta de *á ustedes les esperarán en el café* ú otras análogas, declara cerrada la sesion, mientras los dependientes de la tienda se disponen á cerrar la misma.

UN... POETA.

—

¿Qué es la poesía lírica?

Si dejamos que á la anterior pregunta conteste Manolito Guedeja, el lector obligado en todas las solemnidades teatrales, el que hace las delicias de todas las tertulias y, en una palabra, el poeta á la moda, la poesía lírica es el arte de llenar volúmenes con palabras que nada dicen y conceptos huecos, y de forrar de talco y oropel los mas pobres conceptos.

Por supuesto que esta contestacion la dará en el caso de que sea su conciencia la que responda, no de otra manera.

Pues ¡bonito genio tiene Manolito Guedeja para hacer voluntariamente semejantes concesiones!

Y del pobre muchacho no es toda la culpa: si la vez primera que hizo versos le hubieran dejado sin comer; si en lugar de aplaudirle le hubieran encerrado en un cuarto oscuro, otra hubiera sido la suerte de Manolito; pero, ya se ve, su padre, que era un honradísimo farmacéutico, sabia bastante poco de achaques literarios; su buena madre lloró á lágrima viva escuchando las gracias del chico y hasta el maestro de

escuela del pueblo declaró paladinamente, que él no hubiera escrito versos mejores.

La madre los conserva aun, entre la fe de bautismo del muchacho y su propia partida de casamiento.

Hé aquí su principio:

Rutilando fantásticos loores
en nítido vapor fragantes flores
el prado inmenso su verdura exalta
y el arroyuelo entre las peñas salta
con trinos, como el cielo, arrobadores.
Los dulces trovadores
himnos célicos mandan al ambiente
y el sol que brinda expléndida corona
orla del vale la inspirada frente
poco antes de morir en otra zona.

Todo esto es muy bello, y el triunfo de Manolito se justifica plenamente.

Tambien se explica con él el inmediato abandono del botámen de la farmacia paterna y la marcha del vate á Madrid, donde muy pronto encontró mas vasto círculo á su actividad.

Verdad es que Manolito no sabia una palabra de nada, absolutamente de nada; pero el periodismo no investiga las procedencias ni las aptitudes y el poeta pudo entregarse en brazos de las musas, únicas entidades femeninas que no le negaban sus favores; porque en asuntos amorosos fué siempre poco afortunado. Así se explica el prodigioso número de composiciones *A una ingrata*, que encierra su primer tomo de poesías, en todas los cuales habla de

el triste pecho para amar nacido
en cuyas fibras el cansancio mora;

luego compara el de la ingrata,

á incandescente monte, cuyo fuego
apagóse ante el soplo de la vida,
para que el niño ciego
herir no pueda el mármol, ni la herida
de la chiprina aljaba le entre luego.

La madre del poeta, leyendo las penas del hijo de sus entrañas, no pudo menos de recordarle que la hija del tio *Mantalhombro*, primer contribuyente del pueblo, no seria tan ingrata como la *Clori* de quien estaba enamorado, y que ni aun por el nombre tenia trazas de ser cristiana rancia; pero Manolito, que tiene una voluntad de hierro, siguió cantando á la

selvática belleza
en quien el mundo admira
á veces la torpeza,
y á veces la mentira,

con otra multitud de conceptos igualmente lisonjeros para Clori, de cuya existencia misma se ha llegado á dudar. Verdad es tambien que no siempre la cantó furioso y que en ocasiones fué hasta benévolo con ella.

Esto coincidia con la moda de la poesía de contrastes y Manolito hizo sus cuarenta ó cincuenta composiciones sobre este conocido tema:

Tú eres la dicha, yo soy la pena,
yo el navegante, tú la sirena,
yo noche oscura, tú claro dia,
yo prosa humilde, tú poesía,
tú diva hermosa, yo Belcebú,
yo sol que muere y aurora tú.

De esta índole, repito, escribió Manolito multitud de composiciones, todas igualmente inspiradas, todas bellísimas segun sus compañeros en la prensa, que le

colocaron desde luego muy por encima de todos los poetas líricos, desde Fray Luis de Leon hasta Zorrilla inclusive.

Y aquí debo repetir que no es suya toda la culpa. Si algun escritor se hubiera negado á elogiarle en la prensa, y antes bien le hubiera aconsejado lo que debia, tal vez Monolito habria reflexionado oportunamente y evitado su desdicha: «Desengáñese Vd.—debió decirle la crítica—la travesura con que coordina Vd. las palabras no tiene nada del genio sublime que han hecho creer á Vd. que es su patrimonio. Usted escribe, por la mismísima razon que habla el loro; tiene bastante habilidad para ensamblar palabras que rabian de verse juntas, pero ni es Vd. poeta ni ese es el camino. Vuelva Vd. á su abandonada carrera de farmacia, ya que en la botica de su padre tiene abundante pozo, que puede ser un manantial de riqueza; cásese Vd. con la hija del tio *Mantalhombro*, que es una chica honesta, rolliza y muy á propósito para darle sucesion, y no haga Vd. que las prensas giman con razon multiplicando sus dislates. Mire que la aureola que parece rodearle es efímera y falsa; que los que aplauden sus travesuras lingüísticas no son capaces de recordar uno solo de sus conceptos, y que todavía no ha logrado Vd. arrancar una lágrima ni una sonrisa á sus oyentes ni lectores. No sea Vd. terco, Manolito, y ya que todavía es jóven, arrepiéntase, haga penitencia y vuélvase á su lugar.»

Pero el poeta no tuvo la suerte de encontrar un consejero y sí muchos aduladores, y continuó cultivando el género de *suspirillos germánicos*, segun la feliz expresion de Nuñez de Arce, y haciendo composiciones patrióticas, en que llevaba su atrevimiento hasta un extremo inconcebible.

Manolito es hoy una necesidad de la sociedad moderna. Habituada esta á sentir poco, pero sin renunciar por eso á que se le supongan aficiones literarias, agasaja al escritor, para que este á su vez lea en sus reuniones alguna de sus composiciones poéticas; enmascara al infeliz con los dictados de eminente, inspirado y sublime, y Manolito hace ya versos como su padre píldoras y ungüentos. Ha logrado tal facilidad, que no tendria inconveniente en pasarse hablando en endecasílabos toda una semana, y no falta quien le suponga con aptitudes académicas.

¡Infeliz Manolito! Si llega á experimentar esta última desgracia; si los inmortales de la calle de Valverde le llaman á su seno—que todo es posible—Manolito se habrá perdido irremisiblemente, y perderá á otros muchos con su ejemplo.

Entonces, ante la gravedad de las circunstancias, todos tendremos que oponer un dique al torrente del mal gusto, y repetir dia y noche con Antonio de Trueba:

«¡Atrás, impostores, que porque teneis mas ó menos páginas del Diccionario en la memoria y vuestro oido distingue una frase de ocho sílabas, de una frase de nueve, os dais el nombre de poetas! ¡Atrás los que os llamais poetas y no sentís calor en el corazon ni lágrimas en los ojos cuando un niño tirita de frio ó desfallece de hambre, ó cuando el sol desciende al ocaso, ó cuando las campanas recuerdan á Dios y á los muertos, ó cuando glorifica la patria el heroismo de sus hijos, ó cuando la virtud resplandece en la vida pública ó en la vida del hogar! ¡Atrás, y dejad el nombre de poetas á los que sienten así, ya sepan expresarlo con cadenciosos versos ó pulida prosa, ó ya solo con rudas y balbucientes frases! »

POETAS DE CIRCUNSTANCIAS.

De poeta, músico y loco, todos tenemos un poco, segun consigna un dicho popular; pero, aun cuando el pueblo en su refran no lo consignara, lo demostrarian los hechos que un dia y otro se suceden á nuestra vista. Hay que advertir, no obstante, en cuanto á la aficion musical, que muchos individuos se limitan á tocar el violon; y en cuanto á lo de la locura, que otros muchos la suplen con la tontería; pero en lo de poetas, sí, que el refran es verdadero.

Desde Homero á Gonzalez Estrada, la gerarquía de los poetas comprende infinitos grados, no siendo los poetas de circunstancias los que menos atencion merecen del que se consagra á pintar costumbres literarias. Por ellos prospera el comercio de tarjetas caladas; por ellos tienen trabajo largo los marmolistas; por ellos, en fin, se señalan todos los nacimientos, bodas y entierros, triunfos, proclamaciones, rebeliones, motines y algaradas.

Fuerza me es decir, en honor de la verdad, que los poetas de circunstancias no son tan abundantes en la Península como en nuestras posesiones ultramarinas, donde abusan lamentablemente de la plana de anuncios de los diarios; pero, en cambio, son admirables por su fecundidad.

El tio Zorongo, respetable labrador de Mediavilla, es tipo perfecto de poetas de ocasion. El se basta y se

sobra para sacar de apuros á todo el pueblo, y mas de una vez ha sido una verdadera Providencia para el Municipio. Aun recuerdo el entusiasmo con que cantó la revolucion de Setiembre, en una felicitacion dirigida al Gobierno Provisional, y que decia así:

En la heróica Mediavilla
todos liberales semos
y es justo que saludemos
al nuevo sol que mas brilla.

No faltó quien censurase á Zorongo, suponiendo que pudiera existir sinonimia entre el sol que mas brilla y el sol que mas calienta, y acaso influyó la maledicencia en que no se publicara la felicitacion; pero el poeta no se desanimó, y al ser votado el duque de Aosta para ocupar el trono de España, consiguió que en la sala del Concejo se pusiera el siguiente dístico:

A tí te aclama el general deseo
de los mediavillanos, Amadeo.

Caida aquella frágil monarquía, el tio Zorongo enmudeció por algun tiempo, segun todas las señales, no siendo de presumir que fueran suyas las coplas que contra Dios y los ricos cantaban los mediavillanos durante la federal; pero, así que se verificó la restauracion, volvió á pulsar la lira, teniendo todavía en cartera unas seguidillas, que se ha negado á mandar á los periódicos de Madrid, por si una vez se le burlaron ó no. Pero el tio Zorongo no se limita á la poesía política; por el contrario, su inspiracion está siempre al servicio de los tristes y de los alegres, para poner inscripciones en el cementerio y entonar epitalamios al son de la clásica guitarra. El cementerio de Media-

villa es un magnífico álbum en que su genio se ostenta; tengo presentes algunas de sus inscripciones:

Sargento de la milicia,
buen padre, excelente esposo,
aquí yace en gran reposo
uno que fué de justicia.

—

Por un feroz garrotillo,
mi primer hijo Marcelo
desde el mundo subió hasta el cielo.

—

Luchó por la buena causa,
pero la muerte traidora
hizo en su vida una pausa.
A Hipólito Gil su esposa que le llora.

—

Rezad los buenos por mí,
que hoy soy polvo miserable,
cuando ayer alcalde fuí.

Todas estas y otras muchísimas inscripciones han conquistado á Zorongo renombre inmortal entre sus convecinos y diez pueblos á la redonda, de donde acuden á verle para que componga una copla que haga rabiar á la sacristana, ó un anónimo para el boticario que por dar quina dió estrignina á un enfermo, ó contra los mismos poderes constituidos, simbolizados en la persona del alcalde, que un dia destituyó, segun su frase, al gobernador de la provincia, y amenazó al mismo Gobierno central. Y todo lo hace por aficion, sin el menor asomo de interés; los Zorongos no comprenden que el hacer versos produzca dinero, y cantan por la misma razon que los grillos, ya que hemos convenido en conceder que los grillos cantan, punto muy discutible y ajeno á mi propósito.

Cuando estos poetas habitan en Madrid, se llaman de otra manera, y al cantar en el aniversario de Cervantes, le apellidan

ilustrado poeta consonante

ó

escritor de los mas sandungueritos (1).

Si residen en Málaga, truenan contra la guerra civil en estrofas tan admirables como la que copio:

Tiempo es ya que la azada
reemplace en los campos al fusil;
tranquilidad, ventura, paz deseada;
el martillo, el escoplo, el mandil
se cambien por el horrísono cañon,
las fábricas, los talleres y el estudiantil
brillen y florezcan en esta desventurada nacion,
y concluya para siempre la guerra civil.

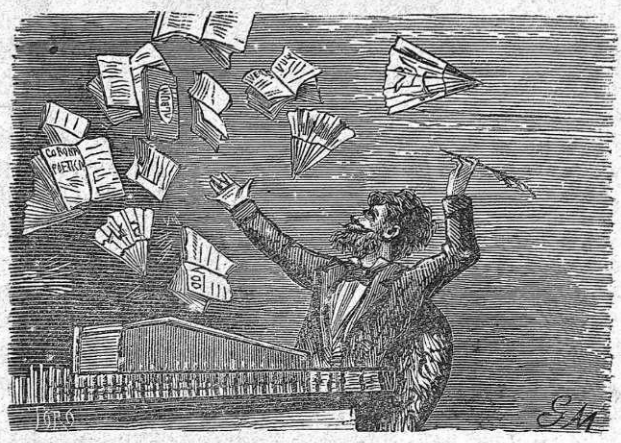
Tal vez en algun pueblo de Astúrias brilla el estro de otro poeta, que canta los triunfos del carlismo, ó dedicándose á la poesía clásica, levanta á Ovidio el siguiente falso testimonio:

Antes de la sangre del desdichado
niño Lacedemon, de Apolo herido
mortalmente de un modo inopinado.
Letras comunes al niño querido
de Apolo, y á este varon enojado
escritas en medio sus hojas sido
han: la una de este niño el nombre indica
la otra del varon la queja predica.

(1) Tanto esta cita como las que siguen son auténticas y se han publicado con las firmas de sus autores, cuyos nombres omito, sin embargo, para quitar á mis artículos todo carácter personal.

Pero cuando madrileños, andaluces, valencianos y astures encuentran ocasion de lucir sus galas poéticas, es al realizarse los grandes acontecimientos políticos que tanto abundan en España. Si fuera posible citar los grandes dislates que ha producido, entre otras cosas, la pacificacion venturosa del pais; si no constituyera un abuso de la benévola atencion de los lectores amontonar citas y reproducir sonetos de trece versos, endecasílabos de diez y ocho sílabas, piés quebrados, estrofas de arte mayor y menor, himnos, loas y otros excesos que el entusiasmo por la paz ha producido, no es dudoso que todo el mundo repetiria con un queridísimo amigo mio:

—Empiezo á sospechar si hubiera sido preferible á la produccion de tantos versos á la paz, la continuacion de la guerra civil.



¡POBRES POETAS!

A buen seguro que habrá muy pocas cosas en el mundo capaces de producir mayor extrañeza á un industrial de Sevilla ó Jerez, que recibir una carta concebida en los siguientes ó parecidos términos:

Muy señor mio: Deseando surtir mi casa de los mejores vinos, para crearme con su venta una riqueza, y sabiendo que Vd. los tiene excelentes, le suplico que me remita gratis una pipa. Su admirador, que no tiene la honra de conocerle,—Fulano.

El asombro del agricultor andaluz estaria muy justificado y todos cuantos leyeran la carta dirian las mayores infamias de Fulano, de su atrevimiento, descortesía, etc.

Pero, vuélvase la oracion por pasiva.

Un industrial de provincias, de Sevilla, por ejemplo, coge la pluma y escribe á una poeta de Madrid:

Muy señor mio: Voy á publicar un libro de poesías de los mejores escritores contemporáneos, que supongo se venderá admirablemente y me producirá grandes beneficios. Por lo tanto, espero que me mande usted gratis alguna que sea buena. Suyo,—Mengano.

Y la gente que se hubiera hecho cruces leyendo la primera carta, dirá al ver la segunda, que la peticion es muy natural.

Esto debe consistir en que la produccion literaria es un robo, de que todos tienen derecho á despojar al autor, segun demostraré en otro artículo. Algun filántropo dirá á lo sumo:

—Si fuera prosa lo que se pide; pero versos.... ¿Acaso deben pagarse los versos?

***

Sea Vd. poeta; sienta arder en su alma el fuego de la inspiracion; traduzca Vd. en conceptos sonoros y profundos sus penas y sus goces, las glorias y los horrores, el bien y el mal; enseñe, ilustre, haga llorar á sus lectores, sea Vd. un hombre privilegiado que levante con sus cantos á un pueblo, haciéndole acaso conquistar su independencia.

El aplauso de la muchedumbre será su patrimonio; pero dinero.... ¿Con qué derecho lo pide *un holgazan?* ¿Qué callo le ha salido en las manos por inventar sus versos? ¿Qué quebradura tiene por ello?

¡Vaya, que son exigentes los señores poetas...!

¡Si fueran tan respetables como el industrial que les pide ó les toma los frutos de su inspiracion, los multiplica por la imprenta y los vende luego por tomos!

***

Y si las peticiones de versos fueran un caso excepcional, menos malo; pero nada de eso.

Aquí, por una ú otra causa, no hay día en que el poeta deje de verse acosado, y aun cuando se resigne á escribir prosa, por si tiene mejor salida y llega á darle para comer, le interrumpirán cien veces en su trabajo para que haga

Versos para álbums,

Versos para abanicos,

Versos para inauguraciones,

Versos epitalámicos,

Versos para coronas fúnebres,

Versos para epitafios,

Versos para proclamaciones y victorias; triunfos dramáticos, líricos, históricos y científicos.

Versos para remitir libros.

Versos para corresponder á convites, y versos para felicitaciones de todas clases.

De propósito he omitido los pedidos de versos para calendarios: desde que estos se publican en Julio y en vez de encargarse á los astrónomos se encargan á los periodistas, no hay año en que baje de doce el número de composiciones poéticas que hay necesidad de regalar.

Decididamente, los poetas son la única excepcion dentro de la lógica y respetable regla general, que manda retribuir todos los trabajos que se encargan.

***

El mundo, que tanto dificulta la vida del poeta, llega á ser con él ingrato y despiadado. Le explota, y luego se burla de él.

Haga Vd. jugadas de Bolsa, pasteles, curaciones milagrosas, pronunciamientos, revoluciones: haga

usted aunque solo sea zapatos y será Vd. respetable y respetado.

Pero haga Vd. versos: atrévase á ello y todos acogerán la noticia con desdeñosa sonrisa y gráfico encogimiento de hombros.

***

Quedamos, pues, en que el industrial de provincias que nos pide versos gratis para publicar con ellos un libro, todavía nos hace un favor, y que debemos guardarle eterna gratitud porque no nos haya exigido que le mandemos juntamente con la poesía una moneda de cinco duros ó un corte de pantalon.

¡Pobres poetas!

TALLERES LITERARIOS.

I.

(Á CARLOS FRONTAURA.)

Para los que sin ser criminales vivimos sujetos á trabajos forzados, ó lo que es igual, obligados á una produccion contínua y abundante, que nos autorice á consumir en igual proporcion en el mercado del mundo, la época que hemos alcanzado tiene bien poco de tranquilizadora y risueña.

Aquí, donde tan fácilmente se crean fortunas y posiciones, con solo explotar el gran filon, de que no há mucho nos puso en autos Rubí; aquí donde vivimos en perpétuo equilibrio, gracias unas veces al cantonalismo, otras al carlismo y siempre á las luchas políticas, la mision del escritor tiene algo de milagrosa,

pues necesita regularmente descifrar cada veinticuatro horas los tres siguientes problemas, dignos de los mas eminentes matemáticos:

Primero, dónde ha de almorzar.

Segundo, dónde ha de comer.

Tercero, dónde ha de dormir.

Y en vista de que son muchos los que logran resolverlos, queda demostrado que el tiempo de los milagros no ha desaparecido, como afirman los incrédulos.

No es menos cierto que la resolucion de los citados problemas cuesta sudores de muerte, y que el desdichado que sale á la calle llevando en la mano un artículo ó una comedia, tiene adelantado muchísimo camino para acabar en el hospital ó en la prevencion.

Yo creo que los mismos escritores tienen mucha culpa de lo que les sucede, y que en vez de alimentar vanas esperanzas debieran pensar en alimentar su individuo, facilitando para ello los medios de conseguirlo. Uno de los recursos indicados por la experiencia es rebajar su noble profesion á la categoría de oficio, con lo cual seria indudablemente mucho mas productiva.

Yo, al menos, fundo mi bello ideal en poder pintar una muestra que señale á los transeuntes mi domicilio, en esta forma:

FULANO, *escritor público por mayor y menor. Se hacen y componen comedias para toda clase de gustos. Especialidad en reclamos, bombos y biografías á precios convencionales.*

Pero, como quiera que la asociacion es uno de los caractéres mas salientes de la vida moderna, aun seria de mucho mas efecto y tambien mas productivo, el establecimiento de talleres literarios, en los que se hi-

ciera toda clase de obra con prontitud y aseo. No creo equivocarme si auguro un gran éxito al taller que se estableciese en la habitacion de Vd., cuyos prospectos podrian decir á la letra:

«*Cárlos Frontaura y Compañía* ofrecen al respetable público el nuevo taller que han abierto en esta córte, y en el cual se hace todo género de trabajos literarios, á los precios de la siguiente económica tarifa:

Artículos políticos, de los que no dicen nada	8	rs. pieza.
Artículos recogibles	16	—
Idem para alcanzar la suspension de un diario	20	—
Revistas de modas, sin firmar	2	—
Idem con la firma de poetisas eminentes	4	—
Epitafios para los hombres públicos	½	—
Epitalamios, á precios convencionales.		
Improvisaciones, pidiéndolas con un mes de anticipacion	10	—
Idem al minuto	20	—
Epígramas sangrientos	1	—
Sonetos	14	cuartos.
Arreglo de comedias, que hayan sido arregladas ya anteriormente	100	reales.
Idem que lo sean por primera vez	200	—
Novelas de costumbres, originales, á	60	rs. la libra
Idem traducidas, á	100	rs. arroba.

Idilios y églogas, versos amorosos, felicitaciones para dias de santo y otras menudencias, por lo que quieran depositar los parroquianos en la bandeja que ha de ponerse en el taller.»

Tal vez el establecimiento de los talleres en cuestion, no fuera muy del agrado del zapatero que escribe actualmente los romances de ciego, por la competencia que le harian; tal vez, perdiendo el poeta su

personalidad, no hiciera ilustre su nombre; pero en cambio viviríamos, y hasta seria posible aspirar á que la comida no fuera un episodio raro en la existencia de los escritores.

¡Y quién sabe, si llegarian los talleres á constituir una industria lucrativa como la que mas! ¡Quién sabe si alguno de los muchos individuos que aspiran siempre á ingresar en la Academia de la lengua, haria la fortuna de algunos infelices, encargándoles quince ó veinte tomos de las obras poéticas que habian de abrirle á él las puertas de la casa en que se limpia, fija y da explendor al lenguaje!

Nada, amigo Frontaura: lancémonos á la empresa, y si algunos severos escritores de los que nos honran hoy con su amistad nos niegan entonces su apoyo, pongamos á la puerta ó en las rejas de la casa un cartelito en que diga: *hacen falta oficiales*, ó bien: *se necesita un aprendiz de literato.*

Esto habia de constituir al propio tiempo un poderoso elemento para *El Cascabel*, por los cuadros de costumbres que proporcionaria.

Ya me figuro ver á Vd. imponiendo silencio á su perro, para que sea mas comedido con un ciudadano de pelo á la sevillana y pantalon ceñido, que entra en su casa, y aun creo escuchar el diálogo que sostiene Vd. con él.

—¿Es aquí el taller?

—Efectivamente: puede Vd. decir lo que quiera.

—Pues yo queria que me hiciera Vd. unos versos bien insultantes para *la rubia.*

—¡Hola! ¿Y quién es esa señora?

—Pues hombre, la *cuñá* del Chato, la que dicen si tuvo ó no tuvo con uno de policía.

—Bueno, ¿y qué quiere Vd. que diga yo?...

—*Miste*, maestro, á mí poco me importa lo que haya tenido; pero lo que me emperra es lo que tiene...

—¡Ya! esa señora tiene....

—Hombre, yo no he dicho tanto; pero en los versos hay que dárselo á entender, para que vea que yo no me chupo el dedo.

—¿Pero Vd. quiere una carta, un anónimo ó qué?

—Yo quisiera una copla, para cantársela á la guitarra, en la taberna donde va su proporcion.

—¿Y esa proporcion?...

—Es un torero de invierno, á quien llamamos por mal nombre *Meleno*.

—Pues descuide Vd., que la rubia y el Sr. *Meleno* quedarán servidos.

Y acto contínuo escribirá Vd. por encargo de aquel amante quejoso:

Dicen que tiene la rubia
quebraderos de cabeza,
y que el *Meleno* la ronda
y un polizonte la cela.
Dicen que el *Meleno* tiene
mucha fachenda en la plaza,
pero yo con él no tengo
ni para tres bofetadas.

Escritas las anteriores coplas, consultará Vd. la tarifa; pero como el parroquiano no sabe leer, solo consentirá en pagarle las dos pesetas de tasacion, cuando haya aprendido las coplas de memoria.

Y despues que este las aprenda y se vaya, recibirá Vd. á un pollo que quiere una declaracion en regla para la diosa de sus pensamientos, y se despachará Vd. á su antojo comparando la estatura de la novia con la palmera, el talle con el tallo de una flor, los

labios con la fresa y los ojos con el carbon de piedra. Despues hará Vd. una solicitud en verso para un cesante de Hacienda y se verá negro para rimar la siguiente conclusion:

Por lo cual ahora espero
que en vista de razones tan galanas
me dé la plaza de oficial tercero
del cuerpo de Aduanas.
Y Dios guarde á V. E. muchos años
para dicha de propios y de extraños.

Mas tarde recibirá Vd. la visita de una enlutada viuda, que quiere un epitafio para su difunto, y sin pararse en barras satisfará Vd. su anhelo en esta forma:

Aquí yace D. Juan Gil y Pavía
federal consecuente:
cuando se restauró la monarquía
murióse de repente.
Antes de que los nuevos exponsales
le borren de su viuda en la memoria
le consagra estos versos sepulcrales:
¡Dios tenga á D. Juan Gil en santa Gloria!

Creo que no debo esforzarme en demostrar las ventajas de la idea del taller.

Si Vd. se decide, puede contar desde luego con un oficial de córte, acostumbrado á velar, y acreditado en todo género de costuras y remiendos.

Si no se resuelve, dé publicidad al proyecto, que no faltará quien lo realice.

II.

No incurriré en la vulgaridad de suponer que todo el mundo plagia mis pensamientos; pero sí ha de

serme lícito consignar que el de los talleres literarios debe ser de gran importancia cuando la prensa traspirenáica da cuenta de la formacion de una empresa—M. Vilain et Comp.e —establecida con un objeto análogo al que recomendaba en mi carta á Frontaura en Enero de 1875.

Un diario de provincias ha traducido la primera circular de dicha empresa, que decia así:

«Muy señor mio:

»El amor es la vida de la humanidad; el hombre cuyo corazon no late precipitadamente en presencia de una señora cualquiera, siempre y cuando que sea bonita, es un vegetal, es una piedra, es un fósil. Arroyuelo sin rumor ni reflejos, cuadro sin claro oscuro, diamante sin facetas, flor sin aroma, pulmon sin aire, maestro de escuela sin paga, ministro sin cesantía, es el hombre que no ama.

Amar es vivir. Amar es cobrar.

»La poesía es el lenguaje natural del amor. Un cochero, mas ó menos Simon, siente retozar dentro de su cuerpo el alma de Víctor Hugo; para hacer versos, para expresar armónica y métricamente lo que pasa en su corazon, le falta solamente saberse de corrido la epístola de Horacio á los Pisones. Enseñadle esa epístola y tendreis un poeta.

»Pero no todos poseen las reglas necesarias para poder confeccionar una poesía ó dos; no todos saben hacer versitos. ¿Y habrá alguno que no los necesite? ¿Quién no escribe una composicion á la elegida de su alma? ¡Oh! ¡Cuántas veces consiguen unas quintillas lo que no puede conseguir una prosáica carta de veinte ó treinta caras!

»¡Ay, cuán grande es la influencia de los renglones cortos!

»A vosotros, enamorados platónicos, corazones atravesados por las flechitas del dios ciego y niño, es á quien principalmente se dirige la casa de M. Vilain et Compagnie.

»Los precios á que esta Agencia expende sus artículos, nada dejan que desear, si se tiene en cuenta la bondad de sus géneros.

PRECIOS.

»Pareados octosílabos, 50 céntimos de franco el par.

Idem endecasílabos, 60 id. id. de id. el id.

Tercetos, 70 id. de id. cada uno.

Cuartetas, 80 id. de id. cada una.

Quintillas, 90 id. de id. id. id.

Octavas reales, un franco pieza.

Epígramas, dos francos uno con otro.

Sonetos, 2 á 4 francos, segun clase.

»Entiéndase que las mismas *clases* confeccionadas en versos de arte mayor se pondrán un 25 por 100 mas caras. Los romances, baladas, idilios, odas, silvas, epitalamios, poemas y demás poesías de dimensiones indeterminadas, se harán á precios convencionales por línea, teniéndose siempre en cuenta la magnitud de la composicion y la calidad de los versos. Los pagos adelantados; remítase en sellos de franqueo el valor de la ó de las poesías encargadas. El comprador adquiere el derecho de propiedad, y puede perseguir ante la ley al que, sin su permiso, las copie ó imprima ó se valga de ellas para otro uso cualquiera.

MATERIAL DE OPERACIONES.

»Cuenta la empresa para dar cumplimiento á los pedidos, con la colaboracion de *nuestros primeros poetas*.

»Júzguese por la lista siguiente:

»M. Fantaisie; poeta melenudo, de bigote y perilla, puro sentimentalismo, estilo incomprensible. Es una especialidad en la confeccion rápida de poesías sentimentales; siempre está muriéndose de amor. A este poeta le dedica la casa á la série titulada: *Declaraciones*.

»M. Vorace: poeta realista, estilo llano, hombre que antepone el fondo á la forma; no tiene precio en cuantos asuntos toquen mas ó menos á viudas ricas.

»M. Calembourg, poeta picante y atrevido, sin pelo de barba, sin pelo en la ropa, y sin pizca de vergüenza; maneja bien el retruécano, y es muy dado á los pensamientos epigramáticos. Este poeta se pinta solo para entusiasmar á las *grisetas*.

»La casa tiene y pone á disposicion del público una coleccion de composiciones poéticas que conserva archivadas para casos de apuro; el aficionado encuentra en ella un surtido variado y elegante.

»M. Vilain et Compagnie esperan de su amabilidad se sirva honrarlos con.... su buena fe, que ellos no tienen.

»*M. Vilain et Compagnie.*»

III.

De la broma francesa, como de la mia, quisiera yo que resultase algo práctico y provechoso para los po-

bres escritores; pero ya verán ustedes cómo nada resulta.

Los médicos seguirán cobrando por tomar el pulso; los boticarios explotarán la fórmula de la piedra filosofal que han encontrado en el fondo del pozo; los ingenieros cobrarán sus trazados y los arquitectos sus proyectos.... Unicamente los escritores seguiremos surtiendo los álbums y abanicos con acaloradas improvisaciones, sin atrevernos á poner al pié de nuestra firma el siguiente apéndice:

Derechos, cinco reales y medio.

O: *Gratis por ser pobre.*

LA PROPIEDAD ES UN ROBO.

El derecho de propiedad.... corresponde á los autores durante su vida, y se trasmite á sus herederos legítimos ó testamentarios por el término de cincuenta años.
(Ley de 10 de Junio de 1847, art. 2.°)

Eminentes políticos, sabios legisladores, varones esclarecidos que con incesante afan dedicais vuestros desvelos á que sea un hecho el imperio de la justicia; vosotros, los que habeis consagrado los derechos del hombre, consignando en todos los códigos el respeto á la propiedad, permitid, á pesar de la modestia que os adorna, que haga pública vuestra alta prevision, vuestra notoria justicia, y hasta vuestro claro ingenio, exceptuando á los escritores públicos de la ley comun, y relevándoles de los cuidados que toda propiedad lleva consigo. Vosotros, que tanto habeis clamado contra las teorías de Proudhon, habeis concluido por practicar sus consejos al establecer los derechos que engendra la produccion de una obra literaria; y al propio tiempo que defendíais la propiedad adquirida por el tendero de comestibles, hija en muchas ocasiones de la facultad prestidigitadora con que hace descender uno de los platillos de la balanza, desheredábais á los que incautamente se consagraban á

la produccion intelectual, juzgando que sus obras pudieran, despues de la muerte de los mismos, ser una defensa de sus huérfanos contra la miseria y el hambre.

A la sombra de vuestra discreta ley, y utilizando sus paternales disposiciones, los naturales enemigos del escritor se han confabulado para que su transitoria propiedad tuviera menor aprecio, y la riqueza mas respetable, la produccion hija del alma, y que constituye un privilegio concedido por el mismo Dios, se ha vendido en el mercado del mundo con igual depreciacion que la que sufren los efectos que han sido robados.

La propiedad.... literaria deber ser un robo, cuando la habeis negado vuestra proteccion, y ya que no os habeis atrevido á aplicar un grillete al escritor, le castigais en sus hijos, permitiendo que se mueran de hambre. Y para que sea mas absurda vuestra conducta, haceis que la propiedad pase al dominio comun, precisamente cuando ha logrado valor con la muerte del que la instituyó, porque las obras del ingenio no suelen apreciarse debidamente mientras funciona la fábrica. Algunos años despues, cuando la posteridad empieza á aquilatar su mérito, cuando los naturales herederos del escritor podrian explotar sus obras contratando en buenas condiciones su reimpresion, entonces la ley les desampara y consiente que todos los explotadores puedan enriquecerse, á costa de la miseria de unos huérfanos, cuyo único delito es haber tenido por padre á un hombre, honra acaso del pais en que nació.

La propiedad literaria es un robo: por una concesion graciosa se respeta durante la vida y pocos años despues de la muerte de un autor; pero despues cual-

quier ciudadano se apodera de ella sin que nadie se escandalice.

Si en un período revolucionario los braceros atacan un cortijo ó tratan de repartirse una dehesa, los elementos conservadores se escandalizan, la fuerza armada castiga á los repartidores, la sociedad se considera avocada á un cataclismo y la voz de todos los hombres honrados, confundida en una comun protesta, truena contra los excesos demagógicos.

Si un discípulo de Caco, utilizando el descuido del transeunte, le sustrae su reló, pronto se escucha repetido el grito de ¡Á ese! ¡Á ese! Y las cárceles abren solemnemente sus puertas para recibir al raptor; los tribunales de justicia trabajan con el mayor celo, y la vindicta pública queda pronto satisfecha.

Pero si el despojado es el hijo de un escritor, la sociedad contempla impávida el despojo y premia acaso al que explota la propiedad ajena; la justicia permanece impasible é indiferente y se cumple uno de los preceptos de la ley.

¿Será cierto, como dice Víctor Hugo, que la justicia debe dividirse en justicia justa y justicia injusta? ¿Será cierto que los escritores somos de otra raza que el resto de los mortales?

El asunto es tan importante que vale la pena de que se piense algo en él, y si mi memoria no me engaña existe una comision de cuarenta ó cincuenta diputados encargada de estudiarlo. ¿Tendrán las actuales Córtes la gloria de extirpar el absurdo? No es fácil pronosticarlo todavía.

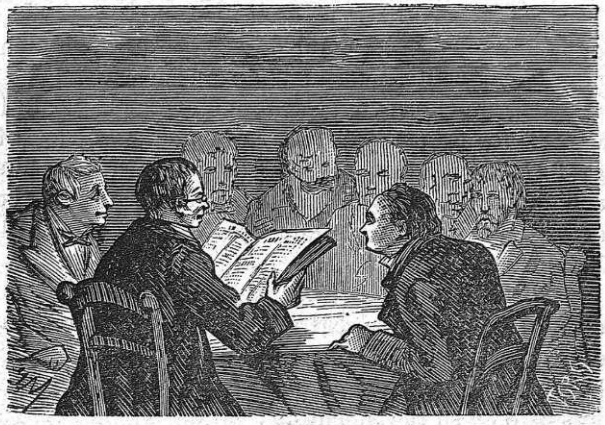
De todas maneras, y si no consagran el respeto á la propiedad literaria, que coloquen en igualdad de circunstancias á todas las propiedades; de esta manera podrian nuestros hijos consolarse cuando algun espe-

culador explotase las obras de sus padres, repartiéndose buenamente la fortuna de Manzanedo.

Creo, sin embargo, preferible que el art. 2.° de la vigente ley de propiedad literaria, que sirve de epígrafe á estas líneas, sea sustituido por el siguiente, con el que encabeza D. Mariano Vergara un proyecto de ley que formuló por encargo de la Asociacion de Escritores:

«La propiedad literaria es absoluta y perpétua, como la comun, y se regirá por las leyes que regulan el ejercicio de esta, en todo cuanto ofrezca dudas en la presente ley, ó no esté expresamente previsto en la misma ó en su reglamento.»

¿Quedará en proyecto tan justa reparacion?



UNA SESION ACADÉMICA.

Soñé, pues, que tenia la desgracia de ser académico.

Ignoro la clase de libros que para ello habia perpetrado; pero el hecho era cierto. Poco tiempo antes habia disertado en sesion pública respecto al mérito del individuo de número que debia contestarme, y este habia leido el elogio, que yo mismo escribiera préviamente, de mis merecimientos.

Queda, pues, establecido que yo era académico y que debia ser muy moderno en el salon de la calle de Valverde, porque todo cuanto veia y oia excitaba profundamente mi atencion.

Hablaba una eminencia y decia á sus compañeros:

—Deben Vds. tranquilizarse respecto al punto en cuestion. Me parece que yo sé algo; me parece que mi fama es justa: pues bien, yo aseguro á Vds. que

nuestra lengua no tiene otras raíces que las latinas, y que es una solemne ridiculez seguir creyendo que los árabes influyeron en el idioma y que en la composicion de este interviene la primitiva lengua ibérica. ¡Miserable Humboldt! ¿Quién le metió á estudiar el euskaro, siendo nosotros los encargados únicos de fijar, limpiar y dar explendor á la lengua?

—Ciertamente, le interrumpió un anciano: usted tiene razon en lo que dice de la lengua ibérica, y yo creo mas: que los primeros habitantes de la península no hablaban bien ni mal y se entendian por señas; pero en cambio, no estoy de acuerdo con lo que dice del árabe. ¿Cómo me explica Vd., si no, la formacion de los vocablos Guadalajara, alguacil, alfajor y tantos otros?

—¡Guadalajara! ¡Pues si es una palabra completamente española y á la que el uso ha quitado una letra no mas! *Guarda la jara*, esto es, conserva la maleza, y yo mismo he tenido ocasion de comprobar la justicia de la palabra viendo en las inmediaciones de aquella capital muchas malezas.

—¿Y alguacil?

—¡Alguacil! Cómo se conoce que no está Vd. fuerte en achaques académicos. Las primeras sílabas *algua*, no pueden menos de ser contraccion de *al agua*, y aunque la sílaba *cil* pudiera derivarse de *cœlum*, yo me inclino á suponer que existe un error ortográfico y que *cil* no puede ser otra cosa que *Gil*. De este modo, la frase *Al agua Gil*, nos demuestra que nuestros abuelos acostumbraban á tirar á los rios á los representantes de la autoridad.

—Mire Vd., no habia caido en ello; pero ahora recuerdo haber leido en una novela del siglo XVII que los estudiantes dieron en el rio con un alguacil....

No pude seguir oyendo el diálogo porque llamó mi atencion una especie de querella sostenida entre cuatro ó cinco.

—¡Se dice *paramentada de pelluzgones* la frente!

—Si no tiene *ostugo* de pelo.....

—Es usted muy *matrero*, aunque pretenda hacerse pasar por *morlaco*.

—¡Ah, *gatallon!*

—¿Pero *guindaremos* hoy concluir esta página? ¿Llegaremos al *eleuco?* ¿Volveremos *condecabo* á las andadas? No *desedifiquemos* á la muchedumbre.....

—No seamos tampoco *fargallones*, ni admitamos la *desferra* en nuestra corporacion.

Confieso á Vds. que aunque académico, no entendí una palabra de cuanto decian. Se conoce que aun no habia manejado bastante el Diccionario de la lengua.

En un rincon de la sala un vate insigne comunicaba á sus compañeros las primicias de un poema que estaba escribiendo. Creo recordar algunos de sus versos:

Truena fugaz la horrísona cohorte;
Cadavéricos grupos va formando
Cual mieses rojas férvido Mavorte,
Y la victoria al muerto espaldas dando
Aureas pone coronas en la frente
Del nuevo, inmarcesibles, gran Orlando.

Un aplauso nutrido, arrancado por la admiracion á sus compañeros, interrumpió al vate, quien siguió despues leyendo:

Rampante inspiracion mi afan presiente;
La lira dadme, que al Parnaso aspiro
Hasta beber en la Helicona fuente!

Un académico, por lo bajo: ¿Si creerá que la Helicona es un abrevadero?

Otro: Pero, ¿para qué querrá la lira ese hombre?... ¡Siempre la está pidiendo y nunca la usa!

Estos apartes no llegan hasta el vate, á quien sus amigos abrazan estrechamente, prodigándole mil elogios, mientras con tono dogmático dice el académico de las etimologías:

—Declaro lealmente que yo mismo no hubiera escrito tercetos tan valientes é inspirados. Vengan aquí los censores del arroyo; los que critican nuestras personas y nuestros resultados colectivos; los que han sido calificados de folicularios por un compañero eminentísimo..... Vengan y juzguen la admirable concrecion con que el poeta alude al crecido número de las víctimas y hasta al color de su sangre con sus versos:

Cadavéricos grupos va formando
Cual mieses rojas férvido Mavorte;

yo hubiera puesto *el feroz* en lugar de *férvido*; pero la omision de todo artículo es mucho mas académica, y mas elegante el esdrújulo. ¡Pues y la admirable trasposicion de

Aureas pone coronas en la frente
Del nuevo, inmarcesibles, gran Orlando.

¡Que le entren moscas al hipérbaton! ¡Pues quién duda que por semejante camino se llega, no á beber en la Helicona, sino á destronar al mismísimo Apolo!

Un ilustre académico roncaba en su sillon sin tomar parte en las contiendas de sus compañeros, hasta que un mal intencionado le hizo despertar.

—Don Críspulo, si ha de dormirse siempre, ¿por qué no está en la cama?

—Porque si no concurro á las juntas, no cobro.

Esta contestacion me hizo comprender que tambien son hombres los académicos, y están por ende sujetos á todo género de debilidades; pero aun sin semejante detalle lo hubiera comprendido, oyendo á dos colegas, discutiendo acalorados sobre la robustez relativa de dos bailarinas á la moda.

. . . . . .

Afortunadamente, esta academia solo existe en mis sueños, pues ni los académicos de carne y hueso se atreverian á negar la intervencion de las lenguas primitiva y arábiga en la formacion del idioma, ni usan en sus conversaciones las palabras de *matrero*, *morlaco*, *gatallon* y demás que quedan copiadas de su Diccionario; ni osarian, por último, escribir tercetos análogos á los que produjo mi invencion. Hago estas salvedades para que no se interprete mi sueño, ni se hagan aplicaciones muy distantes de mi intencion.

EL REDACTOR UNIVERSAL.

No abunda mucho el tipo; pero asegurar puedo que existe, y hasta que subsiste, precisamente por existir; esto es, que la industria da, por lo menos, con qué alimentarse al que la ejerce.

Dado el progreso de los tiempos, el periódico ha llegado á ser una necesidad, y para que el periódico exista no bastan la imprenta, ni el tipógrafo, si falta la primera materia, que no es otra que el trabajo político ó literario del escritor. Y dado tambien el progreso, ser hoy periodista es casi una necesidad, como fumar cigarros del estanco ó tener deudas; y puede

asegurarse que un cincuenta por ciento de las personas que aprenden á escribir, lo hacen, desde que salen de palotes, con el preconcebido objeto de consagrarse al periodismo, dar forma mas ó menos literaria á sus pensamientos, y buscar, ya la gloria, ya el provecho, ejercitando tan honrosa profesion.

No trataré, por cierto, de rebajar yo el mérito de mis compañeros en ella; mas aun, si en mi poder estuviera, habria de mejorar, por caridad y egoismo, su precario estado, y si hoy me permito sacarles á colacion en letras de molde, es solo para hacer ver una de las fases menos comunes; pero no la menos curiosa de la familia, generalizando y sonriendo, porque no es mi ánimo retratar individualidades ni conmover á los lectores.

El ingreso en el periodismo no suele obedecer hoy á la resolucion adoptada por el hombre político, de defender por medio de la prensa sus opiniones; esto, si acaso, ocurrirá á los hombres importantes al fundar un diario, pero en manera alguna á los brazos auxiliares de que han de servirse.

El escritor, generalmente jóven, aspira á la publicidad de sus escritos ó á la remuneracion de sus trabajos, y en ambos casos, fija su ideal en ingresar en un periódico. Preténdelo obstinadamente, y para ello busca por todos los medios cabida en cualquiera de ellos, llámese *El gorro frigio* ó *La Inquisicion*, *El término medio* ó *Las castañuelas*.

La despreocupacion que muestra es contagiosa, y así como él no pregunta por el color del diario, el director de este tampoco le pregunta su procedencia.

Obtenida despues de dificultades, cuya enumeracion no entra en mi propósito, la plaza que constituia su mayor anhelo, el novel periodista, que hasta en-

tonces habia sido educado en los principios religiosos de su madre y en los de órden de su padre, se ve precisado á escribir fondos y sueltos furiosamente ateos y demagógicos, y á pedir en todos los tonos el establecimiento de la guillotina y la liquidacion social. Pero el periódico que puede llamarse, como antes indiqué, *El gorro frigio*, se ve herido de muerte por desprecio público ó la represion gubernativa, y el redactor, que habia gastado en él su vigor juvenil y su entusiasmo literario, se ve nuevamente en el arroyo.

Pero su situacion ha cambiado mucho; ya no es el muchacho desconocido y sin historia que mendigaba una colocacion; ya ha efectuado sus pruebas, es conocido, procede de otro periódico, es, en una palabra, hijo de la prensa, y esto facilita mucho su admision en otro diario, en *La Inquisicion*, por ejemplo.

Allí vuelve á lanzarse al trabajo con igual fe que en su primer periódico; es absolutista, defensor de la tradicion en todas sus manifestaciones, por absurdas que sean, y pide la tortura y la hoguera para todo lo que trascienda á liberalismo. Su dócil pluma, que trazó las glorias de la libertad, traza con igual brio las de la tiranía; califica de infames á sus antiguos compañeros, y desea un inmenso grillete para aplicárselo á la humanidad... como medida preventiva.

Iniciada su carrera periodística bajo tan buenos auspicios, nada le detiene ya; y si no logra la fortuna de dar en un diario que alcance larga y próspera vida, va recorriendo toda la prensa y poniendo su pluma al servicio de todas las causas.

Esto es triste, muy triste; pero el periodista es hombre, necesita comer, tiene acaso familia, y su falta encierra por lo mismo caractéres y circunstancias atenuantes.

¿Puede achacársele, por otra parte, toda la culpa? ¿No la tiene, en gran manera y muy superior por cierto, el mundo político en que se agita, pobre desheredado y laborioso jornalero, sin mas aspiracion que comer y contribuyendo al encumbramiento de muchos que teniendo peores condiciones morales hasta carecen de su inteligencia y de su instruccion?

Censurable es el periodista que defiende alternativamente las mas opuestas opiniones; pero tambien tiene disculpa en el carácter colectivo y anónimo de los periódicos.

«Nosotros—escribe—creemos que D. Fulano es un bribon;» y en aquel *nosotros* desaparece la persona del redactor y se levanta nada menos que una agrupacion ó un partido, para llamar bribon á D. Fulano.

Si la prensa fuera lo que debia ser, y el periodista empezara por firmar sus escritos todos, es casi seguro que D. Fulano no apareceria como un bribon en un artículo de fondo ó que, en el caso de aparecer, tendria medios de hacer que se depurase perfectamente el orígen y la justicia ó injusticia del dictado.

Pero como esto no es así, el periodista se lava las manos y sigue diciendo horrores de cosas y personas, que ni le son antipáticas ni siquiera conocidas.

En camino tan llano, frecuentado y cómodo, el periodista no se detiene, y si alcanza ocasion de promiscuar en política, escribe para dos periódicos, siendo por la mañana furibundo demócrata y conservador rabioso por la noche, y vice-versa; extiende el círculo de sus relaciones, prodiga sus trabajos, y acaso dirige cartas políticas á media docena de periódicos provinciales, siguiendo media docena de criterios diversos: llega á ser una *utilidad*, como dicen nuestros vecinos los franceses, pero con muy poca suya, y se encuen-

tra con las mejores disposiciones, para, en el caso de encontrarse sin trabajo, poner en *La Correspondencia* un anuncio concebido en estos ó semejantes términos:

«Don N. N., periodista, que ha puesto su pluma al servicio de todas las causas, solicita colocacion. Tiene periódicos de todos colores que abonen su conducta; es una especialidad para las crónicas extranjeras y las revistas de toros; hace fondos y gacetillas, confecciona, arregla y traduce, y se contentará con un pequeño jornal. Tambien recibirá la ropa usada con que gusten favorecerle las buenas almas.»

PERIODISTAS DE PEGA (1).

Pido la palabra.... para una cuestion personal.

Hace dias que mi modesto y oscuro nombre viene corriendo por las redacciones de los periódicos, á consecuencia de una recomendacion circular hecha á los mismos para la insercion de una noticia. No trato de examinar la importancia de esta, ni tal puede ser mi objeto; pero la carta en que se recomendaba es apócrifa, mi firma ha sido groseramente suplantada, y calumniada mi ortografía.

Ahora bien; ¿cuál puede ser el orígen de semejante delito? ¿Existirá en Madrid alguna sociedad *anónima* que, utilizando malas artes, pueda alcanzar beneficios positivos á la sombra de la prensa periódica?

Recordaré algunos antecedentes, por si acaso constituyeran el hilo del ovillo.

Durante muchos años he estado consagrado al periodismo, casi siempre de confeccionador, y en tal concepto llegaron á fijar mi atencion unas noticias que periódicamente llegaban por el correo acompañadas de su correspondiente carta, en la cual se veia un membrete en seco con el título de algun periódico

(1) Aun cuando este artículo carece hoy de la oportunidad que tenia en Abril de 1875, en que fué escrito y publicado, creo que no esté fuera de lugar en un libro que se titula LA REPÚBLICA DE LAS LETRAS. Por otra parte, me parece conveniente que los periodistas de *verdad* no olviden las noticias que doy en mis párrafos acerca de los periodistas *de pega*.

de los que no suelen publicar mas que un número. En dicha carta, que firmaba como *compañero* en la prensa, un ciudadano cualquiera, se recomendaba el próximo nombramiento de D. Fulano para determinado cargo; el magnífico té dado en sus salones por don Mengano; la boda concertada entre doña Zutanita, tan conocida en la buena sociedad, con el jóven escritor D. Perengano, etc. Alguna vez, tratando de examinar la certeza de la noticia, solo averigüé que D. Fulano, á quien indirectamente se recomendaba para un destino, habia sido privado del suyo por un desfalco; que los salones de D. Mengano se reducian á un sotabanco mal esterado con medio rollo de la blanca, y que doña Zutanita era tan desconocida en la alta sociedad como su novio D. Perengano en el campo de las letras.

Una vez supe, por el mismo anónimo conducto, que habia muerto en una aldea un afamadísimo compositor músico, y aun cuando no habia llegado hasta mí el eco de las trompetas de su fama—por cuya razon no inserté el anuncio—lo ví mas tarde en casi todos los diarios de Madrid.

Andando el tiempo pude averiguar el desinterés con que alguna persona ó sociedad se ocupaba en estos asuntos, pues dirigiendo *La Gaceta popular* recibí la noticia de otro fallecimiento ocurrido en un pueblo, á cuya noticia acompañaban 24 rs. en sellos, *importe*—decia el remitente—de la publicacion, *con arreglo á lo que llevaban los periódicos de Madrid*.

Entonces comprendí todo el mérito del maestro compositor, de cuyo fallecimiento no habia querido yo dar cuenta al respetable público.

Por la misma época estuvieron tambien muy en boga los volantes timbrados, reclamando números de

periódicos. Como en ellos se indicaba ser para otros diarios, el espíritu de compañerismo hacia servir semejantes pedidos, hasta que la insistencia de los peticionarios, hizo pensar en la posibilidad de un fraude.

Este, mientras tanto, seguia impunemente su marcha; y si los archivos y contadurías de los teatros conservasen ciertos documentos, podrian servir de mucho para el esclarecimiento de este asunto.

La procacidad llegó á tal extremo, que al entrar una noche en el teatro del Príncipe el revistero de la citada *Gaceta popular*, encontró ocupada su butaca, y al hacer constar su derecho, le fué disputado breve rato por el individuo en cuestion, hasta que, cambiando de dictámen, desapareció en el primer entreacto. El escritor verdadero, preguntó en Contaduría la causa de aquella usurpacion, y pudo ver, con gran asombro, una tarjeta, en que detrás de un nombre, que no era suyo, se decia con litográfica sangre fria: *Revistero dramático de la Gaceta popular*.

Recuerdo tambien que una mañana entró en el despacho del director-propietario de un célebre periódico ilustrado de Madrid, un honradísimo comerciante, solicitando hablarle, con gran insistencia.

—¿En qué puedo servir á Vd...? preguntó el director.

—Mi objeto es muy natural; vengo á que me diga usted cuándo piensa publicar mi retrato y biografía.

—Caballero, como no tengo el honor.....

—Es verdad; pero como ya entregué hace seis meses mi fotografía, pagando los quinientos reales que usted me reclamó.....

—Caballero, no siga Vd. adelante. Usted ha sido indudablemente víctima de una estafa, pues yo no he encargado á nadie semejante comision.

—Dispense Vd. la molestia, y mándeme lo que guste. Soy X..., comerciante de ultramarinos en la calle de.....

El pobre industrial, que habia pensado sin duda pasar á la posteridad, pudo convencerse de que ni siquiera servia para defender su hacienda contra las asechanzas de un estafador.

No sé si los industriales que há poco tiempo sacaban libros de algunos comercios, con la firma falsificada del conde de Toreno, podrán relacionarse con los autores de las hazañas relatadas; pero lo que no cabe duda es que los seudo-redactores de periódicos imaginarios, los que solicitaban bombos y artículos necrológicos, los que pedian números de periódicos vivos, tomando el nombre de otros muertos, son los mismos que han tenido la bondad de fingir cartas mias, pidiendo en nombre de mi padre político—que no existe—la insercion de sueltos relativos á incompatibilidades de funcionarios.

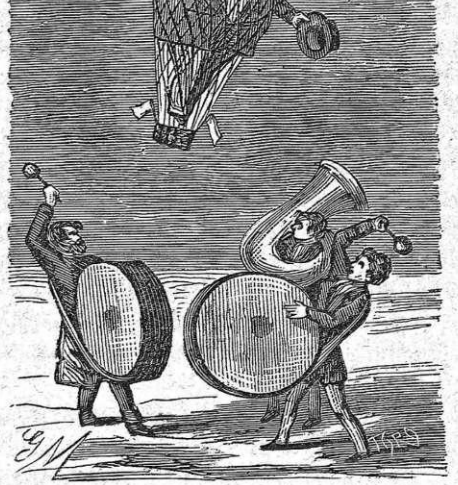
Yo agradezco en el alma la cortesía con que muchos periodistas se han apresurado á insertar lo que juzgaban recomendado por mí; pero creo del caso advertir que en lo sucesivo, y ya que en las redacciones no puedan tener un par de guardias civiles en la antesala para dar el «quién vive» á los falsificadores, será muy conveniente que todo el que mande un suelto á un periódico le acompañe con la cédula de vecindad y la firma de alguna casa de comercio.

Antes de terminar estas líneas debo dirigir dos palabras á la celosa autoridad de la provincia:

Sr. Gobernador: ¿No le parece á V. E. que los que tales artes ejercen merecen ser clasificados entre los *tomadores*, *enterradores*, *timadores*, *espadistas* y otros industriales análogos? ¿No le parece á V. E. que re-

dundaria en beneficio de todos los hombres honrados cuanto se hiciera para descubrir y castigar á los que así procuran el desprestigio de la prensa?

El caso concreto que motiva este artículo supone muy poco ciertamente; pero el procedimiento se presta á mayores y mas trascendentales abusos, y por eso me he decidido á darle publicidad.



HINCHAR Á UN HOMBRE.

—¿Pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro? preguntaba el loco del prólogo de Cervantes.

¿Les parece á Vds., añado yo, poco trabajo hinchar á un hombre?

Pues esto, ni mas ni menos, es lo que en nuestra patria se repite diariamente, gracias al periodismo, en beneficio de unos pocos y á costa del trabajo de muchos.

Llegan á la capital de España un diputado novel,

un provinciano rico, un aprendiz de poeta ó un actor en agraz; y llegan predestinados á la celebridad. Globos vacíos, pasan desapercibidos en un principio, escurriéndose entre la multitud que no les sabe apreciar; pero un amigo imprudente y periodista da la primera señal de alarma, el campanillazo de atencion, con media docena de líneas hábilmente redactadas.

«Ha llegado á Madrid—escribe—el jóven diputado por Algarrobillo y Majuelar D. N. N., cuya acta llamará notablemente la atencion, así por lo novelesco de la eleccion como por las noticias que tenemos del arranque oratorio del diputado, á quien sus amigos califican de *Castelar con historia*.»

Si el recien venido no es diputado, y sí solo un rico de pueblo, el suelto puede redactarse en estos términos:

«La caridad de D. M., propietario de Retamarejo, reclamaba horizontes mas extensos que los de aquel pueblo y su comarca, y se ha venido á Madrid. Los pobres madrileños están de enhorabuena.»

Si es un literato, dirán los periódicos:

«El renacimiento literario de nuestra patria es una verdad innegable. Madrid cuenta desde ayer con un nuevo poeta repentista, destinado á ser el encanto de los salones. Delante de nosotros improvisó anoche un poema épico y puso en verso en cinco minutos la plana de anuncios de *La Correspondencia*. Ha prometido una tragedia á Vico, un drama á Calvo, una comedia á Catalina y un sainete á Mario.»

Si se trata de un actor, dirá la prensa:

«Romea no ha muerto; Arjona vive; Valero está en Madrid. El genio, carácter y aptitud de los tres se encuentran unidos hoy en D. X., jóven actor, cuyos triunfos en Villagonzalo, Villanueva y Villamanrique,

le auguran brillantísimo porvenir. El empresario del teatro de España en la Plaza de la Paja, que le ha contratado, hará un negocio loco: el nuevo actor ejecutará para su salida el *Otelo* y el *Manolo*, en cuyos tipos brilla igualmente por lo flexible de su talento.»

Gracias á los anteriores sueltos, reproducidos por todos los periódicos, el público mas indiferente conoce la existencia del *Castelar con historia*, del caritativo capitalista de Retamarejo, del gran improvisador y del intérprete del *Otelo* y del *Manolo*.

Puede darse el caso de que el primero haga fiasco en el Congreso, el segundo se limite á remediar sus propias necesidades, el tercero no estrene obra que no caiga al foso, y la fama del cuarto no pase nunca del teatro de la Plaza de la Paja; pero ni esto es lo mas general, ni es irremediable, y con tal de que el orador hable cinco minutos, y los demás predestinados á la celebridad obtengan sus primeros éxitos análogos, pueden echarse á dormir, seguros de que la amistad y la admiracion se encargarán de irles hinchando y ponerles en aptitud de que el globo empiece su ascension.

Y si el mérito efectivo les acompaña; si un valor real les hace dignos de elogio, entonces quedarán estereotipados sus nombres en la prensa, y serán repetidos incesantemente por todos los labios. El público será el coro, mientras canten árias el diputado, el capitalista, el poeta y el actor; el ambiente se impregnará con el incienso, resonarán cánticos de alabanza, y el globo se irá hinchando, hinchando; ocupará un espacio cincuenta veces mayor que el ocupado en un principio, y tratará de remontarse en los aires.

—¡Qué discurso el de N. N.! ¡Lo menos le vale una cartera ministerial!

—El llamado al ministerio de Hacienda es D. M., el rico propietario de Retamarejo. Entonces, sí, que estarian de enhorabuena las clases pasivas.

—¿Cómo lo sabe Vd?....

—Por su conducta. M. es un hombre que no sale de las bohardillas, habitadas por viudas y exclaustrados, en todas las cuales va sembrando beneficios. Asmodeo habla de su caridad en todas las revistas de *La Epoca*, y últimamente ha referido que M. se ha casado por caridad con una pobre vergonzante, que despues resultó que era huérfana de un grande de España.

—¡Gran asunto para un drama!

—Escribiéndolo está Z., el gran poeta improvisador, con tres taquígrafos que no le pueden seguir. Es admirable el tal Z.; el mes último hizo y ganó la apuesta de estar hablando treinta y dos horas seguidas en octavas reales, quintillas y espinelas.

—¿Y para quién destina su obra?

—Para quién ha de ser sino para X.... el único que reune en su persona las condiciones que separadamente caracterizaron á Romea, Arjona y Valero? Eso no se pregunta.

—¿Y dónde la representará, porque X. no tiene teatro?...

—Trata de construirse uno para él en el centro de la Puerta del Sol.

—¡Lo que es el talento! Cuando llegó á Madrid trabajó en la Plaza de la Paja....

—Cierto; pero el mérito se abre siempre camino, y desde aquel teatro pasó á la Infantil, á Martin, Eslava, Variedades, Circo, Comedia, Apolo y Español, y no llegó á actuar en el Real por intrigas, envidias y conspiraciones.

—¿Y quién edificará el nuevo gran teatro?

—Solo hay en Madrid un capitalista capaz de tan alta empresa: el marqués de Retamarejo.

Estas conversaciones, repetidas hasta lo infinito con escasas variantes, contribuyen á hinchar á los hombres predestinados á volar; nace el axioma de que el orador es una eminencia no menos elevada que el pico de Teide; que el capitalista lo es mas que Creso; el poeta mayor que Calderon, y el actor mejor que Maiquez; el público se acostumbra á pronunciar sus nombres con asombro y á escribirlos entre dos signos de admiracion, y el globo, hinchado ya, sube, sube, sube.... hasta perderse de vista.

Y entretanto, el humilde periodista, que ha preparado todo el gas para la ascension, y que sigue cobrando con dificultad sus veinticinco ó treinta duros mensuales, repetirá alterando la frase de Cervantes:

—¿Les parece á Vds. ahora que es poco trabajo hinchar á un hombre?

ESPÍRITU DE LA PRENSA.

Un político ha llamado á la prensa el *civilizómetro* de un pais.

Traduciendo el bárbaro vocablo, supongo que quiso dar á entender que el periódico daba la medida de la civilizacion de un pais.

Así parece á primera vista; pero tambien es cierto que si fuera á juzgarse en muchos casos del grado de ilustracion de un pueblo por lo que son, suponen y significan algunos de sus periódicos, habria necesidad de despojarse las personas de buena fe de sus habituales vestidos, pintarse de negro el cuerpo, clavarse en el cráneo algunas plumas, y atravesarse la ternilla de la nariz para colgar áureas y macizas sortijas.

Hace pocos dias leíamos en un diario ministerial:

«....De este modo solo se conseguiria la ruina del pais y su total rebajamiento. *A esto aspira* el actual

Gobierno; esto conseguirá indudablemente con el eficaz apoyo de todos los partidos verdaderamente liberales.»

Un mes antes se leia en otro diario de oposicion:

«El doctrinarismo es la muerte del principio generador de la libertad social, que no se funda en el menoscabo de los derechos inherentes á la personalidad humana.»

El mismo periódico calificaba al progreso de «vehículo arrastrado por la conciencia humana.»

Ya ven Vds. si con semejantes muestras podrá ganar mucho el crédito de una nacion.

Y no quiero hablar de otros pecadillos veniales de la prensa periódica, del *volvamos en sí*, *dar datos*, *imponer impuestos*, ni *tributar un tributo*. Todo esto es disculpable sabiendo la precipitacion con que se redactan los diarios políticos, y la falta de buenos correctores en las imprentas. Por otra parte, no debe perderse de vista que la literatura política permite ciertas licencias y determinados modismos, que gramaticalmente son inadmisibles.

¿No vemos un dia y otro que los políticos *hacen pais*, *crean atmósfera* y *presupuestan*, con infraccion manifiesta de todas las leyes divinas y humanas?

Todo esto en cuanto á la forma; pues si penetrásemos en el fondo de ciertos artículos, no podríamos menos de asombrarnos leyendo que se habla de valor, de lealtad y de consecuencia por antonomasia; que se habla de conquistas cuando estamos á disposicion de que nos conquiste la república de Andorra; que nos destrozamos fraternalmente en prolongadas luchas para comprar el derecho de iniciar suscriciones patrióticas en favor de los heridos....

En fin, cuando un periódico ministerial recomen-

daba últimamente la urgente necesidad de construir un edificio inmenso para cuartel de inválidos, sabido tendria de lo que somos capaces. Aquí, por lo visto, no va á quedar español que tenga un hueso sano.

Pero me alejo del asunto, y necesito volver á él. Leo para ello en un diario de provincia:

«De las personas que acompañan á doña Margarita, unas montan en otras tantas caballerías; otras, etc., etc.»

«El teatro estaba lleno, y *á pesar* de ello se aplaudió la ejecucion.»

En otro:

«Es necesario que el Gobierno *caduque* la concesion.»

El ejemplo es tan contagioso, que los anunciantes han osado entablar la competencia con los periodistas de profesion, y vemos en *La Correspondencia* que hay una jóven *para doncella* ó *para todo*, aptitud algo inmoral aquí para *inter nos*. Vemos en uno de los anuncios del célebre inventor Brea la recomendacion de una tintura para hacerse lunares, y la observacion de que, pintándolos junto á la boca, significa que esta es *besadora*. Vemos que se *traspasa* una huerta, sin expresar con qué instrumento. Vemos que se solicitan huéspedes para casas que no son de huéspedes. Vemos que un jóven estudiante desea colocarse de ayuda de cámara, siempre que pueda *seguir sus cursos*.

A lo mejor solicita nuestra atencion el anuncio de un oculista que promete curar todos los males de la vista, ya sean crónicos, ya incipientes, y *devolver la hermosura*, ó bien no podemos dejar de contemplar admirados otro anuncio (muy repetido), en que su

autor, abusando del imperativo dice al respetable público:

«¡Oigan los sordos!»

Ayer, en un periódico barcelonés, he leido este otro aviso: «Ha desaparecido de la casa paterna (aquí las señas, que omito) un jóven de unos catorce años *que debia examinarse de matemáticas*.»

En mi santo horror á la ciencia del cálculo, comprendo, aunque no disculpo, la desaparicion; pero con semejantes señas, no será muy fácil que dé con el prófugo la policía.

En la prensa periódica se encuentran, en compensacion de estos disparates, rasgos ingeniosos, frases intencionadas y atrevidas, períodos verdaderamente inspirados y artículos notables por su alcance político y social.

Uno solo de estos rasgos no puede compensarse con la humilde retribucion del periodista.

CÓDIGO DE UN MALDICIENTE.

Mi amigo Estéban, por causas que desconozco, profesa á la literatura un odio cordialísimo, y en mas de una ocasion he tenido que discutir con él para intentar convencerle de su injusticia. Debo añadir, en honor de su obstinacion, que tiene la cabeza bastante dura, y que todos mis esfuerzos han sido inútiles; pero, por un fenómeno inexplicable, mi amigo Estéban suele cultivar las letras y con éxito bastante envidiable. Su trabajo mas reciente es una especie de código literario, cuya publicacion me permite y que sigue á estas líneas.

Debo manifestar, no obstante, como advertencia prévia, que no estoy conforme con sus exageraciones, y que si bien algunas veces pone el dedo en la llaga y castiga con justicia determinados vicios, su escrito solo puede aceptarse como el desahogo de un maldiciente, que por otra parte es inofensivo y simpático.

Hé aquí ahora el escrito de mi amigo Estéban:

TÍTULO PRIMERO.

DE LOS ESCRITORES.

Artículo 1.° Para ser escritor público, basta formar la letra de modo que los cajistas la comprendan, aunque sea con trabajo.

Art. 2.° Convendrá, pero no será indispensable requisito, conocer las cuatro reglas de la aritmética y el número de partes que tiene el mundo.

Art. 3.° Para ser escritor deberá correrse la voz de que uno lo es ó piensa serlo; mandar la noticia redactada á *La Correspondencia*, y fingir despues asombro al leerla en letras de molde.

Art. 4.° Para facilitar la profesion se dividirá esta en especialidades, formándose cinco grupos de: periodistas, autores dramáticos, poetas líricos, novelistas y críticos. Los que pertenecen á cualquiera de los últimos cuatro grupos, podrán aspirar á un sillon en la Academia.

TÍTULO II.

DE LOS PERIODISTAS.

Art. 5.° Son periodistas todos cuantos contribuyen á la formacion de un periódico, ya escribiendo algun artículo, suelto ó gacetilla, ya cortándolos de otros periódicos, ya limitándose á ir por noticias redactadas á los Ministerios ó Casas de Socorro.

Art. 6.° Para escribir artículos de fondo, bastará coger un libro antiguo y copiar varios párrafos de él, procurando alterar su colocacion ó cambiar algun calificativo. Como el articulista puede sostener polémicas, le bastará para ello averiguar el nombre de su competidor, saber si es alto ó bajo, feo ó bonito, venturoso ó desdichado en su casa, y confundirle públicamente, diciendo si su mujer le engaña ó debe al sastre cuatro pares de pantalones.

Art. 7.° Para redactar un suelto basta saber decir oportunamente una frase agresiva, formar un juego

de palabras ú ocultar la verdad de un suceso, presentándolo al revés. Como los artículos van cayendo en desuso, el suelto político es la literatura del porvenir.

Art. 8.° El gacetillero debe empezar por vestir con elegancia, saber plagiar los versos humorísticos de escritores antiguos, asistir á los estrenos dramáticos, hacer el juicio de una obra citando los nombres de los concurrentes, dominar el vocabulario taurómaco y tener un estómago que le permita comer dos ó tres veces, si se presenta la ocasion, aplicando el sobrante de alimento de unos dias á la falta que sienta en otros. Estas trasferencias alimenticias son muy del caso, dados los mezquinos rendimientos del empleo.

Art. 9.° El redactor de tijera debe emplearla sin duelo, haciendo que corra fácil é inteligente por las columnas de los demás periódicos. En el noble horror que debe profesar á la pluma y al tintero, se limitará á reproducir lo que no necesite alterar siquiera los tiempos de los verbos ó cambiar las fechas. Para ello, viendo la *Gaceta*, cortará la parte dispositiva de los decretos; tomará los sumarios de los periódicos y revistas y hará que su tijera viaje por las noticias y gacetillas, convirtiendo el papel en una criba. En la prensa de provincias tomará tambien las secciones locales.

Art. 10. El redactor de la seccion extranjera, si su periódico es de la mañana, cortará las noticias que haya traducido algun diario de la noche, y si es vespertino, utilizará el trabajo de los de la mañana. Si, lo que no es de creer, el incauto traductor hubiese comentado la noticia, se dejará el comentario, si es favorable á las ideas que defiende, ó se destruirá en caso contrario.

Art. 11. El redactor noticiero debe saber atravesar

por las antesalas sin dirigir la palabra á los porteros; entrar en las oficinas sin permiso de nadie; escuchar detrás de las puertas; coger los papeles de las mesas de los ministros, y retener en la memoria los asuntos á que se refieren; convidarse donde no le conviden; acudir donde no le llamen; poner buena cara á los que le favorezcan, y no ofenderse si le insultan. Si algun presidente del Consejo estuviese en la agonía, el noticiero deberá colocarse en la alcoba, esconderse entre las cortinas de la cama, é ir apuntando las fases de la enfermedad y los detalles de la agonía. Si acude á un incendio y ve á una madre medio loca por la muerte de su hijo, presa de las llamas, el noticiero deberá parar á dicha mujer y preguntarle su nombre, el de su hijo, la edad de ambos, el oficio del marido, y si es posible, algunas noticias del traje que tenia la víctima, y todos los detalles de su muerte. Si el noticiero ve que un ministro corre, le parará para saber la causa. Si delante de él abren una carta procedente de algun punto en que arda la guerra civil, deberá ponerse de puntillas y leer por encima del hombro del destinatario. Si algun desgraciado atenta en vano contra su vida, no dejará que los médicos le hagan la primera cura sin que le declare las causas de su desesperado intento. Si ve un cadáver en la calle, le registrará los bolsillos para ver de identificar su persona antes de que llegue la autoridad judicial. Si ha oido hablar de un desafío por cuestiones femeninas, averiguará y publicará el nombre de la interesada, con los detalles necesarios si se trata de una mujer casada. Finalmente, si al pasear las calles ve que entra la Extremauncion en casa de un hombre importante, se apresurará á decir que ha muerto, aun cuando una crísis favorable le haya restituido al enfermo la salud. El cargo

de noticiero requiere muchos piés, mucha lengua y mucha osadía; las demás condiciones son fruto de la práctica.

Art. 12. Todo periodista tiene la obligacion de incensar á sus amigos, aun cuando sean unos tunantes, y de deprimir á sus contrarios, aunque sean unos santos.

Art. 13. El periodista debe saber tirar al sable y almorzar en Fornos, declarar ante los tribunales, é interrumpir desde una tribuna. Son los deberes que tiene que cumplir con mayor frecuencia.

Tambien debe tener un catre de lona por si le llevan al Saladero, y una maleta de mano y una manta de viaje por si le mandan á Fernando Póo.

Art. 14. Para fundar un periódico político ó literario, basta conocer á un impresor y á un almacenista de papel, y prometer pagarles su trabajo y mercancía; promesa que compromete muy poco y que ya es costumbre no cumplir. Se reparten prospectos, se realiza una corta suscricion, y despues se contrata con la política, con la banca ó el comercio, el carácter de la publicacion, se buscan subvenciones, se amordaza á la conciencia, y se crea el periodista una bonita posicion.

Art. 15. El periodismo literario ofrece pocos alicientes, pero debe consagrarse á él todo el que escriba para el teatro y no logre ver sus obras representadas, todo el que haga versos y se juzgue ser poeta, y finalmente, todos cuantos deseen entrar en la categoría de jóvenes conocidos, cualquiera que sea su edad.

Art. 16. El periodista debe mirar alto, toser recio, hablar mucho, estudiar poco y comer gratis. Le puede ser muy conveniente, si no tiene periódico, tim-

brar papel con el título de alguna publicacion imaginaria, y escribir cartas á la prensa pidiendo la insercion de bombos, y á las empresas de teatros reclamando butacas; poner en la cédula de vecindad que es de profesion periodista, y hablar frecuentemente de Juan Eugenio, Tomás ó Antonio, cuando se refiera á los señores Hartzembusch, Rubí ó García Gutierrez.

Art. 17. Quedan derogadas todas las costumbres periodísticas que se opongan á lo prescrito en los artículos anteriores.

TÍTULO III.

DE LOS AUTORES DRAMÁTICOS.

Art. 18. Para ser autor dramático, será condicion indispensable disponer del tiempo necesario para pasar el dia haciendo antesalas y la noche haciendo cortesías á empresarios, actores, maquinistas y bailarines de ambos sexos.

Art. 19. Será conveniente saber traducir comedias ó modernizar las del antiguo teatro español.

Art. 20. El autor dramático, si no quiere perder el producto íntegro de su trabajo, consentirá en vender sus producciones á cualquier precio, ó en cobrar lo que quieran darle las empresas, haciendo caso omiso de las prescripciones de la ley de propiedad literaria.

Art. 21. Si algun autor dramático lo fuese de veras, se guardará mucho de escribir obras siguiendo su inspiracion. En vez de esto tendrá la prevision de estudiar los cuadros de compañías, para que en su drama solo luzca el primer acto ó la primera dama, consintiendo á lo sumo en que el gracioso arranque

algunas risas, que no perjudiquen á la ovacion de su protector. En una palabra, hará sus obras *á la medida de los actores*, si quiere que los actores ejecuten sus obras.

Art. 22. En las noches de estreno ocupará el primer bastidor, para presentarse en escena en cuanto el jefe de los alabarderos dé la consigna de «¡Que salga el autor!»

Art. 23. Para los efectos del anterior artículo, se entiende por autor de una obra al que dice que lo es.

Art. 24. El autor dramático que no venda sus obras y las ponga en la administracion (1). . . . .

Art. 25. Quedan prohibidas las colaboraciones, para que cada uno sea hijo de sus obras en vez de padre de las ajenas, y se recomienda á los autores célebres que alguna vez en el año dejen á los noveles la *alternativa*, para que los jóvenes literatos no sean de peor condicion que los toreros.

Art. 26. Las autoridades cuidarán de que en los teatros no haya *saloncillo* ni autores *de la casa*.

TÍTULO IV.

DE LOS POETAS LÍRICOS.

Art. 27. El ser poeta lírico no constituye ni puede constituir profesion; los editores han convenido en que los versos no deben pagarse. Y la verdad es que la abundancia del género disculpa su menosprecio en la plaza.

---

(1) En el original de mi amigo Estéban faltaba una cuartilla entera, que indudablemente deberia referirse por entero á tan importante asunto, pues, salvada la laguna, seguian correlativos los artículos. Es sensible semejante falta.

Art. 28. Los poetas líricos están autorizados, en cambio, para abusar de todas las vulgaridades poéticas, así de fondo como de forma. Respecto á lo primero, nada hay que recomendarles; hace mucho tiempo que la poesía es completamente hueca. En cuanto á la forma, la irá dando la moda; ayer escribian *Doloras*, despues *Cantares*, hoy *Pequeños poemas:* mañana escribirán *Poemas microscópicos* ó *Infusorios líricos*, lo que quiera la extravagancia de cualquier hombre eminente.

Art. 29. El poeta lírico empezará publicando un tomo de *Ensayos poéticos*, de cuya obra venderá tres ejemplares en la librería y el resto en una tienda de ultramarinos (1); despues traducirá á los poetas alemanes, utilizando al efecto sus nociones de lengua francesa; manchará todos los albums y abanicos que caigan en sus manos, y acabará por abandonar la poesía lírica, si quiere no morirse de hambre. Se le permite que de vez en cuando vuelva á escribir en verso, con tal de que no diga que *descuelga su empolvada lira*, ni que invoque á las *musas*, ni hable de su *inspiracion*, calumniando á los ausentes.

Art. 30. Queda prohibido, bajo la pena del ridículo, que los poetas líricos vuelvan á usar las consonantes de *alma* y *calma*, *padre* y *cuadre*, *hija* y *aflija*, y todos los participios acabados en *ado* é *ido*, y gerundios en *ando* y *endo*. Aunque la medida parece severa, no lo es, si se atiende á que por el mundo corren impresas redondillas como esta:

---

(1) Mi amigo Estéban ha evocado en mi alma penosos recuerdos. Sin embargo, el autor de este libro vendió hasta *cinco* ejemplares de su primer tomo de versos en las librerías. ¿Quiénes serian los desdichados que los adquirieron?

Te diré aunque no te cuadre
Y aunque el decirlo me aflija,
Que no puede ser buena hija
La que asesina á su padre.

Art. 31. Quedan abolidos para siempre los *suspirillos germánicos* de que habla Nuñez de Arce.

TÍTULO V.

DE LOS NOVELISTAS.

Art. 32. Para ser novelistas hay que estudiar á los que lo son actualmente, y hacer precisamente lo contrario de lo que estos hacen.

TÍTULO VI.

DE LOS CRÍTICOS.

Art. 33. El crítico tiene la mision de entregar al encargado de la imprenta los juicios que de sus propias obras escriban los autores. Es la única manera de que vivan en paz y no se creen enemigos en la república de las letras.

(Es copia.)

RECUERDOS PERIODÍSTICOS.

(LA GACETA POPULAR.)

Un reputado periodista proyecta, segun acabo de leer, trazar la historia del periodismo español en monografías independientes, pero que constituyan, una vez unidas, la apología del ingrato trabajo realizado por cuantos consagran sus vigilias á la defensa de los grandes intereses políticos y sociales, encomendada á la prensa periódica. En mi deseo de ser útil al escritor aludido, no quiero desperdiciar esta ocasion que se me presenta de evocar gratos recuerdos, dedicando algunos párrafos á un periódico, que si ha sido olvidado por el público, no debe serlo por quien se honró confeccionándolo en un principio y dirigiéndolo despues; me refiero á *La Gaceta popular*. Descarte el futuro historiador todas mis impresiones personales y encontrará en los párrafos que siguen la triste y verdadera historia de dicho diario.

La proclamacion de la república en Febrero de 1873, habia producido, entre otras funestas consecuencias, una que personalmente lo era mucho para mí; la desaparicion del periódico en que escribia y la consiguiente *disponibilidad* de mi persona y de mi pluma para todo cuanto pudiera contribuir á cubrir mas ó menos mis atenciones. No eran ciertamente los tiempos muy favorables para el ejercicio literario,

y acaso hubiera tenido que reducirme á imitar la terrible determinacion del conde Ugolino, que nos refiere Dante en su *Infierno*, si la Providencia no hubiera acudido prontamente en mi auxilio, permitiéndome continuar la vida periodística y relevándome por consiguiente de tener que comerme á mis hijos, como hizo el célebre prisionero de la torre de Pisa. Para realizar aquella solucion, la Providencia habia adoptado la forma de mi amigo Julio Nombela, incansable fundador de periódicos, y que á la sazon verificaba la propaganda del que habia de titularse *La Gaceta Popular*.

El programa de dicho periódico no podia ser mas noble, y ahora que ya no vive, puedo elogiarlo desinteresadamente. Abogar por el trabajo, por la moral y por la familia; ser el centinela avanzado de todos los descubrimientos y adelantos que pudieran realizarse en la industria; defender al verdadero pueblo que trabaja, sufre y calla; seguir al dia el movimiento literario y artístico en trabajos especiales; finalmente, publicar tantas noticias como el periódico que publicase mas, y revestirlas, siempre que fuera posible, de la novedad, enriqueciéndolas con el detalle; tales eran los móviles que impulsaban á Nombela y que todos acogimos con entusiasmo. Poco aficionados al anónimo, rompimos con la costumbre establecida y firmamos nuestros escritos; y para que el nuevo periódico fuera completamente independiente, á ninguno de sus redactores se preguntó de dónde procedia, ni cuáles eran las ideas políticas de su predileccion. Si estaba conforme con el programa social de la *Gaceta*, poco importaba que admirase á Sagasta ó á Zorrilla, que soñara con D. Cárlos ó aguardase la restauracion. Estas aficiones respecti-

vas se podian discutir amistosamente en la redaccion; pero en el momento en que hubieran constado en cuartillas, la prévia censura del confeccionador las habria anulado en el cesto de los papeles rotos. Debo decir, en honor de la verdad, que fueron muy contadas las ocasiones en que ocurrió esto, y que todos procedíamos con tal compañerismo, que era muy comun el olvido de las gerarquías, hasta el punto de llamar al órden al director, las pocas veces en que el director se escurria. Y todo esto sin una protesta, sin un disgusto, sin las eternas y tradicionales suspicacias de la profesion periodística, sin las variaciones de personal, tan frecuentes en otros diarios.

Para que fuera una verdad la completa independencia política del nuevo periódico, habíase rodeado Nombela de los elementos mas opuestos, así en la redaccion, como en la colaboracion habitual. El director de *La Gaceta Popular*, no desengañado aun de las miserias del bando carlista, juzgaba posible y acaso beneficioso para España el triunfo de D. Cárlos; José Fernandez Bremon, consecuente á la bandera alfonsista, era uno de los redactores mas asíduos, participando de sus aspiraciones el notable jurista, que ha logrado una sólida reputacion literaria para el pseudónimo de *Lucio Viñas y Deza* y acaso algunos otros redactores; Francisco Muñoz, no muy definido en política, ganaba con creces su sueldo, presenciando diariamente ¡infeliz! las peleas parlamentarias, y Conrado Solsona y otros redactores noticieros daban un barniz liberal á la publicacion conservadora. Junto á las firmas anteriores se veian frecuentemente algunas tan significadas en el campo democrático como las de Luis Vidart, Manuel Matoses ó Mariano Lerroux, la de Ramon Chico de

man, afiliado entonces en el partido constitucional, y las mas ó menos incoloras dentro del campo político, de Ricardo Sepúlveda, Modesto Fernandez, Henales, Antonio de Trueba, Luis Alvarez Albistur, Juan Bautista Perales, José del Castillo y Soriano y otros.

Con elementos tan heterogéneos, no era ciertamente muy sencillo que averiguase el respetable público el color del diario, á que desde un principio distinguió notablemente. Así se explica que alguna confidencia carlista hiciera sospechar que *La Gaceta* defendia la causa del Pretendiente, y que la prensa periódica, ignorante de la cariñosa amistad particular que me unia con Nicolás Estévanez, tomara pié de algunas noticias para calificar á nuestro diario de órgano del célebre Gobernador de Madrid.

Un ejemplo bastará para que se comprenda el deseo que á todos nos animaba de destruir injustas interpretaciones: la guerra civil era por entonces el asunto mas difícil de tratar, y para satisfacer á todos los gustos, habiamos adoptado una extraña subdivision, que comprendia las noticias de orígen oficial, las de orígen liberal y las de orígen carlista. Estos previsores epígrafes no fueron bastantes, sin embargo, para impedir que tuviera que sentarme ante un juez, y en el banquillo de los acusados, por el delito de haber reproducido algunos párrafos que sin correctivo alguno se habian publicado en la prensa carlista de la noche anterior. Debo añadir, en honra de la judicatura, que el periódico fué absuelto libremente y que el asunto no tuvo ulteriores consecuencias.

Dicha imparcialidad práctica podria comprobarse aun con nuevos ejemplos, tales como el de haberse encontrado mas de una vez en la redaccion un título del reino, llamado á ser en lo sucesivo Ministro de

D. Cárlos, y la célebre guerrillera garibaldina Mina Puccinelli, en cuyo loor trabajó la alfonsina pluma de Fernandez Bremon; las numerosas cartas en que el público nos alentaba simultáneamente á perseverar ya en la defensa de los intereses mas retrógrados, ya en la propaganda de las teorías mas revolucionarias. Finalmente, el mismo Julio Nombela, creyendo que su personalidad pudiera prestar color político á la publicacion, renunció á seguir dirigiéndola, y los propietarios de *La Gaceta* se fijaron en mi humilde nombre para ponerlo al frente de aquel diario. Aquella designacion inmerecida constituye una de las distinciones mas honrosas de mi ya larga vida literaria. Permitáseme, pues, la vanagloria de consignarla á cuenta de los muchos disgustos que el periodismo ocasiona.

Aun cuando la época á que me vengo refiriendo es bien próxima á la actual, no puedo menos de recordar con verdadero encanto aquel período de actividad, de entusiasmo y de juventud, en que unidos fraternalmente seis ú ocho escritores de las mas opuestas ideas políticas, nos consagrábamos por entero á fomentar una publicacion que alcanzó en breves meses una tirada de seis mil números, y cuyo carácter de interés general ha sido parodiado mas tarde por otros periódicos en secciones especiales. En la redaccion de *La Gaceta Popular* establecida en un modesto cuarto principal de la calle del Lobo, se discutian las tésis mas contradictorias dentro de la política, la filosofía y el arte; discusiones interrumpidas muchas veces por el ruido del motin en las calles ó por otros sucesos de índole particular, como el feroz combate sostenido á tiros en una casa de enfrente entre un desgraciado aguador y numerosos agentes de

la autoridad, durante largas horas. Y al retirarnos por la madrugada podíamos con harta frecuencia satisfacer nuestro deseo de emociones, ya escuchando en la calle de Sevilla el ruido de un célebre combate librado en una pastelería, ya viendo á la poblacion convertida en un campamento, por si los constitucionales se habian posesionado ó no de la Plaza de Toros, ya observando las cercanías del Congreso convertidas en un campo de *amapolas*, movido por el viento de la impaciencia, mientras en el recinto de las leyes se discutian las bases de la organizacion federal, y los cuerpos francos daban ejemplo al mundo de moralidad y de templanza, con el planteamiento de la teoría del amor libre.

Al recordar aquel período, no puedo menos de preguntar si es completamente cierto, como dijo el poeta, que

«cualquiera tiempo pasado
fué mejor.»

Si los años, que ya empiezan á pesarme, me mueven á la afirmativa, las desdichas que en 1873 agobiaban á la patria me impulsan á la negacion. De todas maneras, compensando los inconvenientes con las ventajas, casi estoy por dar la razon al poeta, siquiera por el placer con que actualmente evoco estos recuerdos.

La extraña situacion que por entonces atravesaba la prensa, constituia una perpétua amenaza para *La Gaceta Popular*, cuyos propietarios habian indicado mas de una vez el propósito de darle muerte violenta. Poco grato era ciertamente el riesgo de las multas, y en una reunion de periodistas, celebrada en el despacho del Sr. Maisonnave, tuve la audacia de juzgar

preferible al sistema entonces vigente el del depósito, editor responsable y censura prévia, aunque fuere ejercida por comisiones militares; opinion que fué acogida con grandes protestas, y apoyada solamente, segun creo recordar, por los directores de *La Epoca* y *El Eco de España*. Debo, no obstante, decir en obsequio de la verdad, que aquel Gobierno republicano utilizó en muy corta escala sus atribuciones, y que si bien la ley no garantizaba los derechos del escritor, la jurisprudencia establecida era relativamente benévola. *La Gaceta Popular* hubiera, pues, podido vivir y habria vivido largos años sin el conjunto de circunstancias, que influyendo sobre sus propietarios, determinaron la muerte de la misma; pero aun en sus últimos momentos, tuvo la suerte de registrar en sus columnas la iniciativa de un pensamiento patriótico, que si aun no se ha realizado, no es dudoso que con el tiempo se logrará.

Breton de los Herreros habia muerto, y su cadáver acababa de ser entregado á la tierra con modesta sencillez. Sus admiradores, sus discípulos, cuantos supieron apreciar lo inmenso de la pérdida que España habia sufrido, acompañaron hasta su última morada el cuerpo del príncipe de nuestros poetas cómicos; pero los redactores de *La Gaceta Popular* creimos muy escasa aquella manifestacion del duelo nacional, creimos que era estrecha sepultura para un genio la que se le acababa de dar, y que en este pais en que tanto abundan los monumentos de hombres políticos, no seria excesiva generosidad ni vanagloria levantar un modesto túmulo al autor de cien obras admirables; y sin consultar mas que nuestro entusiasmo, iniciamos en *La Gaceta* la idea de pagar con un modesto monumento sepulcral al poeta que nos habia legado un

teatro, al inimitable escritor que habia formado nuestro gusto, haciéndonos reir ó llorar, á su capricho, pero haciéndonos admirarle siempre (1). Todos los amantes de las glorias de España se apresuraron á significarnos su adhesion, y al dejar de publicarse *La Gaceta* en 20 de Noviembre, pude oficiar á la Asociacion de Escritores y Artistas, remitiéndole adhesiones y ofrecimientos de todas clases, para que en vista de ellos procurase llevar á la práctica un pensamiento, que nuestro periódico solo, de tener mayor vida, habria seguramente realizado. Díjose por entonces, que la Sociedad hacia suyo el pensamiento; díjose que una comision especial lo realizaria, pero muy en breve se cumplirá el tercer aniversario de la muerte de Breton, y seguirá todo como el primer dia. ¿Habíamos de prescindir por el autor de *Marcela* de nuestro carácter?

Hoy no se encuentran ya ejemplares de muchas de sus obras; dentro de algunos años sabremos, solamente por tradicion, que Breton de los Herreros no fué una entidad fabulosa; pero coleccion de sus escritos, monumento sepulcral.... ¿quién se acuerda de semejantes pequeñeces?

Incidentalmente he citado la fecha del 20 de Noviembre de 1873. Es precisamente la del dia en que un periódico publicaba el suelto que voy á copiar, oracion fúnebre que piadosamente necesito recoger para cerrar este artículo.

«No creemos que en la historia del periodismo exista ejemplo alguno de la muerte de un periódico que haya llegado á tener una tirada de seis mil ejem-

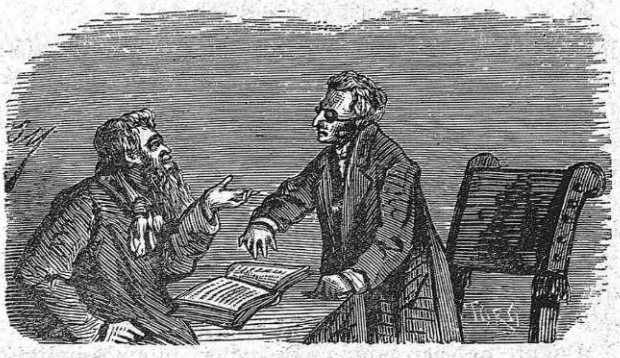
(1) Las citadas frases son de la carta que en 20 de Noviembre de 1873 dirigió el autor de este artículo al presidente de la Asociacion de Escritores y Artistas, haciéndole entrega de varios preciosos antecedentes para la realizacion del pensamiento.

plares á los pocos meses de su publicacion, y mucho menos cuando el periódico carezca de carácter político y no esté obligado, por consiguiente, á sufrir la suerte de uno de los partidos militantes. Esto, sin embargo, ha ocurrido á *La Gaceta Popular*, que tan favorable acogida encontraba en todas las clases de la sociedad, y muy especialmente entre las personas que, enemigas de la política por los males que ocasiona, buscan el verdadero progreso y la fortuna verdadera del pais por medio del desarrollo de las fuentes de la riqueza, tan olvidadas hoy. *La Gaceta Popular*, durante los nueve meses de su publicacion, ha hecho algo mas que proporcionar una lectura agradable; ha seguido dia por dia el movimiento científico, literario, agrícola é industrial, no solo de España, sino de las naciones que marchan á la cabeza de la civilizacion. Ha publicado variados y numerosos artículos relativos á todos los ramos del saber humano; y rompiendo con el tradicional anónimo en que se encuentra el periodismo, ha exhibido en el terreno neutral en que rendia culto al talento y al trabajo, las firmas de las señoras Grassi, Sinués de Marco, condesa de Valdeflores, Mainat y algunas otras, y las de los señores Trueba, Vidart, Fernandez y Gonzalez (D. Modesto), Alvarez Albistur, *Juan de Niza*, Nombela, *Viñas y Deza*, *Juan de Madrid*, Santoyo, Llanos y Alcaráz, Fernandez Bremon, Sepúlveda, Guerrero, Ramos Carrion, Chico de Guzman, Perales, Muñoz y Ruiz, Ceballos Quintana, Castillo y Soriano, Cabiedes, Juderías Bénder, Solsona, Matoses, Alabern, Lerroux, Castellví, Ossorio y Bernard, y otros muchos que han hecho de *La Gaceta Popular* una curiosísima enciclopedia. El último acto en que ejercitó su iniciativa, fué el de elevar á Breton de los Herreros un monumento sepul-

cral digno de su grandeza, idea que cuenta ya con numerosas adhesiones y ofrecimientos.»

Tal fué *La Gaceta Popular*. ¿Será posible que no llegue á publicarse otro diario de condiciones análogas? ¿Habremos de continuar desgarrando el seno de la patria con estériles luchas políticas?

El porvenir se encargará de dar cumplida respuesta á las dudas que acabo de manifestar.



LOS SABIOS.

Hay necesidad de destruir una preocupacion, tan general como arraigada, y no es otro el objeto que en estos párrafos me propongo; pero como el asunto es muy árduo y mis fuerzas muy cortas, me limitaré á unas cuantas indicaciones, dejando á plumas mejor *fabricadas* que la mia el cuidado de dilucidar completamente el tema.

La preocupacion no es otra que la vulgaridad de suponer que para ser un sabio hay necesidad de estudiar; cuando solo se requiere sentar plaza de tal y encargar á los amigos que corran la voz.

Sí, apreciables padres de familia, chapados á la antigua y que os empeñais en y para dar estudios á vuestros hijos; sí, aplicados jóvenes que os quemais las pestañas y os calentais la frente, desentrañando las afirmaciones científicas. Estais en el mas craso de los errores, é ignorais completamente lo que es el mundo al atacar la ciencia por sus prolegómenos, estudiar las etimologías de las voces y suponer que la

prótasis debe preceder á la catástrofe, como sostienen desde Escalijero y Marmontel hasta el Don Hermógenes de Moratin.

Hoy la moda exige un cambio radicalísimo, y facilita los medios de hacerlo, sentando plaza de sabio en vez de comenzar por estudiante, ocupando la tribuna del maestro en vez del banquillo del discípulo, y diciendo uno á voz en grito, que no hay problema que se le resista, dificultad que le detenga, escollo que le ahogue, ni laberinto en que se pierda.

¿Cuánto habrian tenido que luchar muchos individuos, á quienes conocereis sin duda, en abrirse paso y ser justamente apreciados por sus contemporáneos, á no haber sentado plaza de sabios?

¡Cuántos libros habrian tenido que consultar para ello! ¡Cuántos estudios que hacer en la naturaleza! ¡Cuántos ensayos que inutilizar! ¡Cuántos desengaños que sufrir y cuán poco dinero que contar!

En vez de eso, unos han afirmado que conocian el sanskrito, otros que sabian leer, como en una cartilla, en los terrenos esquistosos y cuaternarios; otros se han hecho poetas de la política, ó políticos de la poesía y los mas se han proclamado filósofos, á lo Kant ó á lo Krause, para tener el gusto de que nadie les entienda, sin el egoismo de entenderse á sí propios.

Y, con efecto, han hecho gemir á las prensas y al público; se han presentado en escena, anunciándose préviamente como notabilidades, y han hecho todo el ruido posible con los cascabeles eruditos y filosóficos que rodean sus cuellos.

Para los mismos, nada hay aceptable ni digno de respeto; las reputaciones caen por tierra, y los mas preclaros poetas son unos usurpadores que tienen embaucada á la muchedumbre. Retratar y corregir las

costumbres por medio del libro ó del teatro, nada vale, nada significa al lado de cualquiera de sus disertaciones sobre *el yo* y el *no yo*; conservar el culto de lo grande, de lo noble y de lo bueno, es una hipocresía indigna de los verdaderos poetas, cuya mision, segun los sabios, no es otra que llevar á la rima *las palpitaciones del ser*, *entre lo finito y lo infinito*. Predicar el trabajo es menos digno que concertar dos apotegmas; sembrar los principios del cristianismo es un atentado contra la supremacía del ser humano; ser buenos es equivalente á ser *cursis*, en este tiempo de conferencias filosóficas sobre todo lo que puede saberse y un poquito mas.

Para juzgar la importancia de los sectarios es conveniente recordar los primores con que se obsequiaban los jefes de las sectas.

El filósofo Fichte decia del filósofo Kant, que *no se entendia á sí mismo*.

Hegel decia de Krause *que no tenia mas que tres cuartas partes de cabeza*.

El filósofo español, D. Julian Sanz del Rio, decia tambien las siguientes nebulosidades:

«Ante el pensamiento de la muerte la vida entera se hace asunto sério, con el pensamiento y mira é intencion igual fijo, constante en este fin, no como el acabamiento y anonadamiento del vivir (lo cual, en absoluto no es pensable ni cognoscible, ni menos es imaginable), pues en sí mismo no es (no es de ser ni es de cosa que sea), sino todo al contrario, como el mas grande asunto del propio vivir, como el punto crítico y deslinde crítico; y la piedra de toque y de prueba decisiva é inmediata además, como cada cual (cada muriente ó viviente—cada mortal) consigo sobre sí vive real y verdaderamente el mismo en propia

vida racionalmente, ó si vive, él mismo, como es el mismo en razon de la vida en propia *vitalidad*, si vive en la propiedad misma de su vida, lo que y como él es y se es de suyo (yo) en la certeza y conciencia propia de su vida como él es y es cierto de sí mismo....»

Y no hace aun mucho que los Sres. Revilla y Canalejas, se propusieron demostrar prácticamente que en tocando á materias filosóficas, aquí nadie se entiende, segun la célebre frase de un político.

Lo mas grave del caso es que el eminente poeta Campoamor cayó en el lazo, y discutió, aun cuando en broma muchas veces, otras en sério, las doctrinas del panenteismo; siguiendo una polémica con los señores citados, y publicando artículos y folletos para averiguar si el Sr. Canalejas opina como su maestro que «la existencia como la esencia puesta es en sí un »contenido de existencialidades ó modalidades, pues »la existencia se distingue en sí, primero como origi»nalidad ó primordialidad, y bajo originalidad se dis»tingue como la eternidad (idealidad), por oposicion »á la efectividad (temporalidad, existencia sensible), »y otra vez bajo existencia se refiere como la eterni»dad en la efectividad, y la efectividad bajo la eter»nidad (la continuidad, la vida).»

Durante el triste período de la última y sangrienta guerra civil, los filósofos españoles publicaron en pocos meses mas de treinta volúmenes indigestos, y si algun desdichado cultivaba la literatura de la familia y del hogar, esa literatura que aconseja seguir el bien y evitar el mal, los centros de la filosofía y de la ilustracion, retumbaban con las carcajadas de los sabios; los consejos de los primeros servian de chacota y recreacion entre las lucubraciones filosóficas de

los segundos, y no faltó quien empuñando el látigo de la crítica, fustigase á los que suponian que vale mas el Catecismo del P. Ripalda, que las obras de todos los filósofos modernos.

Cumplido este caritativo deber, volvian á engolfarse en sus tareas, para declarar que el *yo*, punto de partida de la ciencia, «no es el yo, en tanto que es es»píritu ó cuerpo, sino el yo indeterminado, la simple »intuicion yo, que precede á todas las determinacio»nes del yo; el yo no es el ser, sino un ser que, á pe»sar de los límites de su existencia, tiene su esencia »una y entera, y puede ser considerado como tal.»

Acaso no estén conformes todos los sabios con semejante doctrina, y combatan por ella á su autor *Tiberghien*; pero en cambio no podrán menos de aceptar, con el mismo filósofo, que *la idea es Dios con los aumentos sucesivos*.

Los sabios llegan al arte y sustituyen á Murillo con Courbet; entran en la Academia de la Lengua, donde *garlan* y *deronchan*, hasta proclamar que el *patagorrillo* es el mas suculento de los manjares; suprimen el Génesis de una plumada; quitan el alma al hombre y se la dan á los vegetales; fundan la medicina en un absurdo de la razon ó se distraen pacíficamente conversando con los espíritus.

¡Oh! Sabios dichosos, sabios bienaventurados, sabios incomparables, que brotais espontáneamente como los hongos, y vivís, como los parásitos, á costa de las verdades que combatís; sabios eminentes, que monopolizais la admiracion de los crédulos, traduciendo del francés lo que los franceses tradujeron, sin entenderlo, de otros idiomas; sabios que *llenais el mundo* con vuestra fama y la imprenta con vuestros escritos; permitid que os celebre en público como os

venero privadamente; permitid que me convierta en vuestro turibulario, como decís vosotros, para que el humo del incienso ciegue á la muchedumbre y no le permita examinar de cerca á los ídolos; permitid que os presente como modelos dignos de imitacion á la juventud estudiosa, y no cabe duda que esta, tirando los libros, se apresurará á sentar plaza en vuestro batallon sagrado. Permitid tambien que en cuanto yo domine lo que es el sobrenaturalismo, el misticismo, el sentimentalismo, el sensualismo, el conceptualismo, el racionalismo, el panteismo, el nihilismo, el panenteismo, el ateismo, el subjetivismo, el criticismo y otros cuantos centenares terminados en *ismo*; permitid, vuelvo á deciros, que pueda aspirar á que me concedais un puesto en vuestras filas.

De esta manera, y mediante mi honrada propaganda, si la culta Grecia tuvo siete sabios, en la pobre España abundarán mas que los pepinos de Leganés y las judías de la Granja, y cuando las crónicas futuras hablen de lo que fuimos, consignará algun nuevo Iriarte estas ó parecidas frases:

Libre España, feliz é independiente,
inundóse de sabios de repente;
y olvidando políticos resabios,
y sus luchas fanáticas é impías,
vió terminar sus dias;
pero murió de plétora de sabios.

LOS DEMOLEDORES.

—...Y finalmente, señores, es necesario derribar todos los ídolos, desarraigar todas las preocupaciones y quitar todas las caretas.

—Observa, sin embargo, que la sancion del tiempo y la de la opinion pública son muy poderosas.

—Si tienes escrúpulos de esa índole, no mereces formar á nuestro lado.

—Es que Genaro aspira á ser académico.

—Está vendido á nuestros adversarios.

—Trata de imitar al hidalgo manchego, tomando á su cargo desfacer entuertos y castigar tropelías.

—Ni aspiro á la academia, ni me he tasado, ni quiero resucitar á D. Quijote. Lo que digo y repito, es que vuestro propósito participa de la locura y que constituyendo ciertos nombres un título de gloria para la patria, me parece antipatriótica la empresa de desacreditarlos.

—Pero la verdad no es mas que una, y si Lope fué

un mala cabeza, es hora ya de que no le reverenciemos como á un santo.

—Pues ¿y Cervantes? A fe que si hoy viviera, la cobranza de sus alcabalas le habria llevado al Saladero.

—¿Y á eso llamais crítica histórica? Un escritor debe juzgarse por sus obras, no por sus hechos.

—Debe juzgarse por todo; y nosotros, los representantes de la nueva generacion, debemos proclamar muy alto, que Colon tropezó con América sin esperarlo; que la virtud de Isabel I fué tan problemática como el ofrecimiento de sus joyas; que Gonzalo de Córdoba debió arrastrar un grillete por sus alardes de contabilidad; que Pizarro fué un maton de mal género; que Velazquez tuvo la poca vergüenza de ser ayuda de cámara; que las obras de Murillo no son suyas en gran parte, y que Moratin fué un indigno afrancesado.

—¡Tiene razon Diego!

—Diego delira; y vosotros que le aplaudís, hipócritas del vicio, no sabeis siquiera lo que es el decoro literario.

—¡Que siga el académico!

—¡Que siga!

—Vosotros, poetas y artistas en embrion, habeis llamado inútilmente á las puertas de la gloria y, cansados de esperar, intentais que se os abran, aïborotando junto á ellas. No teneis valor para la lucha y recurrís al escándalo, poco cuidadosos de alcanzar un dictado denigrante, con tal de hacer que suenen vuestros nombres, y sin reparar en cuán triste es la celebridad á que aspirais. Tú, Diego, has perseguido durante un año á todos los actores y empresarios de los teatros de Madrid; y cuando te has visto precisado á

recoger tus comedias,—no sé si justa ó injustamente rechazadas,—los que antes juzgabas artistas eminentes son ya para tí cómicos de la legua, y los empresarios que fueron modelo de caballerosidad, se han convertido en mercachifles y usureros sin decoro.

—Solo el público tenia derecho á juzgar mis obras.

—Pues haberte convertido en intérprete de ellas, alquilando préviamente un teatro.

—Eso no es posible.

—Casos se han dado de ello; pero para que juzgues el asunto con pleno conocimiento de causa, te diré que en uno solo de nuestros teatros hay presentadas mas de cuatrocientas obras dramáticas. Si todos los autores tuvieran iguales exigencias que tú, ¿qué actores podrian representarlas?

—Pero lo que yo niego es el derecho que tiene á calificar la mia un mal cómico.

—¿No califícas tú la obra de tu zapatero? ¿Con qué derecho lo haces?

—Bueno, no quiero discutir acerca de mí; pero no me negarás que Mariano, el tímido é inspirado Mariano, es un poeta de primer órden. Pues, sin embargo, ni de valde le publican sus versos.

—Mariano sigue tambien un camino equivocado. Cierto que tiene talento.....

—¡Marianito, abajo el sombrero! Gracias á Dios que te hacen justicia....

—Cierto que tiene talento; pero no lo utiliza. Sus interminables poesías se consagran sin excepcion á manifestarnos sus impresiones amorosas; la ingratitud de la mujer á quien ama; sus terribles celos; sus fatídicos presentimientos y sus caprichosos rencores. ¿Qué le importa al lector que tenga envidia del cefirillo blando que acaricia la frente de Fílis y del sol que

penetra en su habitacion y del oxígeno que absorbe? ¿Acaso la poesía no tiene horizontes mas dilatados? ¿No puede cantar, por ejemplo, las glorias de la patria?

—Justo, y vulgarizarse hablándonos de Pelayo y del Cid, y de la reconquista.... ocultando por supuesto que nuestros padres se aliaban con los moros para luchar con otros cristianos.....

—O cantar las excelencias de nuestra Religion....

—¿Con sus frailes milagreros y sus santos inquisidores?.... Mariano escribe de amores, porque está enamorado.

—Y se limitará á recibir vuestros aplausos.

—Porque los directores de periódicos carecen de ilustracion.

—Y de paciencia para leer las resmas que diariamente les entregan de prosa y verso.

—En cambio publican atrocidades de otros autores.

—No lo niego; pero de otros autores que tuvieron siquiera el talento de crearse préviamente una reputacion.

—¡Usurpada!

—Todo cuanto querais; pero cuyos nombres son gratos al público.

—¡De plagiarios!

—Que se vean las obras de cualquiera de los académicos....

—Robadas, desde la primera letra hasta la última.

—Yo me comprometo á demostrar que desde el establecimiento del Liceo hasta el de la Sociedad de Escritores y Artistas, todos los escritores españoles se han limitado á poner en verso las obras francesas en prosa y á escribir en prosa las poesías francesas.

—¡Valiente trabajo! Yo pienso publicar un artículo demostrando que Zorrilla no sabe hacer una

cuarteta; que Breton de los Herreros mantenia á dos desgraciados, uno para que le tradujera comedias, y otro para que las versificara, y que *La Jura en Santa Gadea*, de Hartzenbusch, es un *buñuelo*, indigno de ser representado aun en el teatro de Buenavista!

—Yo me comprometo á demostrar que de los *setecientos* individuos que componen la Asociacion de Escritores, ni uno solo es capaz de presentar un folleto de diez y seis páginas, que sea suyo, exclusivamente suyo.

—¡Y hablan, sin embargo, en nombre de los escritores!

—¿Cuándo *les hemos* autorizado para ello?

—¡Y reciben dinero de los ricos para socorrer á los enfermos, enterrar á los muertos y dar educacion á los huérfanos! ¿Puede darse mas criminal empeño?

—¡Nosotros tenemos dignidad!

—¡Y preferimos morir de hambre, á denigrarnos con la limosna!

—¡Abajo la Asociacion de Escritores!

—¡Y la Academia!

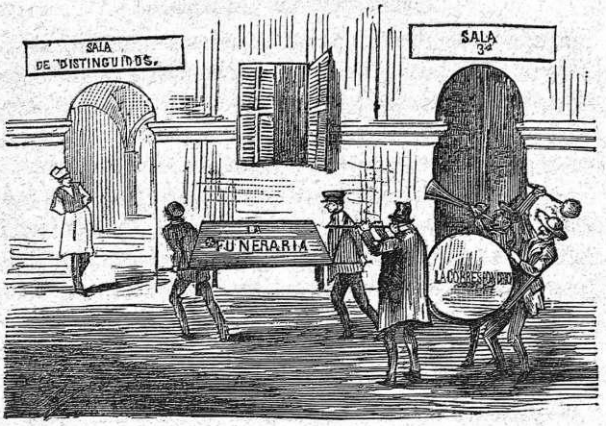
—Y los escritores antiguos y modernos, que no pertenezcan á nuestro círculo.

—¡Y Genaro que les defiende!

. . . . . .

La conversacion referida se escuchaba no hace muchas noches desde todos los rincones de uno de los cafés mas concurridos de Madrid.

Uno de los parroquianos del establecimiento, hombre entrado ya en años, que habia seguido con curiosidad el debate, tomó un polvo de rapé y exclamó con bondadosa sonrisa: ¡Quién pudiera dentro de veinte años volver á escucharles discutiendo el mismo tema! ¡Pobres demoledores!



LA ASOCIACION DE ESCRITORES.

—¡Ya tengo tres casas propias! Dice en el seno de la confianza á varios de sus amigos el honrado y laborioso tendero de aceite y vinagre.

—En la próxima liquidacion, dice el bolsista, acabaré de redondearme y consagraré medio millon á un *hôtel*.

—El porvenir de mis hijos está asegurado, exclama el empleado al cumplir los años de servicio necesarios para crear derechos pasivos. Ya pueden declararme cesante ó jubilarme.

—En cuanto se recrudezca la persecucion del juego, dice un banquero, me retiro con mis ganancias. Los puntos se van escamando y son ya muy pocos los que apuntan á un entrés.

—Así que pueda, dice un cabecilla carlista, me presento á indulto: será una necedad exponer la vida despues de haber asegurado una fortuna.

En suma, todas las clases como todos los individuos, sueñan con la riqueza, con el descanso y el bienestar. Qué extraño que mi buen amigo Campo y Navas, me llamara en la calle dias atrás y radiante de entusiasmo me dijera, sin tomar aliento:

—¡Albricias! Ya tenemos dos camas en el Hospital general, y es fácil que tengamos otras dos en el de la Princesa; varios médicos nos asistirán gratuitamente, dos boticarios imitan la generosidad de los médicos y *La Funeraria* nos hace el favor de rebajar sus tarifas para cuando nos muramos!

***

Bendita sea la santa Caridad y bendita la limosna, pero es triste, muy triste que despues de escuchar á Campo, tengamos que decir á la entusiasta juventud, que emprende hoy la carrera de las letras ó de las artes:

—Hé ahí tu porvenir: la asistencia gratuita, si tienes casa; el Hospital, si careces de ella; *La Funeraria* rebajando sus tarifas en tu favor, para cuando te mueras.

—Pero, yo soy jóven, dirá tal vez alguno; tengo fe, tengo bríos para el trabajo, puedo crearme una fortuna con mis obras, puedo legárselas mas tarde á mis hijos. La produccion literaria, ¿no constituye propiedad?

Sí, ciertamente; pero la propiedad literaria, por un absurdo social, vergonzoso é injusto, no es permanente: termina algunos años despues de la muerte de su autor. Si te dedicas á cualquier negocio y adquieres con sus productos una propiedad, podrás dejarla á tus herederos; pero tus obras literarias no habrán de ser explotadas por ellos mas que en el concepto de españoles. Un editor cualquiera podrá enriquecerse

con su explotacion, mientras ellos,—si pertenecen á la Asociacion y dura esta,—tendrán derecho á lo sumo á reclamar una de las camas del Hospital ó los beneficios de la rebaja de *La Funeraria*.

—Pero eso es inconcebible....

—Por lo mismo trata nuestra Asociacion de hacer que termine, y el Sr. D. Mariano Vergara ha formulado un excelente proyecto de ley en este sentido.

—¿Y lo aceptarán las Córtes?

—No es posible aventurar una contestacion categórica, aun cuando es de suponer que sí (1). Los escritores no queremos privilegios, pero sí que nos alcance el derecho comun; no queremos que nuestra propiedad sea preferente ni preferida, pero sí que sea respetable y respetada. No queremos, en una palabra, que á los pocos años de morir llame la codicia á la puerta de la casa que habitamos en vida, y diga á nuestros huérfanos: «Ya no sois dueños de la herencia de vuestros padres; una sábia legislacion ha dispuesto que mendigueis acaso el sustento, mientras nosotros, los empresarios ó editores, nos enriquecemos. Lo mas que podremos hacer en obsequio vuestro, es anunciar que vamos á representar los dramas de vuestros padres ó á reimprimir sus libros, añadiendo que es *para honrar su memoria*.»

—¿Luego, en la Asociacion de Escritores y Artistas,—preguntará álguien,—se hace algo mas que leer versos? Yo creia que esa Sociedad solo se reunia el 23 de Abril en el Senado.

—La vida externa de la Sociedad es lo de menos, hoy por hoy. Si una vez al año solemniza pública-

(1) Los diputados Danvila, Carreras y Gonzalez y otros intentan tomar con gran calor la reforma.

mente un aniversario glorioso, otras muchas consagra sus tareas á enaltecer la memoria de los grandes hombres que honran á su patria. Tal vez mas adelante, cuando logre su completo desarrollo, señale su existencia de otras maneras mas visibles; mientras tanto, encerrada en su pobreza y en su modestia, arroja los cimientos de lo que puede ser un palacio ó un monton de ruinas, segun sea la conducta de los escritores que nos sigan. Hoy se reune su Junta directiva para conocer la situacion financiera y llevar la cuenta del cuarto y del ochavo que forman la riqueza de la colectividad; se acude en auxilio del enfermo y del menesteroso, y se trabaja para mejorar el porvenir. Media docena de hombres de buena voluntad, eminentes los unos y modestísimos los otros, fraternizan en una empresa comun y benéfica. Ni el presidente tiene campanilla, ni portero la sala de sesiones, ni se pide la palabra, ni se abusa de ella. En sus individuos puede tener cabida el error, pero no la soberbia, y á la menor observacion de un compañero se confiesa por cualquiera la equivocacion en que estaba, dándose el caso admirable de que todavía no haya habido ejemplo de que nadie trate de demostrar que lo blanco es negro (1). Si en las sesiones hubiera taquígrafos, no tendrian probablemente que molestarse con las acotaciones de: *¡Bravo! ¡Silencio! ¡Oid.... oid! ¡Muestras de aprobacion! ¡Lágrimas de entusiasmo!* etc., etc.; pero tampoco tendrian que consignar las frases de: *Que se escriban esas palabras*, y muchísimas mas que en otras

(1) Tanto por las frases precedentes, como por las que siguen, el autor de este libro se cree en el caso de consignar que el presente artículo fué escrito y publicado en Agosto de 1875.

sesiones justifican la exclamacion del poeta cómico:

¿....Estamos en el Olimpo
ó en la Puerta de Toledo?

La Asociacion de Escritores ha producido ya una ventaja notoria; la de que puedan conocerse y apreciarse muchos individuos, que caminando al mismo fin, no se habian encontrado aun en la senda de la vida. Músicos, pintores y publicistas de todos géneros figuran ya en las listas de la Asociacion; pero aun faltan muchos de nuestros compañeros de glorias y fatigas; unos porque sin duda se hallan muy ocupados en el cumplimiento de deberes administrativos ó en la satisfaccion de los caprichos que engendra una elevada posicion; otros, porque acaso juzgan incompatible con sus costumbres, el mútuo auxilio, el ahorro y la beneficencia. Tanto los primeros, como los segundos, acudirán mas pronto ó mas tarde, y la Asociacion les admitirá con los brazos abiertos, sin pedirles cuenta de su tardanza, ni tratar de inquirir de donde vienen.

Pero la *República* de las letras debe ser *federal* y hasta hoy, solo se halla organizado *el canton* de Madrid. Y, sin embargo, en la mayor parte de las provincias, palpita el gérmen de vida artística y literaria; una juventud entusiasta y de verdadera valía se halla en estado de contribuir al brillo de las letras y de las artes, y hoy pierde su vigor, reducida á una pequeña localidad y sin atreverse á salvar el horizonte que puede distinguir su vista.

La Asociacion de escritores y artistas no es madrileña sino española, y el dia que tengan representa-

cion en ella todas las provincias, habrá realizado una de sus mas gratas aspiraciones (1).

Dos palabras y termino.

Hoy es un suceso fausto para la Sociedad, la série de noticias del amigo Campo y Navas, referentes á medicos, boticas, hospitales y tarifas de *La Funeraria*; trabajemos todos de consuno y en la medida de nuestras fuerzas para la realizacion del fin comun, y tal vez no pase mucho tiempo sin que el mas diligente de los redactores de *La Correspondencia* pueda escalonar en ella los siguientes sueltecillos:

«Durante el año que termina no ha ocupado ningun escritor ni artista las camas del Hospital.»

«Ha sido votado por las Córtes el proyecto de ley de propiedad literaria, elaborado en el seno de la Asociacion de escritores.»

«La Sociedad tiene hoy un activo de cuarenta mil duros.»

---

(1) Cádiz, Málaga y otras capitales empiezan á establecer análogas sociedades.

GAZAPATON LITERARIO.

Tengo un amigo escritor, sugeto excelente á carta cabal; pero que ha dado en la manía de querer huir de la vulgaridad literaria, cayendo por ende en el gongorismo mas absurdo que ustedes pueden imaginar. Todavía no figura en el registro de casa alguna de Orates; pero los síntomas de su locura son tan significados como alarmantes, y no será difícil que le veamos perderse para siempre, bien en un sillon de la Academia Española, bien en las celdas del manicomio de Leganés.

Padece, como he dicho ó al menos indicado, una enfermedad académica, y á fuerza de estudiar el diccionario, que *limpia, fija y da explendor* al lenguaje, ha conseguido que nadie de su familia le entienda y que empiece á no entenderse tampoco. Apenas sale á la calle por no *desvarar* ó resbalarse; no se arrodi-

lla en el templo, para no *coinquinarse* como él dice ó mancharse como decimos todos, el pantalon; no se ha casado por no *manlevar* ó sea contraer obligaciones que le distraigan de sus gustos, ni ser *elche* en sus creencias, palabreja con la que él reemplaza la de renegado; finalmente, no va al teatro por no presenciar las *badomías* ó dislates de nuestros primeros poetas y el *descostreñimiento*, ó llámese desenfreno de las bailarinas.

Fricado, como él dice, ó entregado á sus aficiones literarias, empezóse á significar la enfermedad ó *argüello* que le mata con un *embausamiento* ó abstraccion que ha terminado en embotamiento ó *boteza* de sus sentidos, haciendo que los médicos formulen un pronóstico fatal para su vida ó al menos para su razon.

Aun cuando en semejantes enfermedades sea muy difícil encontrar el verdadero orígen, achácalo su familia á haberle sorprendido, durante noches enteras, tratando de desentrañar lo que el bueno de D. José Antonio Gonzalez de Salas quiso decir en los siguientes versos:

Si no es Tais la dama, ni
tuerta tampoco ¿por qué
has de pensar, Quinto, que
la coplilla se hizo á tí?
Pero algo hubo semejante;
que es la tuya Lais, y Tais
dije yo. Díme, pues, ¿Lais
de Hermione es mas distante?
Mas tú eres Quinto; por esto
será bien demos distinto
nombre al amante, y pues Quinto
no ama á Tais, ámela Sexto.

Sea de ello lo que quiera, y despues de suplicar á los lectores me perdonen haber copiado tales versos, lo positivo es que mi pobre amigo ha debido pasar ratos muy crueles tratando de averiguar el sentido de numerosas frases de hombres eminentes en las letras, y que se entusiasmaba al lograr traducir las voces de *dulcedumbre*, *serviciarios* ó *cultores*, tantas veces empleadas por aquellos. Cuando en lugar de voces sueltas conseguia un período extenso lleno de trasposiciones, figuras y arabescos, terminando en un infinitivo á la latina, su contento no reconocia límites, y se pasaba las horas muertas leyendo aquello de:

«..... mi vista percibió en el horizonte sensible hábiles obreros docentes y mi mirada penetrando en el sentido de la profundidad y total extension del horizonte verdadero, contempló escuchando atenta y cuidadosamente la ilustracion de los siglos que fueron, de los años que entonces eran y de los dias, evos ó ciclos que habian de llegar.»

O bien:

«Devotos del arte escogitando entre lo que suministra la experiencia, hemos visto académicos dejando caer exíguos relieves de su abastada mesa, para que otros recogieran y trataran aquella disquisicion.»

¡Pues, y el contento que hubieron de producirle, si llegó á entenderlos, los siguientes parrafillos!

«..... Seguid con atenta mirada al fuego sagrado del espíritu concentrándose, para convertirse en latente ó escondido en la inteligencia de los siglos, que sin llama ostensible ó juguetona siguió en ellas dando vida á los tallos del acanto, que pronto se llenarian de hoja hasta cubrir trepadores el inmenso capitel corintio sobre la frente de la grandiosa estátua tallada por las manos y la ciencia inmensa del Creador.»

«..... Hecho evidente, que en nombre del porvenir tuve ocasion de demostrar con el libro castellano antiguo en la mano y nuestra historia de los siglos que fueron, recordada esta y presentando aquel en muy distintos lugares, unos centro de la inteligencia mas ilustrada y otros de los supremos poderes, con triple y doble corona cerrada y pineal de la Europa moderna.»

Algunas veces toda su abstraccion era escasa para semejantes acertijos, y hasta hubo de preguntarme lo que un sabio académico queria decir al consignar que «la espada pasa *de las manos del fuego* á las del guerrero,» ó cómo se compaginaba la afirmacion de otro escritor, respecto á que «el idioma inglés es *monosílabo* y *esdrújulo*.»

Como los lectores comprenderán perfectamente, nunca pude satisfacer sus dudas, porque desconozco los artificios literarios con que algunas personas se han creado grandes reputaciones, é ignoro otro castellano que el que se usa desde la Puerta del Sol á la Plaza de Lavapiés.

He creido prudente dejar establecidas las generalidades anteriores para llegar al objeto principal de este artículo, por juzgarlas indispensables para que, conociendo los lectores á mi amigo, tengan lástima de su estado y no califiquen con excesiva dureza el principio de la novela en que se ocupa actualmente, novela escrita con la última edicion del *Diccionario de la Academia* ante los ojos y que, sin embargo, ha de parecer para muchos en griego ó sanskrit.

El autor, que es muy modesto, la califica de *Gazapaton literario*, *atrabancado* por él, ó sea Disparate literario escrito á la ligera. Juzguen por sí mismos los lectores, estudiando los párrafos que siguen; mas,

como es fácil que si pongo solamente el texto original se queden tan á oscuras como yo me quedé al leerlos, no lleven á mal ni juzguen ofensivo á su ilustracion, que se los dé tambien traducidos, ya que he realizado semejante empresa con una paciencia digna del mismísimo Job.

Hé aquí el comienzo de la novela de mi amigo:

En una bayuca del cuadrivio de la cal de San Jerónimo congregábanse al conticinio, ganosos de garlar, disceptar y aun deronchar no pocas veces, fúcares, ganforros, ribaldos y galloferos.

Gazmiabase el hostelero, gazmiabase aun el sollastre de cuanto les ociaban y cuán poco les producian aquellos dropes y cutres, limitados á la muquicion de arrepápalos y patagorrillo y al zumaque de los cencerrones, padre de disceptaciones y zacapelas.

Y no sin causa se rencuraban y atafagaban, viendo la honrada bayuca llena de mujeres con mas excusalís y descubretalles que erubescencia, bordionas, comblezas, biltroteras, daifas, y aun una bacinera,—mas saga que santa,—que solian despelotarse por disceptar el

En una taberna de las Cuatro calles de la Carrera de San Jerónimo, reuníanse en la silenciosa noche para hablar mucho, disputar y aun pelearse no pocas veces, ricachos, pícaros, bellacos y vagabundos.

Quejábase el hostelero, quejábase el mismo pinche de cuanto les distraian de sus faenas y cuán poco les producian aquellos hombres despreciables y tacaños, limitados á la comida de buñuelos y guisado de asadura y al zumo de los racimos de uva, padre de disputas.

Y no sin causa se querellaban y aturdian viendo la honrada taberna llena de mujeres con mas delantales y abaniquitos que rubor, rameras, mancebas, callejeras, entretenidas y hasta una mujer que pedia en las iglesias para el alumbrado, —mas bruja que santa,—

favor de un algun salaz gambalúa.

Caia mollina.

Un nacion, asobiado por muchachos cual si fuera en antruejo, barzoneaba por el cuadrivio y notando coitoso la bayuca hizo en papel un bervete y entró en ella el cochite hervite: vestia pantalon de rajeta presada, chaleco rosmarino, ponleví en los piés y alcartaz en la cabeza, y conducia bizazas.

¿Era un guiton? pesgudareis.

¿Era un bausan?

El nacion era taheño y le caracterizaban rojos aladares y terribles columerales.

—¿Quiere muquir? demandó el sollastre al de los pelluzgones. ¿Viene despernado? Espere; paramentaré la mesa.

El matrero nacion callaba oteando los ostugos.

—Huye de la durindaina, dijo uno.

—Que le guinde el borreque solian agarrarse de los pelos por disputar el favor de algun larguirucho desgarbado y lujurioso.

Llovia menudito.

Un extranjero, silbado por muchachos cual si fuera en carnestolendas, andaba vagando por las Cuatro Calles, y notando apresurado la taberna, hizo una ligera apuntacion en un papel, y entró en ella con celeridad: vestia pantalon de paño verde oscuro, chaleco rojo claro, tacones altos en los piés y un cucurucho en la cabeza, y conducia alforjas de cuero.

¿Era un pobre fingido? preguntareis.

¿Era un tonto?

El extranjero era de barba roja, rojos mechones sobre las sienes y terribles colmillos.

—¿Quiere comer? preguntó el pinche al de los mechones. ¿Viene cansado? Espere, cubriré la mesa.

El astuto extranjero callaba, escudriñando los escondites.

—Huye de la justicia, dijo uno.

—Que le cuelgue el ver-

ro del monopastos, añadió otro.

—Manfla, exclamó un tercero, dale un doblero descocho.

—No quiero peteretes, dijo airado el nacion á los dropes, gatallones y gofos. Lanto soy, de epulon y piarcon me precio, y si buscais desferra, daros he una hurgonada.

Al decir que era lanto, rodeáronle condecabo las perendecas, comblezas y deseguidas; al verle minaz y elato, blandiendo la francisca, asurados y eletos los morlacos, no quisieron ser fargallones, ni emborrullar acapizándose con el perrengue; fricáronse pidiéndole alafia, y la estuosa disceptacion terminó muquiendo dobleros y arrepapalos.

dugo de una garrucha, añadió otro.

—Querida, exclamó un tercero, dale un *panecillo en forma de rosca*, y bien cocido.

—No quiero golosinas, dijo airado el extranjero á los despreciables pillastrones y necios. Soy rico, me precio de bebedor y comedor, y si quereis camorra, dareos una estocada.

Al decir que era rico, rodeáronle otra vez las rameras, mancebas y disolutas; al verle amenazador y soberbio, blandiendo la segur, inquietos y espantados los necios, no quisieron obrar atropelladamente, ni reñir agarrándose con quien tan fácilmente se enojaba; entregáronse pidiéndole perdon, y la ardiente disputa terminó comiendo panecillos y buñuelos.

Hasta aquí el original del autor y mi traduccion.

Confieso lealmente, que al ver las primeras líneas, supuse que aquello fuera un juguete crítico, semejante al que hace años escribió mi docto y respetable amigo D. Fernando Gomez de Salazar, ó al que tambien autorizó con su firma *Velisla*, á pesar de su cualidad de académico; pero desgraciadamente no es así.

El autor del *Gazapaton literario* sigue trabajando

en el mismo dia y noche, y hasta imagino, aunque él no lo dice, que trata de presentar su novela optando á los premios de la Academia. Si mi sospecha se realiza, es de suponer que no se declarará desierto, como tantas otras veces, el concurso abierto por la primera corporacion literaria del pais.

*

LAS DOS NOBLEZAS SANGRIENTAS.

Debo hacer al público una penosa confesion: la de haber tenido mis aspiraciones de novelista, como las he tenido tambien de poeta lírico y de autor dramático.

Por fortuna para los habituales abonados al género de literatura á que me refiero, el crímen no llegó á consumarse; hubo premeditacion por mi parte; pero no alevosía, ni ensañamiento. No quiero que se me confunda con otros escritores.

Dos capítulos que escribí bastaron para hacerme desistir de mi pretension. Un amigo despiadado me advirtió de que eran una sarta de disparates, y renuncié, como he dicho, á surtir á los modernos editores, á razon de veinte duros tomo.

Hoy que mi arrepentimiento es completo, ofrezco al público los dos mencionados capítulos, tanto como penitencia de mi culpa, cuanto para evitar que la posteridad se vuelva loca indagando el autor de un folletin publicado por un periódico de Madrid el dia de los Santos Inocentes en uno de los últimos años.

La novela habia de titularse *Las dos noblezas sangrientas*, y los capítulos, prescindiendo de algunos párrafos, inútiles hoy, eran los que copio á continuacion.

I.

El marqués del *Scopolo* era un hombre de aspecto ordinario y que frisaba en los cincuenta años.

Afiliado desde muy jóven al partido liberal, habia combatido en las barricadas de Madrid en 1854; durante el bienio habia desempeñado las funciones de administrador de rentas en Valdemojados y al ocurrir la contrarevolucion de 1856, quedó cesante. Entonces recordó que tenia un oficio y volvió á ejercerlo; su taller de carpinteria encerró sus ensueños ambiciosos, y en él se dieron cita casi todos sus correligionarios para trabajar contra el ministerio O'Donnell. Juan García, que así se llamaba nuestro protagonista, habia avanzado mucho en sus ideas, y, republicano de corazon, se negó á construir una mesa que le habian encargado para las cocinas de Palacio.

Pocos dias despues, viendo pasar el coche de la Reina, Juan García se puso en primera fila, para hacer alarde de que no se quitaba la gorra.

El carpintero y la monarquía Borbónica fueron desde entonces incompatibles.

El carpintero y la dinastía emprendieron tambien desde entonces una lucha airada y cuyo término no era fácil preveer. En 1866, Juan García seguia conspirando desde el presidio de Alcalá; dos años mar tarde, el destronamiento de los Borbones era un hecho.

El presidiario de Alcalá se convirtió en el jefe de Hacienda de una provincia; los habitantes de la capital, ya por simpatías, ya por alejarle de ella, que en esto no están de acuerdo sus biógrafos, le votaron para diputado á Córtes. Vuelto á Madrid, fundó tres periódicos simultáneamente para defender tres candi-

daturas para el Trono de España, y cuando fué este ocupado por un Rey democrático, Juan García, á quien todos sus amigos conocian por el mote de *Escoplo* (aludiendo á su primer oficio), se vió convertido en marqués del *Scopolo*, título italianísimo y que al propio tiempo recordaba á sus conocimientos que el nuevo marqués no era otro que el acogido en Alcalá.

No hay que decir que apenas triunfó una de las soluciones monárquicas, Juan García mató los dos periódicos defensores de otras candidaturas y se consagró por entero al que habia tenido la suerte de acertar en su defensa.

Pero el marqués de Scopolo no era feliz.

Comprendió que su título necesitaba ascendientes y descendientes. Para lo primero, le sacó del paso un pintor heráldico, fabricándole un árbol genealógico entroncado con las primeras casas de Italia y España. Uno de sus abuelos, por la línea materna, habia cortado la cabeza á un francés herido mortalmente en la batalla de Pavía; otro de sus antepasados, habia abierto con un escoplo las puertas de Oran, delante del Cardenal Cisneros.

En cuanto á los descendientes, el pintor no se atrevió á inventarlos; pero el marqués creyó que una boda podria ser el medio mejor para tenerlos. Aunque García no era insensible al amor, su odio á todo lo eclesiástico le habia impedido encender la antorcha de Himeneo, durante el reinado de la tiranía; pero el establecimiento del matrimonio civil le allanaba la dificultad. Resolvió por lo tanto tener una nueva esposa—pues, como los lectores recordarán, el marqués habia tenido otras en el presidio de Alcalá,—y para ello, guiado por su ambicion, desdeñó varios partidos democráticos y soñó con la vieja aristocracia.

La fortuna, que en todo le sonreia, le hizo conocer por entonces, á la bella vizcondesa de Montesignotos, cuando esta tomaba el fresco y un merengue en uno de los aguaduchos del Prado. Un lacayo negro y un perro blanco acompañaban á la vizcondesa.

El marqués del Scopolo estuvo largo rato observando aquel grupo de familia y vió que la vizcondesa partia el merengue con el perro, y que oprimiéndole despues contra su pecho le besaba repetidamente en el hocico. Aquellos besos fueron para el marqués un rayo de luz. Llamó á un granuja, que á la sazon trataba de robarle el pañuelo, y enseñándole una peseta provisional, de las que figuran á España esperando un buen gobierno, le dijo:

—Tuya será, si me haces un favor.

—¿Cuál es?

—Traerme ese perro blanco, cuando su dueña se descuide.

El granuja miró á la peseta y al perro; se rascó la oreja y contestó al marqués:

—Ese perro es mio.

—¿Tuyo?

—Sí tal: es mio y esta noche irá al depósito en que paga el Ayuntamiento una peseta por cada perro que llevan á él.

—Pues, entonces, dámelo á mí y te ahorras el viaje.

—Ese perro, vale 10 rs.

—Tuyos serán...

—Y el cordel otros 10.

—Consiento en todo...

—Y como yo he de ganarme algo sobre su valor, no lo cederé por menos de 40 rs.

—Cuenta con ellos.

—Pues espéreme V. junto á la fuente. No tardaré diez minutos.

Aquella noche la vizcondesa de Montesignotos llegaba á su casa derramando copiosas lágrimas y el lacayo negro, abandonando su servicio, se dedicaba á poner, negras como su cara, las botas de los vecinos de Madrid.

Al dia siguiente se leia en el *Diario oficial de Avisos:*

«PÉRDIDA.

«Se ha extraviado un perrito blanco con siete pelos negros en el rabo y un poco de merengue junto al ojo izquierdo. Responde al nombre de Nelusko y menea las orejas de una manera convulsiva en cuanto ve á otros animales de su especie, especialmente si son del contrario sexo. La persona que le haya encontrado puede presentarse en la calle de las Maldonadas, núm. 7, casa de la señora vizcondesa de Montesignotos, donde recibirán las gracias y una onza de oro por el hallazgo.»

El marqués leyó el anuncio, y poniéndose de frac y corbata blanca, subió en su carretela y se dispuso á vender caro el depósito; el corazon y la mano de la vizcondesa eran el término final de sus aspiraciones.

Pero, el enamorado suele olvidarse muchas veces de los detalles mas esenciales. Scopolo habia olvidado que la posesion de aquel perro era fruto de un crímen; que en aquel crímen habia tenido un cómplice, y que su cómplice seguia jadeante á la carretela con dos agentes de órden público. De repente, notó que el carruaje suspendia su marcha, vió abrirse la portezuela y escuchó que decia uno de los agentes:

—Caballero, ese perro no es de Vd....

—¡Cómo! exclamó indignado.

—Ese perro es de este niño, criado de la señora vizcondesa de Montesignotos y que ha tenido la desgracia de perderlo, como se desprende del anuncio que nos ha enseñado.

El marqués miró á su cómplice; pero este fingia llorar amargamente y limpiarse los ojos con el *Diario de Avisos*.

Entonces comprendió todo, y sobreponiéndose á la situacion, contestó sin inmutarse, á pesar del lastimero ladrido que dejó escapar el perro:

—Yo soy el marqués del Scopolo, y una de las personas de mayor influencia en Palacio: ese granuja es un ratero que anteanoche me robó dos duros en el Prado y en cuanto á este perro, es mio, exclusivamente mio.

—Sin embargo, el anuncio.... objetó uno de los guardias.

—El anuncio se referirá á otro perro.

—Si Vd. nos permitiera confrontar....

—Llevo mi bondad hasta ese extremo.

El guardia, que habia tomado por su cuenta el asunto, cogió el diario y dijo:

—¡Nelusko!

El perro levantó la cabeza; pero no dijo esta boca es mia.

—¿Ve Vd. cómo no contesta? Añadió el marqués con aire triunfal.

—Sí, pero mira....

—Como que no es ciego.

—Intentemos otra prueba.

El agente cogió al perro que habia á la puerta de una tienda y se lo presentó á Nelusko. Este le olió; pero sus orejas permanecieron inmóviles.

—Veamos las señas *personales*, dijo el agente.

El ojo izquierdo de Nelusko estaba limpio: el merengue del aguaducho no manchaba ya su rostro inteligente.

—¡El rabo! ¡el rabo! gritó el granuja, asiéndose á aquella última esperanza.

El rabo de Nelusko era completamente blanco: los siete pelos característicos le habian sido arrancados por el marqués, haciéndole dar un lastimero ladrido conforme dijimos anteriormente.

El marqués estaba radiante: los agentes, confusos: en cuanto al granuja.... estaba muy lejos de allí.

—Ahora, dijo Scopolo, voy á dar parte al gobernador de la provincia de todo lo ocurrido. El título I de la Constitucion democrática, consigna que ningun español podrá ser detenido sin auto del juez competente, y como Vds. han faltado á su deber, irán á un presidio.

Los dos agentes se quedaron mas frios que la nieve, y de entre el grupo de curiosos que se habia formado junto al coche durante la escena anterior, sa-

lieron varias voces de ¡Canallas! ¡Matarles! ¡Ni en tiempos de Gonzalez Bravo!

El marqués no tenia mal fondo, y viendo propicia ocasion para aumentar su popularidad, siguió diciendo:

—Pero quiero ser generoso: pueden ustedes marchar á su puesto y que sirva de leccion y escarmiento lo sucedido.

El coche volvió á rodar majestuosamente en direccion á la calle de las Maldonadas; paró delante del número 7, y el afortunado marqués se hacia anunciar poco despues á la vizcondesa.

En la antesala habia 53 personas con otros tantos perros blancos, que por un fenómeno inexplicable eran iguales: todos tenian algunos pelos negros en el rabo; todos tenian una mancha de merengue junto al ojo izquierdo; algunos ladraban, cuando sus dueños decian: *Nelusko*.

II.

La entrevista de la vizcondesa con el marqués fué brevísima. El perro se desprendió de los brazos de este y se subió sobre la falda de su ama haciéndola mil halagos.

El marqués guardaba silencio y miraba á la vizcondesa.

—Caballero, dijo esta, despues de besar al perro durante media hora: Mi gratitud para con Vd. es inmensa, y como comprendo por su tarjeta, que se negará Vd. á recibir gratificacion alguna, reclamo que me indique la manera de satisfacer mi deuda.

—Señorita—contestó el marqués,—ese perro ha recibido hospitalidad en mi casa durante una noche: si él pudiera hablar, expresaria mucho mejor que

yo mis pensamientos. Aun resuenan en sus oidos mis suspiros; aun están calientes sus orejas por mis besos.... ¡Oh, señorita! no crea Vd. que mis trasportes eran por él, sino por Vd. Por Vd., á quien amo frenéticamente desde hace medio siglo.

—Caballero, hace medio siglo no habia nacido mi madre.

—Dispense Vd., el amor me vuelve estúpido.

—¿Por qué calumnia Vd. al amor?

—Es verdad, no sé lo que me digo: mi pasion, mi cruel pasion tiene la culpa....

La vizcondesa dió en esto un grito: se levantó indignada, como una simple mortal, y exclamó con acento febril:

—Caballero: ¡Es Vd. un impostor! Este perro no es mi perro.

—¿Qué dice Vd.?

—¡No tiene pelos negros en el rabo!

—¡Pueden ponérselos!

—¡Qué infamia! ¡Lo mismo han hecho ya otras cien personas! Es Vd. un miserable.... ¡Perteneee Vd. á la nobleza haitiana y yo á la española! ¡Somos incompatibles!

—¡Señora! El enojo la ciega á Vd.; pero desde el momento que este perro es mio, voy á tirarle por el balcon.

Y uniendo la accion á la palabra se dispuso á realizar su amenaza.

Otro grito de la vizcondesa se lo impidió. Habia visto que el rabo presentaba señales inequívocas de haber sido pelado recientemente. Ya no cabia duda: era Nelusko.

El marqués habia logrado cogerlo y la vizcondesa imploraba á su vez compasion.

La escena que siguió es indescriptible:

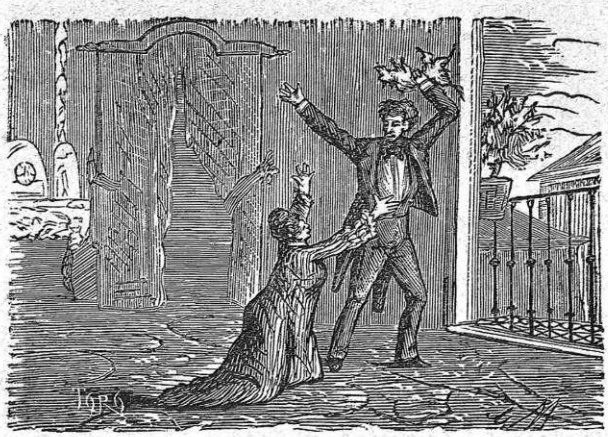
—¡Piedad para Nelusko y para mí!

—¡Somos incompatibles!

—¡Yo estaba loca!

—¡Yo era un estúpido!

—Piedad, marqués....



—¿Se apiadó Vd. antes de mí?

—¡Toda mi fortuna por mi perro!

—Yo soy rico, dijo el despiadado Scopolo abriendo el balcon y agarrando al perro de las orejas para lanzarlo á la calle de las Maldonadas.

—¡Mi amor por Nelusko! exclamó frenética la vizcondesa, lanzándose al cuello del marqués. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Tal fué la primera entrevista de Elena de Quiñones Fuertes Tormentas de Santoyo, vizcondesa de

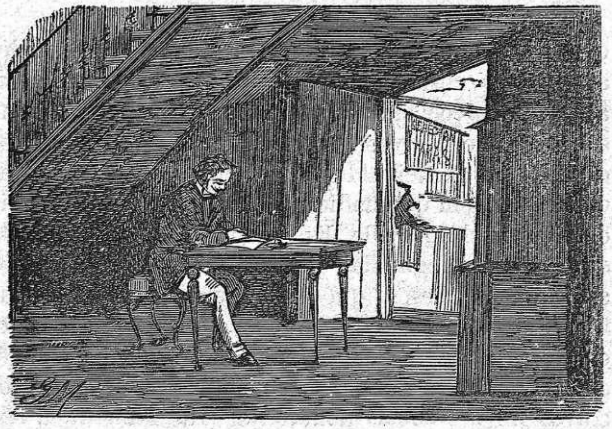
Montesignotos y de Juan García, marqués de Scopolo.

La boda habia quedado concertada en ella.

La fatalidad y el perro Nelusko habian unido sus destinos.»

. . . . . .

Autorizo al que lo desee para continuar la novela y para traducir lo escrito de ella á todos los idiomas del mundo.



TAPAS Y MEDIAS SUELAS.

Muchas veces me he preguntado si el hacer un par de botas era mas fácil ó mas difícil que remendarlas, y francamente, esta es la hora en que no he logrado resolver problema de semejante trascendencia.

La general opinion se inclina en favor del zapatero de nuevo, y hasta le suele aplicar el dictado de artista, despues de extasiarse contemplando la breve puntada, el inconcebible tacon y las labores de la suela; pero sin que trate yo de amenguar el mérito de los zapateros, ni de negarles títulos para que delante de su nombre pongan un *Don* mas grande que una casa, creo que algun respeto merece el infeliz que se aviene con llevar el *Don* detrás, esto es, con ser un simple zapatero *remendon*.

Un par de botas, despues de servir al rico, á su la-

cayo y á un arenero, y de mostrar por toda su piel agujeros y cosidos, hasta el punto de yacer en el arroyo, despreciadas durante dos horas por los transeuntes, puede á veces volver á figurar, si no en los escaparates de Reinaldo, en las ambulantes zapaterías del Rastro, sin que nadie pueda figurarse las penalidades de su larga vida. Es seguro que habrá perdido su primitiva elegancia; que sus tacones serán menos altos y mas obesos, que el pespunte habrá sido cubierto por el mas democrático betun, y que la cruel cuchilla habrá raspado señales de ancianidad en el cuerpo viejo, al propio tiempo que los diseminados clavos de las suelas dominarán triunfalmente á sus primeras labores. Pero ¿quién será capaz de aventurar la atrevida afirmacion de que aquel par de botas es el mismo que ocupó el centro del arroyo, despreciado por un arenero? Y es que entre ambas fases de su vida, se oculta modestamente una figura sublime; la del humilde zapatero que, ajeno al orgullo, ni siquiera se cuidó, al terminar la metamorfósis, de grabar un *Crispin fecit*, en algun rincon poco visible de la suela.

Héroe desconocido del trabajo, no pudo, sin embargo, alcanzar resultado semejante sin una série de estudios profundos: él combinó los tacones de una docena de botas; cubrió con media suela vieja la gastada del par favorecido; machacó, claveteó, cosió, llenó de cerote los huecos; macizó en unas partes y aligeró de material otras; estudió siete remiendos, consiguió hacer desaparecer sus toscas puntadas bajo un engrudo especial, y despues encomendó al cepillo y al betun el resto de la trasformacion.

¡Y todo por un pedazo de pan, ó por la esperanza de conseguirlo!

¿Cuánto mas no le hubiera valido el dedicarse á la literatura?

Pero ¿y la inventiva?—me objetará alguno—y el genio creador, y esa inspiracion ineludible para formar una obra literaria?

A las anteriores preguntas responderé con otras. ¿Acaso en el Parnaso no se trabaja de viejo? ¿No hay Reinaldos y Crispines en la literatura?

Pues qué, ¿no estamos acostumbrados á aplaudir en el teatro obras—que pudieran figurar en la mesa del zapatero del Rastro,—cuyos costurones saltan á la vista, y cuyos tacones y medias suelas descubren ser postizos aun á los mas profanos?

Yo no censuro al que realiza el trabajo literario; pero creo un deber de justicia defender al zapatero remendon.

¡Qué hace sino imitarle el autor que penetra por el florido campo de nuestra literatura del siglo XVII, y apoderándose de una comedia—como si la hubiera desechado un arenero—se encierra con ella en su casa, y la hace salir de sus manos *original* y conquista con ella mas tarde honra y provecho!

Que la obra tenia cinco jornadas.... pues se reduce á tres actos; que intervenian en su accion veinte personajes.... pues con matar la mitad, estamos al cabo de la calle; que era muy elevada.... se le cortan los tacones; que está el asunto gastado.... se le clavetean unas medias suelas á la moderna.

Muchas veces, dos obras viejas contribuyen á una nueva, como de los dos pares de botas suele hacerse uno solo; otras, donde el dramático difunto hizo unos zapatos, encuentra el remendon material bastante para unas botas de montar.

Todo es cuestion de material y de tiempo, de cor-

te, remiendo y cosido: despues el charol de una reputacion tapa las puntadas.

Verdad es que en el dia del Juicio por la tarde, escritores que hoy blasonan acaso de haber dado á la escena centenares de obras, se encontrarán despojados de todas ellas, pues quién tirará de un acto, quién desclavará unos tacones, quién descoserá un remiendo, y el autor reservará á lo sumo.... el hilo con que juntaba los ajenos fragmentos.

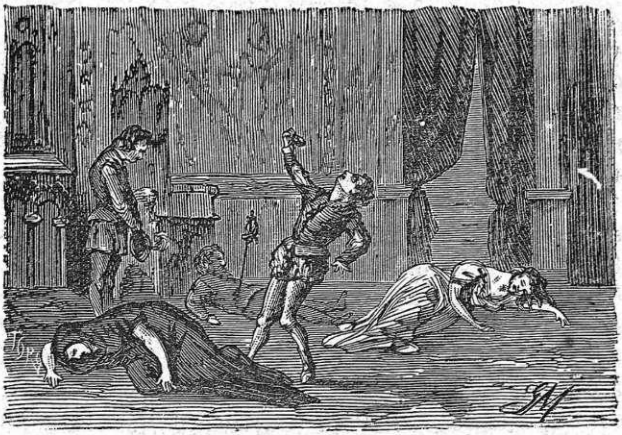
El cosido es tan perfecto en algunos maestros, que tal vez se dará el caso de que nadie reclame sus materiales; pero ellos mismos, si en aquel dia tienen conciencia, destrozarán sus obras é irán devolviendo, ya un efecto al gran trágico inglés, ya un tipo á Moliére, ya una escena entera á Lope. Esto sin contar con los que andarán como locos preguntando á todo el mundo: ¿Quién sabe cómo se llama un escritor que en tal fecha entregó una obra al actor Fulano? Aquí se la traigo con un acto menos y algunos chistes mas, que pude ir recogiendo por el café.

Yo conozco, entre otras composturas, novelas históricas españolas, que fueron tambien novelas históricas francesas, y que perdieron su nacionalidad sin saber cómo ni cuándo; yo he visto en las librerías el *Quijote*, simplificado y reducido á un tomito en 8.°, muy propio para los niños; he visto refundiciones del teatro antiguo, en que la seda del material se veia manchada en muchos trozos, y cosida en todos con bramante ordinario; he leido el anuncio de obras de espectáculo, refundidas para los cuatro actores de un café; he presenciado la representacion de loas y apoteósis, clavadas con tachuelas á obras de primer órden; he tenido que estudiar, cuando muchacho, un Catecismo de la Doctrina cristiana explicado en dos

volúmenes de infinitas páginas; he visto novelas reducidas á cuentos; comedias convertidas en novelas y novelas convertidas en comedias, y hasta he aplaudido comedias que Breton escribió en verso y han vuelto á servirse en prosa al público.

Pero, dije y repito, que no censuro este trabajo de obra prima, sino que se haga subrepticiamente. Mas franco y mas admisible seria que los Crispines de la literatura se sentaran en un taburete, donde los transeuntes pudieran verles, para que el empresario de teatros, el editor de novelas ó cualquier otro industrial, se acercase á ellos con un lío de papeles, impresos ó manuscritos, antiguos ó modernos, franceses ó españoles, y les dijeran sin escrúpulos ni rodeos:

—Maestro, ¿podria Vd. echar para mañana unas medias suelas?



PLAN DE UN DRAMA.

Mi amigo N., escritor dramático hasta cierto punto, y tipo completísimo de la cigarra, acaba de apercibirse de la llegada del invierno, gracias á los carteles con que exhiben los teatros, en listas mas ó menos alfabéticas, sus respectivas compañías.

Pero N. ha pasado el verano hablando del calor, y es de temer que pase el invierno hablando del frio, si una determinacion valerosa no le hace buscar los medios de reemplazar su levita por mas confortables prendas.

—Supongo, le dije en nuestra última entrevista, que ya tendrás en cartera media docena de obras; el año se presenta á pedir de boca, y juzgando por el número de teatros, los autores dramáticos vais á ser buscadísimos.

—No tal, me contestó con una entonacion de voz

que revelaba todo el remordimiento que puede abrigar un miembro de la bohemia literaria. Nada tengo preparado. ¿Qué querias que hubiera hecho con tanto calor?

—Luego has dejado pasar el verano....

—Durmiendo por el dia para combatir el calor, y paseando por la noche para combatir el aburrimiento. Solo trabajan en verano los presidiarios.

—Pero al menos, tratarás de recuperar el tiempo perdido.

—A eso aspiro; pero hay meses en que no está uno para nada, y el de Setiembre es terrible para mí. Por otra parte, ¿para qué teatro he de escribir?

—Hombre, el de la Comedia promete verse muy concurrido.

—No sirvo para el género cómico.

—Haz un drama para el Circo.

—No me gusta hacer dramas de dos personajes.

—Pues acude á Catalina.

—Estamos torcidos.

—Haz una zarzuela.

—La zarzuela no es ya posible despues de *La Vuelta al mundo*.

—Trabaja entonces para Apolo; haz un drama romántico.

—Eso habia pensado; pero escribir para el teatro de Apolo, es escribir para los acomodadores.

—Pues, así y todo, creo que debias intentarlo.

—¿Y asunto? ¿Quién tropieza hoy con asunto que tenga una novedad relativa?

—No me parece tan difícil; y yo mismo, que no me consagro al teatro, me atreveria á darte un plan.

Mi amigo N. sonrió desdeñosamente; pero miró á su levita de verano y se resignó á escucharme.

—Venga ese plan, me dijo.

Entonces yo, tomando una actitud protectora y docente—como diria un académico de la lengua—me recogí breves instantes dentro de mí mismo, y le enjareté el siguiente discurso:

—Tu drama debe tener un fin eminentemente moral: el de que la culpa lleva en sí misma el castigo. Para desarrollar la fábula, cuenta, en primer lugar, con un tipo nuevo en nuestro teatro: un hombre que lleve el escándalo consigo, que sea una verdadera avalancha contra toda virtud, que atropelle toda clase de respetos divinos y humanos. Como ha de matar mucha gente, convendrá que gaste espada, para lo cual colocarás la accion, por ejemplo, en tiempos de Felipe IV, que es una época muy poco tratada por novelistas y poetas. Esto facilita tambien la exposicion, pues nunca está de sobra un escudero bellaco y socarron que hable á Dios de tú, y que constituya el elemento cómico, tan necesario en tu asunto, por lo mismo que al cabo de la fiesta ha de resultar trágico. Llamemos á nuestro héroe D. Pedro, y á su criado Carrascosa, nombres altamente significativos.

La presentacion de D. Pedro es muy fácil; la época la da de sí. Entran en escena doscientos alguaciles huyendo atropelladamente, y cuando se han ocultado de nuevo, aparece D. Pedro con la espada desnuda, y exclama:

«Ya llevan algun porrazo
y en las ropas varios sietes;
bien castigué á los corchetes....»

Aquí encaja la presentacion de Carrascosa, que viene muy tranquilo y descansado, y que lanza su primera gracia en este verso:

«¡Gracias á mi fuerte brazo!»

El público, que está en el secreto de que todos los escuderos son cobardes y graciosos, celebra la feliz ocurrencia de Carrascosa, y acaso te llama á la escena, á la cual no saldrás porque deseas guardar el incógnito. Una vez envainado por D. Pedro su formidable acero, Carrascosa debe decirle que cuándo acabará de ser loco, y recordarle de paso que tiene cincuenta años, y á su edad no pegan ciertas diabluras; pero su amo, que rabiaba por contar al público su vida y milagros, aprovecha la coyuntura, y dice que ha seducido de trescientas quince á trescientas veinte doncellas, entre ellas medio ciento de monjas; que ha llevado la desunion á cosa de ochocientos matrimonios, y que en una especie de registro civil que lleva de los hombres muertos por él en desafío, figuran ya medio millar y no pequeño pico.

¿Pero qué es lo que interrumpe la narracion de sus hazañas?

¡Ah! sí. La presentacion en escena de una tapada que tiene un manto muy bello, única cosa que se la ve. D. Pedro y Carrascosa se ocultan, y entonces la dama, que marcha á la iglesia seguida por una dueña, creyendo estar sola, apoya el pié en el escalon de la casa de que ha salido, y se ata una liga, dejando ver una media de rayas azules que enamora locamente á D. Pedro. Este quiere adelantarse, pero un nuevo incidente le detiene: un embozado misterioso se acerca á la dama, y dice:

«Envídioso el mundo entero
puede estar ya de Sevilla,
de esa faz porque me muero,
y esa enorme pantorrilla.
—¡Pues desnudad el acero!»

Esta interrupcion, como comprenderás, no puede

partir mas que de D. Pedro, y una vez lanzada, la escena que motiva es de patron. Los galanes se baten: el desconocido cae atravesado de parte á parte, y aparece una ronda de alcalde, alguaciles, etc. La dama ha llamado á su casa, y el marido abre la puerta: don Pedro no sabe qué hacer; pero el citado marido quiere mostrarle su gratitud, y le acoge en su casa, cerrando en seguida la puerta. Llega la justicia, ve al muerto, coge á Carrascosa y cae el telon.

El primer acto no puede menos de haber interesado fuertemente al público. Confieso que el segundo es mas débil; pero esto no importa, porque el drama se levanta en el tercero, que es lo principal. Y digo que el segundo es mas débil, así porque en él no puedes disponer de Carrascosa, como porque la lucha en él es solo de pasiones.

D. Pedro, como es natural, quiere corresponder á la merced que le ha hecho el marido, sacrificando la virtud de la mujer; pero esta se defiende heróicamente. Entonces D. Pedro sonrie satisfecho: ha encontrado un recurso admirable. En la casa de enfrente vive una bruja que tiene fama de hacer ganar voluntades y encender viciosos apetitos, y acude á ella ofreciéndola un bolson lleno de oro. Ya tengo pensado el final de este acto: D. Pedro saca el susodicho bolson y entrega una cuarta parte de su contenido á la bruja, despues de explicarle su deseo. Esta coge el dinero y contesta: *¡Imposible!* D. Pedro entrega otra cantidad igual, y ella dice:—*Es muy difícil.* El galan aumenta la dósis, y la bruja dice:—*Probaremos*; y últimamente D. Pedro entrega cuanto le queda, el talego inclusive, y la Celestina dice lacónicamente:—*Triunfarás.* Este *triunfarás*, dicho por una buena característica, no tiene precio.

Y llego con esto al acto dramático por excelencia. El marido sorprende á la bruja en su casa, recela de sus intenciones y la despide; pero como es un poco escamon, observa á su mujer y á su huésped: cree que su honor peligra, y da una puñalada á su esposa, persuadido de su inocencia, pero para preservarla de la seduccion. D. Pedro se pone hecho un tigre, y mata al marido, que está hecho un toro, al mismo tiempo que Carrascosa entra muy ufano.

—Señor, le dice, traigo grandes noticias.

—¿Buenas ó malas?

—De todo, como en botica.

—Habla pronto.

—Pues bien: el hombre á quien diste ayer muerte en la calle, era tu hermano D. Lino.

—¡Qué horror!

—Pero consuélate, porque en cambio he sabido que aquella hija que tuviste en Madrid, está en Sevilla. ¿No se llamaba Clara?

D. Pedro adivina en este momento que Clara, su hija, no es otra que la que le enamoró, y acaba de morir.

—Pero aun hay mas, añade Carrascosa: el hijo que tuviste de aquella mora en Constantinopla, vive, está casado y habita en Sevilla con el nombre de D. Gil Perez.

Nuevo asombro y nueva desesperacion de D. Pedro, porque su hijo Gil Perez es el mismo á quien acaba de matar, porque este habia asesinado á su hermana y esposa Clara.

Ya comprendes que esta situacion se presta; pero el calavera empedernido necesita castigo mayor. Ve entrar en el cuarto á la bruja cuyos servicios utilizó, y arrojándose sobre ella la ahoga con sus propias ma-

nos. Al apartarse horrorizado, repara que lleva adherido entre sus dedos un collar, del cual pende un medallon con un retrato; lo mira D. Pedro, exclama:—*¡Era mi madre!* y cae muerto de repente.

Yo habia pensado matar tambien á Carrascosa, pero me parece mejor perdonarle la vida, para que pueda decir, adelantándose hasta la concha del apuntador:—Señoras y caballeros: si les gustó la obrita, hagan la mas ligera indicacion, y saldrá á recibir los aplausos el autor, que me escucha desde el primer bastidor de la izquierda. Si, por el contrario, quedan ustedes disgustados, recuerden, antes de silbarnos, que han aplaudido alguna obra de muy parecidas condiciones á las del drama que hemos tenido el honor de interpretar.

APUNTES TEATRALES.

I.

LOS AUTORES.

En nuestros tiempos el autor dramático no constituye un tipo; pero, en cambio, todos los tipos pueden ser autores dramáticos.

El cargo es compatible con todos los cargos, con todas las naturalezas, en fin.... hasta con las matemáticas.

Los padres que no querian, siguiendo rancias y rutinarias preocupaciones, dejar á sus hijos hacer versos, temiendo que estos no pudieran simultanearse con el estudio del latin ó la aritmética, han abjurado paladinamente de sus errores al aplaudir con entusiasmo las lucubraciones dramáticas de Echegaray, eminente poeta y célebre matemático.

Los diplomáticos, los ministros, los generales, los abogados, todos saben hacer comedias; y entiéndase que aludo á las que se representan en el Español ó en Apolo, á las que figuran en los carteles y se ejecutan con ayuda del apuntador, no á otras clases de comedias, mas ó menos dignas de aplauso, que diariamente vemos representar.

Escribir comedias no es una profesion: es un detalle que no imprime carácter, un mérito de que cual-

quiera puede vanagloriarse, aunque pocos lo hagan con justicia.

Y todos son autores dramáticos. El que concibe una idea que puede servir—¿y cuál no sirve?—de base á una obra; el que da un consejo cuando está escribiéndose; el que le pone un cantable,—original de un huésped ó amigo que lo tararea mientras se afeita; el que corrije una falta de ortografía del copiante; el que por encargo de otro compró un libreto francés en casa de Durán; el que asiste á la primera lectura; el que la alaba ó la critica de oficio; el actor que añade una gracia; la actriz que estrena un vestido ó inventa un nuevo ademan; el empresario que forma su barato repertorio, rechazando todas las obras que se presentan en su teatro, no sin haber pasado antes por mano de los encargados de desfigurarlas á jornal, y hasta el público que muchas veces toma parte en las representaciones introduciendo apóstrofes de gran efecto, todos pueden pasar, todos pasan por conocidos autores dramáticos.

No hace aun muchos dias, uno que *escribe* comedias,—esto es, que las copia,—solo por este concepto se creyó con suficientes títulos para solicitar su ingreso en la Asociacion de Escritores y Artistas.

Y la verdad es que, gracias á la fecundidad de los ingenios franceses, nada mas fácil para los españoles que obtener un puesto en la literatura dramática nacional.

Con una peseta para comprar una produccion traspirenáica, cuatro frases intercaladas en el texto literalmente traducido, un empresario amigo, dos noticieros faltos de noticias y un público de confianza ó, mejor dicho, de familia, pronto se conquista fama de distinguido autor.

En estos tiempos han aparecido en la escena española obras notabilísimas, obras que constituyen un nuevo timbre de gloria para el arte nacional; pero cuyos autores han pasado por la esfera de la literatura dramática como brillantes meteoros, sin detenerse mas que el tiempo necesario para producir la admiracion de un instante.

Nuestros principales escritores dramáticos no lo son tampoco por profesion.

Son, como he dicho antes, ministros, matemáticos, militares, políticos ó empleados, que, en sus ratos de ocio, escriben comedias, como pudieran hacer rosarios ó ratoneras.

Si otra cosa fuera, ¡cuánto lo agradeceria el pais!

Los autores, en general, aparte de los que tienen méritos propios, suficientes para clasificarse por sí mismos se clasifican por razon de los teatros en que se representan sus obras.

Hay, por consiguiente, autores de primera, de segunda clase y de pacotilla.

Sentar plaza en la última categoría y subir luego á la primera es mas difícil que ascender en un ministerio, sin influencias, aunque se tengan suficientes méritos propios y muchos años de servicio.

Para los proveedores de la Infantil ó Capellanes suelen cerrarse perpétuamente las puertas del teatro de Apolo ó el Español.

La cuestion es empezar por arriba, que luego ya sobrarán tiempo y motivos para ir bajando. Este movimiento de descenso es tan frecuente como natural.

Y no hablo de las cuestiones económicas relacionadas con los autores, porque yo, que he tenido la debilidad de escribir para el teatro, recuerdo ciertos detalles que me ruborizan.

Para el autor dramático todos son deberes. Tiene el deber de escribir bien, de agradar al público, de asistir á los ensayos, de dar gusto á todos los actores de la compañía, etc. ¡Ah! ¡Se me olvidaba! ¡Pero en cambio tiene el derecho de escribir comunicados en los periódicos y acudir á los tribunales, al ver que se le niega el legítimo importe de su trabajo ó se queda entre las manos de empresarios y administradores!

Aunque existe una ley que fija la parte del negocio teatral, que en cada caso corresponde á los autores, la ley no se cumple, sin duda por no alterar la regla general, y se ven establecidas por la arbitrariedad de las empresas las mas extrañas y curiosas tarifas.

Quince, veinte, treinta reales por la representacion de cada acto. Hé aquí los tipos mas usuales en los teatros de último órden y aun en los de órden superior: cinco duros por la propiedad perpétua y la tolerancia para el autor que consume algunas copas, tal es la tarifa de ciertos cafés. El tanto por ciento del importe de la entrada, por lo general, no lo alcanzan mas que algunos afortunados autores en coliseos de órden *primísimo*.

Las tarifas han bajado, pues, notablemente desde principios del siglo, aunque otra cosa se diga. Por Moratin sabemos que el autor de una obra dramática tenia que contentarse en su época con los quince doblones que le daban los cómicos si la comedia gustaba (y muchas gracias) en tiempo de verano, y con veinticinco en invierno, porque las comedias y los besugos aumentaban su valor en empezando á helar. Sabemos tambien que, así y todo, habia autores que se hubieran ajustado de buena gana para hacer por

dichos precios todas las funciones que necesitase la compañía; pero las envidias, el favoritismo y otras circunstancias impedian esto, cuando no se daba el caso de presentarse un estudiante gallego con unas alforjas llenas de comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas y sainetes, ofreciendo todo su surtido á trescientos reales unas obras con otras.

Hoy, el autor mas notable envidia en ocasiones al gallego de Moratin.

¡Pobres autores! Todo lo sufren con paciencia, porque como son individualidades aisladas, como no forman una colectividad, un cuerpo determinado con aspiraciones comunes, nada pueden intentar con éxito, limitándose á quejas aisladas, reclamaciones vergonzantes y demandas vergonzosas. La voluntad de los empresarios y la modestia de los que escriben para el teatro han sancionado prácticas y costumbres, que aunque no se oponen á la ley la derogan implícitamente.

Hay hombre que escribe una comedia representable por un café ó un vaso de vino ó un panecillo.

Hay otros á quienes la miseria no arrastra á tales extremos; pero el deseo de darse bombo, y figurar en los carteles y en los periódicos, les produce tal vértigo que llegan á regalar generosamente sus inspiraciones dramáticas, y hasta dan dinero encima por verlas puestas en escena á la mayor brevedad.

Con estos elementos todo conato de séria proteccion, todo plan de indudables beneficios para los escritores dramáticos fracasará siempre.

Las debilidades y las miserias de unos pocos serán un valladar insuperable á los deseos de los mas.

No exístiendo el tipo que en otros tiempos ha cons-

tituido el autor dramático, ni nada que se le parezca, excuso añadir que no existe tampoco ninguna de las variantes de dicho tipo.

La clasificacion de los géneros literario-dramáticos, no ha llegado á introducir en nuestros tiempos diferencia alguna entre los autores.

Como todos sirven para todo, no debe chocar á nadie que no representen nada.

Yo he visto á poetas sentimentales, muy dados á la tragedia y el alto drama, á quienes empezaba á señalarse como regeneradores del teatro de Lope y Calderon, desceñirse el coturno y la clámide y arrojando lejos de su frente brillantes lauros dramáticos, presentarse descaradamente á los ojos del público disfrazados con careta de payaso y traje de cascabeles del mas vulgar y ridículo histrion.

Yo he visto en cambio á escritores bufos que se designaban como una especialidad en el género, ofrecer al público ensayos de comedias formales, de tinte pudoroso y delicado, viva protesta contra las indignas prostituciones del arte escénico.

Yo he visto presentar á un conocido escritor, casi al propio tiempo, un drama en Apolo, una comedia en el Español, un juguete en la Comedia, una zarzuela melodramática en el teatro de la calle de Jovellanos, otra eminentemente bufa en el de Arderius y seis piezas de brocha gorda en Eslava, Capellanes y la Infantil.

En la misma noche otro autor hizo reir al público en la plazuela del Rey y llorar en la calle del Príncipe.

Despues de esto, clasifique usted á los autores por razon de los géneros que cultivan.

Tengo un amigo que no sabe á cuál de ellos per-

tenecerá la obra que escribe hasta que la termina.

Muchas veces empieza anunciando todos los terrores de un drama sangriento y concluye con todas las delicias de un sainete y, por el contrario, disparates cómicos que sin saber cómo se trasforman en escenas cuya interpretacion por parte de la Civili no dejaria nada que desear.

Ya se acabaron aquellos penosos estudios y privaciones inverosímiles con que inauguraban sus aficiones los dramáticos de otros tiempos; ahora, mas prácticos y menos platónicos, lo primero que procuramos es propagar el nombre, aunque sea con el pretexto de salir de Madrid para tomar baños, despues visitar la contaduría de los teatros durante el dia y los cuartos de los actores por la noche, ponerles bombos ó esperar que otros se los pongan para atribuírselos con cierta importancia y no preocuparse con los clásicos, que al fin y al cabo serian muy importantes en su tiempos; pero hoy, dadas sus aficiones de escuela é inquebrantables propósitos, hubieran tenido que resignarse á buscar refugio junto á la fuente de Neptuno ó en la plazuela de Oriente en los inocentes teatros Guignol.

—Para dedicarse usted con fruto al teatro, le decia ayer á un jóven imberbe,—digno émulo segun la prensa, de Calderon; pero que aun tiene en proyecto su primera comedia,—debia usted ir conociendo nuestros mejores autores clásicos.

—Ahora, me contestó, cultivo otros conocimientos que me serán positivamente mas provechosos; me he hecho amigo de Vico y de Catalina.

Esta respuesta convence á cualquiera, de que si nuestros antepasados fueron mas hombres de arte, nosotros somos mas hombres de mundo.

Fenómeno extraño. Faltan autores dramáticos y sobran obras dramáticas.

¿Por qué sobran?

Indudablemente, porque faltan los primeros. Al menos ninguna razon encuentro mas convincente para explicarme el fenómeno.

II.

LOS ACTORES.

Quise conocerles personalmente, todo lo mas cerca posible, y lo conseguí. De esto hace ya unos cuantos años; como que todavía puede decirse que habia teatro en España.

A la hora del ensayo fuí al escenario, en compañía de un íntimo amigo, autor *muy aplaudido*, que se encontraba precisamente en capilla. Quiero decir, que aquella noche se estrenaba una obra suya.

Alrededor de una mesa, sobre la cual ardian con ténue luz dos velas, ví unas cuantas personas, cuyo sexo apenas permitia descubrir la oscuridad. Me acerqué á ellas, y el director de escena, con ayuda de mi compañero, fué presentándomelas una á una.

La primera que me fué presentada, era la *primera* dama, mujer de edad indefinible, mirar desdeñoso, semblante adusto y aire enfático. Se conoce que representaba dentro y fuera del teatro.

La segunda, la *damita* jóven, figurita de dulce, pero sin dulce, cara de albayalde, ojos húmedos y sonrisa que no quiere decir nada,—ni siquiera que se sonrie. Conjunto general: no inspiraria nunca recelo á los dependientes del resguardo. Detalles: un hermanito que le trae y le lleva los papeles y otras cosas

que pudieran pasar por papeles y una mamá que se pasa la vida durmiendo profundamente y soñando á todas horas que su hija se casa con el empresario. Solo se despierta, casualmente, por supuesto, cuando se trata de tomar café.

Despues le tocó el turno á la *actriz cómica*, muchacha de porvenir, pizpereta y revoltosa, gran movilidad de facciones, inclusa la nariz. Pasa de una silla á otra, repite sin cesar que su papel está equivocado, confronta con el original, disputa con el apuntador, se burla de todos los funcionarios del teatro, inventa gracias que aunque no la tengan hacen reir á todos, por costumbre, y su desenfado y desenvoltura rayan en lo inverosímil.

Despues ofrecí mis respetos á la característica, señora respetable que se hace un par de medias en cada ensayo y levanta en alto á toda la compañía con sus murmuraciones y sus punzantes críticas. Ella sabe la historia secreta de todos los que se dedican á las tablas y entretiene las horas de ocio haciendo biografías. Por lo que respeta al arte, es un archivo de nuestra literatura dramática; conoce perfectamente nuestro teatro antiguo y moderno, y á ella se consulta cuando es necesario acordarse de algun pasaje ó completar alguna relacion cuyo final se ha olvidado.

Luego tuve el gusto de saludar á una señorita modesta que, segun confesion propia, *servia para todo*. Sin duda por eso le reparten siempre papeles de criada.

Los hombres, confieso ingenuamente que excitaron menos mi curiosidad; pero no por eso dejé de enterarme de que habia un primer actor que hablaba con la garganta y accionaba á compás como impulsado por un resorte, un segundo á quien malas len-

guas hacian pasar por tercero de la primera y un tercero que se quejaba con razon de hallarse postergado, atestiguando con su fe de bautismo que él era *Segundo*; un gracioso capaz de poner de mal humor al hombre mas alegre; dos galanes jóvenes, uno de cincuenta años que se gastaba el sueldo en cosmético y carmin y otro casado con la hija de un boticario que fué de Tembleque, á la que daba por lo menos una paliza semanal; y un *barba;* ¡pero qué barba, con una voz de efecto para los sordos y sin un pelo en la cara!

Hablé breves momentos con aquella pléyade de conocidos artistas, adquirí ciertos datos curiosos y consolé á mi pobre amigo, cuya desesperacion no conocia límites al ver á todos los actores ocupándose de todo menos de su obra maestra; la que tantos trabajos le habia costado, en la que tantas esperanzas fundaba y que iba á juzgar el público dentro de breves horas.

Las situaciones mas culminantes, las frases mas salientes, pasaban sin hacerse y sin decirse, indicándose y balbuceándose.

Mi amigo se esforzaba en obligarles á comprender el espíritu y circunstancias de los pasajes mas importantes, tomando á su cargo en algunas ocasiones el desempeño de todos los papeles.

Pero el resultado siempre era el mismo.

—Comprendido, decia la dama volviendo á su asiento.

—¡Bueno! contestaba otro sin repetir la escena.

—Así se hará, exclamaba muy sério el gracioso con acento fúnebre y dándose aire de proteccion.

Y la conversacion seguia girando sobre el mal servicio de escena, sobre la desigualdad en el pago de sueldos, sobre las exigencias de la empresa y la

esplendidez del empresario, y ciertas proposiciones ventajosísimas y contratas para Ultramar.

Y al terminarse el ensayo, al retirarse los actores, todavía pude escuchar algunos funestos augurios para mi pobre amigo.

—¿Estrenas traje? preguntaba una dama á otra.

—Para qué, si la obra no ha de hacerse mas que una noche.

—Es verdad: *El ramo de violetas* no puede durar. En él no hay asunto ni caractéres.....

—Lo que en él pasa, no pasa en el mundo. Comprendes que una mujer ponga de vuelta y media al amante porque intenta regalarle un vestido de terciopelo?....

. . . . . .

III.

TARJETAS AMERICANAS.

Mi primera y rápida visita al escenario de un teatro, me ha permitido ofreceros en conjunto algunos tipos. Despues, examinando y comparando, haciendo frecuentes excursiones al teatro y hablando á actores y actrices, siendo verdugo unas veces y víctima otras de sus pretensiones, he llegado á reunir un álbum completísimo de tarjetas americanas, que voy á permitirme ofrecer á los pacientes lectores.

Atencion.

La Gomez.—Primera actriz, primera dama, género sério. Fué hija de D. Melchor y de doña Escolástica; él empleado en el Tribunal de Cuentas durante treinta y cinco años con 4,000 rs., y ella mujer de pretensiones que hacia cuanto se le antojaba de don

Melchor. Murió este de mal de orina á consecuencia de la vida sedentaria que hacia en el Tribunal y doña Escolástica entró á desempeñar en todo su esplendor el papel que le tenia reservado la Providencia. Puso

casa de huéspedes, y la Gomez, que entonces se llamaba Carmencita, fué el ángel tutelar de la casa.

Muy dada al romanticismo, leia con avidez las novelas que le prestaban las vecinitas de enfrente y sabia cuantas redondillas era necesario recitar, para que saliese en su punto un huevo pasado por agua.

Carmencita se aprendió de memoria *El estudiante de Salamanca* y *Don Juan Tenorio* y fué mucho al teatro con sus amiguitas las de Perez. Organizada en casa de estas una funcion dramática, se le reservó á Carmencita el papel de protagonista. Y lo representó con tanto calor y tanta fe, que obtuvo una ovacion, y los periódicos la llamaron *inteligente aficionada* y *esperanza del arte*, y todos los huéspedes de doña Escolástica, que eran muchos, se convirtieron en otras

tantas trompetas, trompetones, figles y serpentones de la fama de Carmencita.

Las de Perez se resintieron porque nadie les dió bombo, á pesar de haberlo hecho todo lo mal posible, y doña Escolástica se vió precisada á dar funciones dramáticas todos los domingos con gran contentamiento de sus parroquianos, que disfrutaron desde entonces de un espectáculo mas por fin de noche, lo cual venia á compensar en parte la falta de principio en la comida.

Carmencita alcanzó nuevos triunfos, y un capitan de caballería, que aunque era huésped de ocho reales, sin principio, iba con buen fin en ciertas materias, pidió la mano de la distinguida actriz, solo por el capricho de oir de sus labios y á solas, aquellos versos que terminan diciendo:

arráncame el corazon
ó ámame, porque te adoro.

Y se casó con ella y se aprendió sin un punto siquiera los versos del Tenorio, y se cansó de romanticismo, y de comedias y de matrimonio, marchándose á América, donde murió dejando viuda á Carmencita, que al poco tiempo casó en segundas nupcias con Gomez, actor de carácter..... bastante bueno.

Desde entonces figura en el mundo del arte la Gomez, que empezó su carrera dramática siendo su contrata una cláusula indispensable de la contrata de su marido.

Este se enfadaba siempre que no la aplaudian y siempre que la aplaudian mas que á él.

La primera corona de laurel que cayó á los pies de

Carmencita, fué verdadera manzana de discordia para aquel venturoso matrimonio.

El artista se sobrepuso al marido, el maestro no pudo soportar el verse humillado por su discípula y pensó en el divorcio. No realizó, sin embargo, su propósito y llegó una temporada en que la contrata del marido, fué una cláusula de la contrata de su mujer.

Gomez pasó por esta última prueba haciendo un esfuerzo sobrehumano; pero una noche..... ¡noche cruel! se equivocó tres veces en una misma escena, y el público le *chicheó*: salió bufando del escenario, y delirante, fuera de sí, en el colmo de la soberbia artística, de la envidia y del despecho, dando rienda suelta á todas las malas pasiones que hervian en su pecho, corrió á la entrada general, y se puso á silbar como un loco á su mujer.

El público quiso matarle (porque la Gomez estaba haciendo sus delicias en aquel instante), y fué conducido entre guardias á la prevencion, y luego abandonó la Península y este mundo, yéndose al otro, al coliseo de Tacon.

Carmencita solicitó nuevamente la compañía de su madre, doña Escolástica, que habia convertido su modesta casa de huéspedes en fonda principal, y no volvió á saber de su marido. Pasó su época y hoy vive preocupada, hecha un vinagre, como dice su madre, y pensando en que si á su marido se le ocurriera regresar de América y volverla á silbar, el público no trataria, como antes, de matarle, y quizás seria ella la conducida á la prevencion.

PEPITA RODRIGUEZ.—Dama jóven, diez y ocho años segun su madre, que dicho sea de paso, en nada se le parece. De su padre no dan razon. Fué discípula del Conservatorio desde su edad mas tierna; su aficion al

canto era grande, pero por falta de voz, tuvo que dedicarse á la declamacion.

En unos exámenes llamó la atencion, no por sus ejercicios, de los que nadie se enteró mas que su mamá (que asegura que si hubiera habido mas premios la hubieran dado uno), sino por su vestido azul de glasé y su aire candoroso.

Un empresario, que asistió á la solemnidad, la contrató para que hiciera en una comedia de mágia el papel de *ángel custodio* y dijera una relacion que habia necesidad de recorrer en tren *expres*.

Y la dijo sin equivocarse, y el público celebró la gracia de la niña haciéndola salir á la escena, no por lo de la relacion, sino porque estaba muy mona con sus alas de papel de plata, su traje de raso azul y su pelito rizado y cubierto de polvos de oro.

Pepita se conquistó desde entonces una reputacion para los papeles de ángel y otros análogos.

Interpreta á las mil maravillas todas las manifestaciones de la tontería.

Los papeles de niña candorosa los borda. Su comedia favorita es *La niña boba.*

Sin esforzarse mucho, consigue ponerse en carácter, y su bobería natural traspasa los límites de la pintada tan magistralmente en aquella obra.

Las emociones suaves, el amor dulce y tranquilo, el no retirar la mano cuando el galan jóven se la besa, el permanecer impasible, aunque amenace una catástrofe y el público se impaciente, todo eso es del repertorio de Pepita Rodriguez.

Siempre será lo mismo. No dará un paso mas ni atrás, ni adelante.... pero mientras haya polvos de arroz y vestiditos azules y guardapelos que ponerse al cuello, será indispensable para ciertos desahogos líricos, comedias sosas y papelitos de Virginia, y sobre todo, para hacer de ángel ó *espíritu del bien* en los espectáculos de mágia, y salir por escotillon, ó aparecer allá junto á las bambalinas, rodeada de nubes é iluminada por una bengala azul, azul como sus ojos, como su vestido, como las venas de su mano, como el cielo de sus ideas, y como el juego de thé que la compró el dia de su santo en *La Dalia azul* el empresario, hombre tambien muy amigo de lo azul, desde que le concedieron á su teatro una crecida subvencion en época en que un íntimo amigo suyo llegó á ocupar el banco AZUL.

Actriz cómica.—FRASCUELA.—Este es su nombre de batalla; como á todo el mundo pone motes, nadie la conoce de carteles adentro mas que por el suyo.

Desde muy niña fué de la piel del demonio. Su tio D. Lesmes, única persona que tenia en la tierra, no podia hacer carrera de ella.

La expulsaron del colegio por contestar á la direc-

tora y tirar un cabá con siete libros dentro á la pasanta.

En el Prado era la perpétua organizadora de corros, y la que daba la órden de cantar *fuera burros,*

fuera burros, que aquí no se vende paja.... cuando se acercaba algun mozalvete, terror de las niñeras, al centro de aquellas vertiginosas vueltas y desaforados gritos.

Tuvo muchos novios, y tanto le agradó el fingimiento, que mostró desde luego vocacion decidida por el teatro.

Murió su tio. Hay quien dice que al poco tiempo la vió bajar unas cuantas noches por la Carrera de San Gerónimo, apoyada en el brazo de un conocido periodista, de cuyo matrimonio no se habian ocupado sus compañeros en la prensa.

Algo mas tarde *debutó* en una comedia chispeante, original de un amigo del periodista aludido, que con tan fausto motivo, la dió un bombo en el que se traslucia cierto interés, no de oficio, que se comentó

en el café de *La Iberia* y en la contaduría de los teatros.

Frascuela realizó las esperanzas que en ella fundaba el público, y sigue en el gremio temida por sus chistes, respetada porque tiene vara alta en la prensa, y admirada por su despreocupacion.

Baila el can-can con mucha gracia, y sabe recogerse la falda con una sal, con una monería y con un *chic* que en vano quieren imitarla las cancanistas mas flamencas.

Viste con elegancia y sencillez. Tiene un pié como una almendra, que en algunas ocasiones se le comeria el público, y gasta unas botas que le vienen pequeñas al niño del apuntador, que tiene seis años. Verdad es que el tal niño está muy desarrollado.

Cuando la obra lo exige, canta unas malagueñas que ya, ya, y toca el piano con la misma soltura que Zabalza, sin necesidad de que el director de orquesta se sitúe detrás del bastidor á engañar al público con otro piano, haciéndole creer que toca la que no toca.

Hace papeles de hombre, sobre todo de militar, que no hay mas que pedir. *La casa de campo* y *No mas muchachos*, las ha representado mas de cien veces.

La dicen *Frascuela* porque es muy ducha en cuestiones de toreo, y llama al escenario *plaza*, á la funcion *corrida*, á la compañía *cuadrilla*, á los bastidores *barreras*, al primer actor *Lagartijo*, al que dice la última palabra de la obra *cachetero*, y á sufrir una silba llevar *mulé*.

A los cortes de parlamento, á las equivocaciones y á la omision de relaciones enteras, las distingue con los nombres de *volapié*, *cogidas* y *saltos de garrocha*.

Cuando el público se pone serio, dice á sus compañeros:—¡Mucho ojo! parad los piés y trabajad á

conciencia, que hoy tenemos *ganadería de Miura*.

No será, pues, extraño que el mejor dia la den el gran revolcon.

DOÑA ANGUSTIAS.—Cincuenta años de edad. Viene teniéndolos lo menos desde hace otros cincuenta. Ha llegado á ser característica sin saber cómo, por una cuestion de carácter. Su marido la trataba mal, y ella tomaba á risa los malos tratamientos de su marido. Desde que existe la clase de maridos, no es posible que haya habido otro mas celoso.

Otello era un niño de teta al lado del marido de doña Angustias.

La encerraba bajo siete llaves, la tapiaba los balcones. Y sin embargo, siempre que volvia á su casa se empeñaba en que olia á cigarro, sin acordarse de que él entraba fumando.

El rasgo característico de nuestra característica, fué su amor desde muy niña á los papeles de carácter.

Recitaba de memoria comedias enteras de su género favorito, y lo hacia con tal propiedad y fingi-

miento de voz, que muchas veces su marido, oyéndola desde su despacho imitar las frases del galan, se lanzó en su gabinete armado de una enorme tranca, buscando al seductor por debajo de todos los muebles, inclusas las faldas de su mujer.

—No sé cómo no te contratas en una compañía de cómicos de la legua; si Arderius supiera la joya que hay en esta casa, no faltarian proposiciones, decia él.

Y ella lo tomó al pié de la letra, y durante unos dias que estuvieron separados, se ajustó por diez representaciones en un teatro-café, sentando plaza de característica.

Creció en fama, subió como la espuma, y en pocos años adquirió con justicia un buen nombre.

El marido ha vuelto á reunirse con ella. Sigue tan celoso como siempre, y una noche que su mujer bailó el zapateao, y el público se entusiasmó gritando *¡mucho! ¡venga de ahí!* y *¡viva la gracia!* por poco sale al escenario y empieza á tiros con el público.

CENTELLAS.—Primer galan. En sus tiempos fué muy mal estudiante, y mas amigo del billar, el café y

el tabaco, que de la Universidad, los libros y la Biblioteca nacional.

En vez de ir á cátedra á oir las explicaciones de Coronado, se iba á la Montaña del Príncipe-Pio á leer comedias.

Vendió á un librero de viejo los dos tomos de Derecho romano, para comprar una coleccion de obras romántico-sentimentales.

Ahorcó la carrera, y cuando su padre le creia haciendo grandes progresos en el bufete de Cortina, se encontró con una carta en que su hijo le comunicaba el triunfo que habia obtenido en el Liceo bajo la direccion de Arjona.

Dice bien, pero no acciona, lo cual no obsta para que siga pasando como primer actor.

GIL.—Primer actor. Conviene advertir que en el teatro moderno, todos son primeros actores. Su vida empieza en el café Imperial. Todos los que le conocen aseguran haberle visto allí por primera vez.

Segun dice á todas horas y á cuantos quieren oir-

le, él es la única esperanza del arte, no hay mas actor que él.

Pone de relieve los defectos de todos menos los suyos.

Pondera sus méritos y calla los de los demás

Mientras hay un motivo insignificante para morder, muerde.

Su lengua viperina es el terror de las actrices y la constante preocupacion de los actores.

Sin moverse de la mesa del café ha hecho toda su fortuna. Los mas insociables quieren ser sus amigos, y le sirven con eficacia á trueque de ponerse á salvo de su crítica mordaz.

Los empresarios le contratan para que no desacredite el teatro y pierda á la compañía.

Por eso trabaja actualmente, es decir, cobra su subvencion, porque apenas toma parte en las representaciones.

Se ha metido á editor, es propietario de piezas que solo le han costado la módica suma de varios cafés con tostada.

Será rico, respetado y Dios sabe si con el tiempo empresario universal de los teatros de Madrid.

JIMENEZ.—Actor. Es el que hace el gasto: trabaja mucho, luce poco y gana menos. No crean ustedes que el dibujante ha exagerado su tipo.

Por lo general le reparten papeles antipáticos, lo cual unido á su fisonomía repulsiva y á su adocenada figura, contribuye á que de vez en cuando le tiente la ropa el público.

Es un hombre impasible. Está aclimatado en la atmósfera de los silbidos y los chicheos. Lo que aun no se ha podido averiguar es el efecto que le hacen los aplausos, porque no le han aplaudido nunca.

Sin embargo, él asegura que *le han llamado* con fuertes palmadas.

Y segun la actriz cómica no miente; eso le sucedió cuando era mozo de café.

MELENDEZ.—Gracioso. Se llama de nombre Severo y fué sacristan en sus mocedades. Se rie de los chistes antes de decirlos.

Es muy amigo de intercalar en su papel frases de

su cosecha, y una noche que estuvo muy infeliz en las morcillas—así se llama aquel vicio en la tecnología escénica—por poco muere á manos de un autor justamente indignado.

Suple su falta de gracia con grotescas vestiduras, que la primera vez tienen el mérito de la sorpresa y despues fastidian.

En ocasiones se presenta en la escena hecho un verdadero mamarracho y el público le compadece y se echa á reir de lástima.

A los que están de buen humor consigue ponerlos serios, y á los que están de mal temple logra facilitarles el camino al viaducto de la calle de Segovia.

¡Dios sabe si será cómplice de algun suicidio!

Los hermanos Perez.—Galanes jóvenes. Cincuenta y cuarenta y cinco años respectivamente. En los parlamentos largos están muy bien, en el *picadillo* regularmente y en las sorpresas por parte del padre, el tutor ó el marido, son aplaudidos con frecuencia.

Hacen bien el amor, y cuando este llega al último

grado de la imbecilidad, preciso es reconocer que están incomparables.

Ambos hermanos constituyen toda una familia artística, así como las familias *Castagna* ó *Melillo*.

En la nómina del teatro figuran en una sola partida; que dice: *Los hermanos Perez á razon de* 50 *reales diarios cada uno*.

Todo es comun entre los dos, las ropas, las espadas, los sombreros, los guantes, los postizos.... hasta los laureles.

Van siempre juntos, visten lo mismo, beben agua á la misma hora y si el uno representa mal, el otro lo hace peor por no distinguirse de su hermano.

Llevan el amor fraternal hasta lo sublime. El menor pega á su mujer y el mayor despues de ocho años de feliz matrimonio, se ha creido en el caso de zurrar tambien la badana á la suya, con objeto de no perder en lo mas mínimo el parecido.

¡Qué lástima que á ninguno de ellos se le haya ocurrido retirarse para siempre de la escena!

FERNANDEZ.—Es el barba de la compañía y un traidor.... al natural. Se finge muy cariñoso y amable

con sus compañeros y luego da gratis billetes de anfiteatro principal á varios estudiantes de Medicina, amigos de su hermano, á condicion de que silben á todos y le aplaudan á él.

En un estreno en que salió sumamente desfigurado con un gran pelucon y enormes bigotazos, los estudiantes de Medicina se equivocaron, y creyendo que era otro, le dieron la gran grita.

Y es la única vez en que obraron con justicia desde que asistian al teatro.

CABALLERO 1.°—Fuera del cartel y de los cinco minutos en que sirve de figura decorativa, es un truhan en toda la extension de la palabra.

Un dia cuentan que arrancó los botones de una casaca de córte y los vendió en el Rastro.

Le *acumulan* la desaparicion de una peluca y un polison.

Todo esto probablemente no pasará de habladurías y envidias del que solicitaba su plaza, quien aseguró al empresario que era un tomador del dos, *enterrador*, *espadista* y compinche de la Vaquerina.

UNA VOZ.—Tiene su historia. Era traspunte: en un momento crítico faltó el actor encargado de lanzar una exclamacion dentro de bastidores. El traspunte tuvo una verdadera inspiracion y obedeciendo al supremo impulso de la necesidad, dió el grito culminante del drama.

Un aplauso unánime resonó en el teatro.

Jamás se habia dirigido aquel apóstrofe con mas calor, ni con mas propiedad.

Desde entonces el traspunte hace algunos papeles interiores que se determinan en el reparto con la gráfica frase, de *una voz*.

Los vestidos que requiere su papel son de cuenta de la empresa.

Cierro mi álbum fotográfico, ya que se han enterado ustedes de los rasgos característicos, la vida, milagros y méritos de algunos actores, y donde dice algunos puede leerse tambien muchos, muchísimos ó casi todos.

¿No os gustan?

A mi tampoco; pero por ahora, salvo rarísimas excepciones, no tenemos otra cosa.

Renuncio á elevarme en filosóficas consideraciones acerca de esta horrible decadencia y me limito á consignar estos ligerísimos apuntes á vuela pluma y en tono festivo, que ya dejan entrever algo de lo que no digo.

Concluyo, pues, no porque falte tela, sino porque peor es meneallo.

IV.

EL PÚBLICO.

¿Qué es el público?

Haced la pregunta á varias personas, y cada una os contestará de diferente manera.

Un quidam, le llamará muchedumbre que va al teatro.

Un matemático, suma de unidades.

Un actor silbado, conjunto de ignorantes que se divierten á costa del prójimo.

Otro aplaudido, sabio juez que premia el mérito y es infalible en sus fallos.

Una señora de palco, gente que va á los anfiteatros y entrada general.

Un escritor antiguo, ilustre Senado.

Otro moderno, populacho vil.

Un militar, masa indisciplinada.

Un pobre, reunion de personas que aun tienen una peseta de sobra.

Un guardia de órden público, barullo donde abundan los alborotadores.

Una señorita muy vigilada por su papá, pretexto para hacer guiños al teniente de húsares que se sitúa tras la columna de una galería baja.

Varios autores dramáticos, mónstruo que devora sin masticarlos cuantos manjares se le arrojan.

Otros, colectividad inofensiva de la que se hace lo que se quiere, juguete de los caprichos del genio.

Un revendedor, manantial inagotable de especulaciones; multitud de ciudadanos de buena fe que no conocen los billetes falsos, ni los duros de plomo, ni las pesetas de hoja de lata, ni los reales de cartulina, ni el precio que tienen las localidades de ningun teatro.

Un Tenorio, barullo apetecible para hacer el amor.

El gracioso de la compañía, los morenos.

El apuntador, conjunto de respetables individuos á quienes tengo el gusto de volver la espalda todas las noches.

Y en verdad que, entre tantas definiciones, no encuentro una sola que me satisfaga por completo. Todas me parecen vulgares, antiguas, poco expresivas. Cierto es que siempre pasa lo mismo cuando se trata de compendiar en pocas frases algo incoherente, vago, y hasta cierto punto *absoluto*.

¿Cuáles son las circunstancias esenciales y los caractéres del público? La respuesta tiene forzosamente que ser muy varia y poco concreta.

¿Quién es capaz de averiguar cuál es la flor preferida por la mariposa que vuela de una en otra con incesante revoloteo, haciendo gala de mudable inconstancia?

¿Quién se atreve á profetizar con seguridad las variaciones de un mar inmenso, sin playas ni puertos ni límites conocidos, que tan pronto se desliza tranquilo y sosegado, rizando apenas la corriente de cristalina

superficie, como se alza impetuoso y soberbio hasta rozar el horizonte con los negros penachos de su altivez?

He tratado de hacer observaciones detenidas respecto del particular, y solo he conseguido convencerme de que el público es una cosa indefinible. Cuando uno cree que es ateo, le sorprende con un rasgo de fanatismo religioso; cuando uno supone que es conservador, se encuentra con que aplaude frenéticamente los arranques de la mas brutal de las demagogias; cuando se le tacha de moralista insoportable y austero hasta lo inverosímil, suele asomar á sus labios la sonrisa de la tolerancia, y acoger con muestras de aprobacion chistes repugnantes capaces de ruborizar á los que leen con avidez ciertos folletines de moda. A veces consiente en ver trasformada la representacion escénica en saturnal inmunda, y luego reprueba con enérgicas manifestaciones y ardorosas protestas frases de alcance dudoso, pero cuya mal sonancia no es de las justificadas, y equívocos ligeramente chispeantes.

En una noche, en una hora, en un momento, las impresiones del público revelan cien caractéres distintos.

El público es el mundo.

Es la suma de todas las volubilidades, de todas las mudanzas, de todas las inverosimilitudes, trasformaciones y extraños fenómenos de la vida humana.

Si el hombre varía tan frecuentemente de opinion y de gusto; si la mujer es una especie de veleta—mucho mas movible que la veleta, aunque mucho mas espiritual—¿qué será el público, donde se agitan y confunden en revuelto torbellino tantos hombres y tantas mujeres?

El público se clasifica en tres grandes grupos, compuestos de los siguientes individuos: los que van á ver la gente, que son los mas; los que van á ver la funcion, que son los menos, y los que van por ir, como si se tratara de un café ó de un paseo, sin objeto de ninguna especie, que son algunos.

Los primeros acuden tarde al teatro, no miran nunca al escenario, y siempre están con los gemelos en la mano; los segundos van temprano, no pierden ni un detalle de la obra, y todo se vuelven ojos; los terceros leen *La Correspondencia*, se quejan de que no pueda fumarse, miran á todas partes y á ninguna; salen con frecuencia á los pasillos, y por lo regular.... ¡se duermen!

El público se clasifica tambien por razon de las localidades que ocupa.

Hay público de palcos, butacas, galería baja, anfiteatro y entrada general.

Los de los palcos son, por lo general, los representantes de la *hig life*, la *crème de la crème*, la *fine fleur des pois*. Allí no se habla mas que de lo mal que se porta el empresario con los abonados del turno, de trenes lujosos, de yeguas normandas, del tiro del Pichon, de abanicos de medio paso, de los últimos inventos y maravillosos progresos del célebre perfumista *Violet*, de las novedades que han llegado á casa de Mad. Honorina, de las últimas telas recibidas en casa de Montalban y Eguiluz, de la fuga de la Duquesa del Relámpago con el Marqués del Trueno, de la próxima corrida de toros á *beneficio* de la *Beneficencia*, del casamiento de A. con B., de la quiebra de C., de los amores de X., de los disgustos de R. y la alegría de *jota*, con motivo del fallecimiento de su tia la generala K., que la instituyó heredera. De todo

se habla, se rie, se bromea, se discute y se hacen comentarios, y alguna vez, cuando falta materia, hasta de la funcion. El palco es una habitacion de la casa, independiente de la misma, aunque en íntima relacion con ella; es un gabinete de confianza donde acuden los que frecuentan la casa y los que quieren frecuentarla. El palco es un coche grande, un *coche parado*, un escaparate de la hermosura, la elegancia, el lujo, la riqueza; un cuarto reservado del gran mundo, un espacio de pocos piés cuadrados, donde se representan dramas muy largos, historias trascendentales é incomprensibles misterios.

La gente de palco pasa el tiempo que dura la funcion entretenida en sus conversaciones, mirándose mútuamente y mirando á la de las butacas.

Esos adolescentes que vereis con frecuencia, muelle y graciosamente apoyados en el antepecho, si por cualquier accidente imprevisto cayeran al patio, les veriais *votar*. Como que todos son *gomosos*.

Parte de los de las butacas se entretienen en mirar á los de los palcos, otros censuran ó elogian, casi siempre con apasionamiento y exageracion la obra,—son los amigos del autor y los representantes de la prensa,—y otros pertenecen al grupo de los que van al teatro por ir.

En la galería baja suele hablarse mucho de amor y abundan las parejas de tapadillo y las citas para la noche siguiente y las apreturas, hasta el punto de ocurrir empeñarse dos en ocupar el sitio de uno. En aquellas oscuridades reinan las pasiones, y las escenas amorosas producen un *efecto* que suele servir al acomodador de *causa* para echar á alguno á la calle. Y son abonados perpétuos á tan misterioso lugar gran número de filósofos, cuyas investigaciones en busca

de lo desconocido, logran á menudo por todo resultado un bofeton simple y sonoro ó una regular racion de garrotazos.

El público de los anfiteatros y de la entrada general, que es el que con mas incomodidad ve la funcion, es tambien el que no pierde un solo detalle de lo que pasa en ella; sigue con la vista todos los movimientos de los actores, balbucea sus frases, refleja en su fisonomía los distintos efectos que va expresando la del actor que funciona, y con la boca abierta y una satisfaccion de esas que rebosan por todos los poros, se entera de cuanto sucede en la escena y lo retiene en su imaginacion para contarlo al dia siguiente, ocho ó diez veces, corregido y aumentado. Sin embargo, por falta de vista, de oido ó de inteligencia, ó de las tres cosas á la vez, son muy pocos los que comprenden la funcion tal como es.

Nunca olvidaré la prueba que hice en la noche del estreno de un precioso drama, original de un amigo mio. Quise, con la natural impaciencia de un cariño verdadero, saber el efecto que habia producido.

Entré en el palco de la Marquesa de las Cinco Rosas, y sin necesidad de formular la menor pregunta, supe que la primera dama llevaba un aderezo, regalo de su amante, y que el Vizconde del Tulipan, acompañante perpétuo de la Marquesa, no la habia dejado, con sus graciosas observaciones, enterarse del argumento del drama.

Saludé á varios amigos de las butacas y uno me preguntó si sabia quién le comprase un caballo que le habia tirado en la Castellana aquella tarde; otro me deshizo la corbata y me desabrochó el chaleco, refiriéndome cierta aventurilla, y varios me aseguraron que tenian en su casa el original, francés segun unos

y aleman segun otros, de donde estaba sacada la obra que acababa de estrenarse, primicias del talento de mi amigo, fruto de un año de laboriosos trabajos y jigantes esfuerzos de génio.

Corrí á refugiarme en las galerías.

—Yo no he entendido el argumento, decia uno.

—No habrá salido, contestaba otro, dando por suya una gracia que cuenta algunos años de existencia.

—Es una obra muy enredada; pero me gusta mucho.

—Y á mí... sobre todo el traje que saca la condesa, y lo del desafío, cuando empiezan á cuchilladas con los conjurados... Aquel chiquitin del chambergo negro ¡qué mandobles repartia!

Descorazonado iba tambien á abandonar aquel sitio, cuando ví en un rincon dos jóvenes que, con animado rostro y fácil palabra, analizaban todos los incidentes del drama, elogiándolo con cordura y dejándose arrebatar en ocasiones por un entusiasmo que hacia rodar por sus pupilas lágrimas del mas sublime de los sentimientos.

—¿Para quién has escrito tu drama? exclamé en mi interior. Para dos criaturas solamente, para dos corazones que sienten como tú. ¡Extraños resultados del génio! ¡Triste degradacion de la humanidad!

Y abandoné el teatro.

Al otro dia la prensa colmaba de elogios al público, porque juez, como siempre, recto é infalible, habia recompensado una vez mas el verdadero mérito con sus espontáneos y entusiastas aplausos.

¿Quiénes aplaudieron el mérito de la obra con espontaneidad y entusiasmo? Los dos jóvenes de la galería. El resto de la concurrencia hizo, por punto general, ruido con las manos, impulsado, más que por

admiracion hácia el drama, por ese instintivo don de imitacion, que es uno de los mas preciosos en los hombres y en los monos.

Siempre sucede igual. Una palmada oportuna puede ser causa de una ovacion; un silbido, un *¡que baile!* un *¡fuera!* en el momento en que flaquea la obra, se cansa el público ó recibe una impresion desagradable, ocasiona seguramente un terrible fiasco.

Antes, siquiera, fuese por moda ó por conviccion, el público, durante determinadas épocas, marcaba sus aficiones y sus deseos, imprimiéndoles carácter de escuela. Ahora no hay escuelas, ni aficiones, ni mas modas que las de los figurines, ni autores dramáticos, ni actores, ¡ni público!

En la esfera teatral aparecen representados unos y otros; pero no hay que hacerse ilusiones. Los dioses no se van..... Se fueron hace ya bastante tiempo, y acaso para no volver.

DOLORA DRAMÁTICA.

I.

Quien gloria quiera ganar
y eterna fama adquirir,
no escriba por escribir:
escriba para enseñar.
Si no aspira á nombre eterno
y ajenas empresas plagia,
haga comedias de mágia
segun el uso moderno.
Para ello, si en ello piensa,
procure en primer lugar
en un mes escalonar
estos sueltos en la prensa:
—El poeta D. Juan Ferrer
una mágia está escribiendo:

tendrá un éxito estupendo
Las garras de Lucifer.
—La comedia de D. Juan
se dará pronto al teatro:
tres empresarios ó cuatro
disputándosela están.
—Triunfó en la contienda al fin
el empresario D. N.
Seguros cien llenos tiene
el teatro de Moratin.
—La empresa para poner
la obra que nos va á encantar,
diez mil duros va á gastar.
¡Bien por el Sr. Ferrer!
—Una rectificacion
nos exige la hidalguía:
la obra, el asunto del dia,
cuesta á la empresa un millon.
—*Las garras* está ensayando.
—Vino un maquinista inglés.
—El estreno á fin del mes.
—No van billetes quedando.
—Setenta decoraciones
tiene el mágico portento:
callamos el argumento
por numerosas razones.
—Como saberlo conviene
y no es secreto de estado,
diremos que ya ha gastado
cuatro millones D. N.
Del uno al otro confin
del sistema planetario,
nadie hay como el empresario
del teatro de Moratin.

II.

Un hombre del pueblo. —Pero ¿no abren el despacho?
Yo no sosiego hasta ver
Las garras de Lucifer.
Otro. —Dicen que es un mamarracho.
Una mujer. —¡Insolente! Es el autor
primo mio.
El otro. —¿Y qué me importa.
Veremos cómo se porta.
Un tercero en discordia. —¿Que cómo? Ha de hacer furor.
En primer lugar, la empresa
ha hecho cien decoraciones
y restaurado telones,
como en el cartel expresa.
Un enemigo de la gramática. —La luz eléctrica *trujo*.
Un quidam. —¿Se puede creer?
El enemigo. —Es fijo:
lo sé porque tengo un hijo
que hace de segundo brujo.
Y además tendremos fieras
cuando llegue la ocasion.
Un chico. —Pero, serán de carton.
El enemigo. —No señor, que son de veras.
Y lo mas interesante
es la majestuosa pompa
con que roba con la trompa
á la dama el elefante.
Un cualquiera. —Habrá luces de Bengala.
Un alabardero. —Magnífica es la funcion.
Una persona bien informada. —Sale un hombre de un melon

al tiempo de hacer la cala.

Un pollo. —Y el autor es un muchacho....

Otro. —Pues á ser cierto, promete.

Un revendedor. —Yo doy barato un billete:
no los hay en el despacho.

Un observador. —Pues si no se ha abierto....

El revendedor. —¡Mágia!...

El observador. —Me hace gracia la estrategia:
como la funcion es regia
seguro lleno presagia.

Pasa el tiempo, aumenta el corro,
y al abrirse el ventanillo
mas de un prójimo sencillo
va á la casa de socorro.

III.

Al salir de la funcion:
—¿Qué tal es *Las garras?*
—¡Ah!
—¿Costó lo que dicen?
—¡Bah!
—¡Qué gente!
—¡Qué confusion!
—¡No vuelvo á estos apretones:
me han roto las antiparras!
—Lo menos dará *Las garras*
dos mil representaciones.
—¿Y es buena?
—No la he oido:
está tan lejos el palco....
—Muchas luces, mucho talco,

mucho bombo, mucho ruido.
—Pero, el libro...
—Ah, sí, es verdad.
—¿Es bueno?
—De todo tiene:
quien se ha portado es D. N.
¡vaya una suntuosidad!
—¿Y el argumento, aturdido?
—¿Argumento?
—Sí: deseo
conocer....
—¿Sabeis que creo
que esta noche no ha salido?
. . . . . .

IV.

Si al éxito hay que adorar,
adoremos á Ferrer
y á su mágia singular:
que á todas supo eclipsar
Las garras de Lucifer.
Mas si el vulgar arrebato
no os ha contagiado aun
preferid, y es mas barato,
obras sin tanto aparato
y mas sentido comun.

MESA REVUELTA.

Hé aquí un título que, natural y espontáneamente, surge del espectáculo de la mesa en que escribo, donde difícilmente he podido tropezar con algunas cuartillas en blanco. El admirable y hasta cierto punto artístico desórden de los libros y papeles, antes convida á un arreglo que á emborronar papel; pero una y otra cosa pueden efectuarse simultáneamente, aunque se alboroten los economistas defensores de la division del trabajo. Todo desórden supone un mundo de recuerdos, porque trae á la imaginacion la memoria de las épocas en que los objetos pudieron estar ordenados.

¿Cómo no recordar, por ejemplo, la pasada noche de trabajo é insomnio en las seis puntas de cigarros del estanco, que en la negra ceniza comprueban mi valor y hasta el vigor de mis pulmones?

¿Cómo no consagrar un recuerdo á lo caro que está el aceite mineral, examinando la mancha que quedó sobre los libros al llenar la lámpara una mano desdichada?

La salvadera, invertida, determina el paso junto á ella del menor de mis hijos; el libro abierto, las últimas impresiones que produjo su lectura en mi ánimo; el otro volúmen, cerrado todavía, una solicitud indirecta de elogio en la prensa; finalmente, hasta la moneda falsa de veinte reales que tengo á la vista, me

recuerda los tiempos en que tuve algunas de curso legal.

***

Empecemos ordenando cartas.

Sí; esta es de un desgraciado que tiene veinte mil duros en papel del Estado.... me pide dos pesetas para comprar pan. La siguiente es una invitacion para asistir á la apertura de un colegio.... recuerdo que fuí y tuve que escuchar un discurso de variaciones sobre el tema filosófico de *el ser*, *el no ser* y *el venir á ser*. La otra que sigue es de un desengañado de la política, que se ha dedicado á la farmacia, y ha hecho bien. Otra papeleta, tambien litografiada, me participa una desgracia.... la boda de un amigo. La que sigue tiene un filete negro, y denuncia la muerte de otro amigo.... ¡oh! de este no dirian nada los periódicos.... el pobre no fundó sociedades de crédito, ni fué siquiera gobernador de provincia.... Ha muerto víctima de su suegra, bajo la forma patológica de una tifoidea.

¿Y esto? ¡Ah! ya recuerdo; la poesía que me trajo un aprendiz de literato para que la colocase en cualquiera de los periódicos en cuya redaccion tomo parte. Y no empieza mal:

> Cóncavo, rojo ruje el firmamento,
> penumbra negra rompe el horizonte;
> rutilante relámpago del monte,
> fragoroso, conmueve hasta el cimiento.

Lo que sigue es mas flojo; pero la composicion tiene cerca de mil versos. Le aconsejaré á su autor que escriba en prosa.

Cuartillas manuscritas.... Probablemente se habrá perdido alguna, dejando el trabajo incompleto.... Es

el artículo de fondo para pasado mañana; esto me recuerda que tengo que mandar un suelto á *La Correspondencia*, diciendo que mi periódico va á publicar un artículo al que se atribuye gran importancia. Es la última moda establecida por algunos diarios.

***

Ordenemos los recortes de periódicos. De estos primeros no diré nada, pues sé que fueron multados por el gobernador de la provincia. ¡Pobres periodistas!... A fuerza de pagar multas, van á tener que ir á los Asilos del Pardo, cuya piadosa institucion se debe á otro gobernador, al Sr. Moreno Benitez. ¡Qué coincidencia!

Este otro, por el tipo, debe ser de un periódico sevillano, y habla de un D. Francisco Moguer que ha inventado el medio de alargar la vida, y ha presentado una Memoria á la Academia de Medicina de aquella ciudad. Desde que mi amigo Fernandez Bremon escribió su precioso juguete *El elixir de la vida*, desconfío de semejantes inventores, inclusos el doctor Garrido, y Brea y Moreno. Sin embargo, ahora que se trata de publicar un periódico titulado *El Suicidio*, no está demás que haya filántropos que pretendan alargar la existencia, ni mas ni menos que si fuera de goma elástica.

Una tarjeta de la nueva tiple del Real, recomendándose á la prensa con este acto de cortesía. La costumbre no me parece mal; pero creo que hubiera obrado mas prudentemente remitiendo otra tarjeta á cada uno de los concurrentes del Paraiso, únicos jueces inapelables en el teatro de la Plaza de Oriente.

***

—¿Qué es esto?

—¡Ah! ya lo recuerdo.... Una carta de mi ilustre amigo A. de T. En ella contestaba á una pregunta mia referente á un original y útil trabajo del ya difunto académico Sr. Cutanda. Tiene para mí tal encanto todo lo que produce la pluma de mi amigo T., que he de leer nuevamente su epístola, fechada hace tres años:

«Amigo mio: Me pide Vd. noticias de una publicacion que tiene entendido se ha hecho en Madrid, no há mucho tiempo, titulada *El teatro de los ciegos*, y tengo el sentimiento de andar á tientas en la contestacion á su estimada y atenta carta. Lo único que sé es que el académico de la lengua D. Francisco Cutanda ha publicado, en la biblioteca titulada *La familia cristiana*, una obra que lleva aquel título, y que, segun he oido decir, tiene por objeto dar á conocer un descubrimiento que el señor académico ha hecho, consistente en un nuevo género de literatura dramática, cuyas bellezas se aprecien con el entendimiento y no con los ojos, por lo cual hasta los topos que no los tienen, ó al menos de maldita la cosa les sirven, como aquellos de quienes habla la Biblia—tienen ojos y no ven,—pueden gozar de todos los encantos del teatro.

Mis muchas ocupaciones no me han permitido examinar este curioso invento; pero mas de una noche, en mis desvelos, me he dado de calabazadas en la cama tratando de adivinar qué será ó qué no será el descubrimiento del ilustre académico *Teatro de los ciegos*.... Este nombre se le puede dar con mucha propiedad á una buena parte del teatro español moderno mas aplaudido, porque los que le han tolerado y toleran indudablemente están ciegos. ¿Cómo no lo han

de estar los que gustan, por ejemplo, de las zarzuelas bufas y de los excesos cancanescos de que viven una porcion de teatrillos y de autores de tres al cuarto? ¿Cómo no han de estar ciegos los espectadores que aceptan esa literatura fiambre, que consiste en refundiciones, retraducciones y repeticiones de una misma obra, mil veces vista y leida? ¿Cómo no han de estar ciegos los aficionados á la música que no ven plagiarse hasta á sí mismos á los mas eminentes maestros?

Por lo demás, si el estudio del Sr. Cutanda satisface, como me aseguran, á los que no tienen ojos en la cara, y á los que los tienen en la cara y el entendimiento, digo que la Academia Española tiene suerte contando entre sus individuos al Sr. Cutanda, y que los que extrañaron su eleccion para aquel cuerpo literario, empezarán á convencerse de que no supieron ver el mérito del autor de *Doña Francisca* y otras obras muy apreciables.

Dios conserve á Vd. la vista y no tenga que utilizar el *Teatro de los ciegos*.»

Tiene razon mi amigo: El asunto es importante y merece estudiarse. ¡Lástima que haya muerto su ilustrado inventor!

Noticias de libros y cuadros nuevos: pasarán á aumentar mi archivo.

Una carta mia escrita hace dos años y que todavía no la he mandado al correo, por no quitar sus ilusiones al bueno de D. Lúcas Jimenez y Cid, maestro de escuela de Retamarejo. Recordaré, leyéndola, el efecto que me produjo su drama:

«Muy Sr. mio: He leido con el mas justificado interés el drama que ha tenido Vd. la bondad de remitirme para que se represente en alguno de los teatros de Madrid; pero antes de presentarlo, creo que seria muy

conveniente que hiciera algunas modificaciones, que me voy á tomar la libertad de indicarle. El monólogo del barba podria reducirse muy bien á tres ó cuatro mil versos, pues para llegar á decir que se ha enamorado de Felisa, no es necesario que nos manifieste los trabajos que le ocuparon en sus primeros años, ni la parte que tomó en la batalla de Otumba, por muy curioso que sea á los eruditos averiguar que fué él y no Hernan Cortés quien la ganó, segun la vulgar creencia. El carácter de Felisa me parece poco acentuado, pues no se explica bien que, despues de su enérgica exclamacion

....¡hombres.... para quemarlos!

caiga en el mismo acto en la debilidad de decir:

¡Maldicion! ¡Maldicion! ¡Sorbióme el seso
la palabra traidora de mi Cárlos!

Por otra parte, ó es, como dice,

....una paloma pasajera
que en el nardo sutil bebe el rocío,

ó debe ser en todo el drama

la rencorosa, altiva y ronca fiera
que asesinó á su padre y á su tio.

Mas grave es, amigo D. Lúcas, que el galan, desesperado por los desdenes de Felisa, se marche en el primer acto á unirse á D. Pelayo, que ha levantado en Astúrias la bandera de la patria, y que en el sétimo descargue los seis tiros de rewolver sobre el barba, pues esto es un anacronismo, que no disculpa la misma belleza de la agonía de la víctima cuando dice:

El sexto tiro que en mi sien retumba
me da claro á entender que me aborreces...
ya me marcho á la tumba;
desde su fondo rezará mil preces
el vencedor de Jerges en Otumba.

Existe además en su obra una dificultad insuperable. Acostumbrado el público á ver en una sola noche un drama entero, no creo que aceptaria la innovacion de asistir durante una semana al teatro, si ha de seguir todas las peripecias de la obra del poeta. Podria Vd. quitar quince ó veinte de los actos, y así quedaria mas admisible. No se obstine Vd. en ser el Wagner de los poetas dramáticos.

Respecto á que el interés vaya decayendo, ese es defecto de poca monta, pues puede corregirse representándola en órden inverso; esto es, empezando por el desenlace, lo cual le daria cierta novedad. Ya sabe Vd. que Breton de los Herreros dijo algo de esto en *Un tercero en discordia*, al escribir:

.....Échele Vd. un remiendo,
los tres actos refundiendo
y empezando por el último.....

En una palabra, haga Vd. la obra de nuevo y mándesela despues á Vico, pues me consta que carece de obras de tan subida importancia como la que encierra *El reto de los jigantes*. De todas maneras, y si las intrigas de teatro imposibilitan su presentacion al público, le queda á Vd. el recurso de representarla en su casa, delante de su amable esposa y de sus tiernos hijos, á quienes proporcionará muy buen rato.»

Unos versos mios, leidos en la *Fiesta del trabajo*,

que se verificó en el suntuoso palacio de *La Correspondencia*. Y al decir leidos, solo me refiero á que lo fueron en un gabinete, ocupado por los fumadores, pues Santa Ana, que es tan modesto como afortunado, me suplicó que no le pusiera colorado en el salon.

He de incluirlos en alguno de mis libros, sin que él lo sepa, tanto porque en ellos hago justicia al incansable periodista y al héroe del trabajo, como por si es tal su modestia que agota la edicion del libro, para no ponerse nuevamente colorado ante el público.

Hé aquí los versos:

AL SR. D. MANUEL MARÍA DE SANTA ANA.

(En la fiesta de la paz y el trabajo.)

Fuera en mí poco cumplido
dejar sin contestacion
la galante invitacion
que anteayer me has remitido;
y á realizar tal deseo
vengo, y la amistad me abona,
á traer mi carta en persona....
porque le temo al correo.
Yo, que no incienso al poder,
que humilde y oscuro vivo,
que para comer escribo
y escribo, si he de comer;
que en mi honrada independencia
y al trabajo consagrado
elogios no he tributado

al poder ni á la opulencia,
en la fiesta de este dia
llevar quiero el incensario....
yo, humilde *folicular*io,
como no sé quién decia.
Y á fé que no sin razon
tu convite aquí nos trajo.
¿Quién como tú en el trabajo
funda su mejor blason?
¿Quién, nacido en pobre cuna,
consiguió por buena suerte
sujetar con mano fuerte
la rueda de la fortuna?
Yo, que estoy en el secreto
de su laboriosa esencia,
miro á *La Correspondencia*
con cariñoso respeto,
que en los miles ejemplares
que por toda España vende
el fuego bendito enciende
en numerosos hogares.
No sé si está bien escrita;
sé que su intencion es buena,
y es productora colmena
donde la honradez se agita.
Si al saber esta funcion
exclama la gente extraña:
«¿Hay quien trabaje en España?»
«¡Qué enorme trasformacion!»
Digamos envanecidos
á la duda contestando:
Si hemos vivido soñando
hoy vivimos advertidos.
Hemos llegado á saber

que para lograr ventura,
solo hay una fuente pura
que nunca quisimos ver....
El trabajo: la ley santa
que el cielo imponernos quiso;
lo que trueca en paraiso
todo erial bajo la planta;
lo que la miseria ahuyenta;
lo que la desdicha trunca;
lo que no se agota nunca;
lo que el bienestar aumenta;
lo que nos da libertad
rompiendo nuestras cadenas;
lo que mitiga las penas
y amengua la adversidad:
el trabajo, del que en pos
brota siempre un beneficio,
¡la fuerza que rinde al vicio,
y nos aproxima á Dios!

***

Estos apuntes son ya viejos y carecen de objeto.

La creacion de una academia femenina en Paris.... la orquesta de profesoras de Viena.... la llegada de una *médica* á Madrid acompañada de dos practicantes hembras.... la matrícula de varias señoritas en el Instituto de segunda enseñanza de San Isidro.... la publicacion de treinta novelas y dos dramas, debidas á escritoras españolas....

De todas las anteriores noticias, la que mas me agrada es la de la Doctora americana. Yo comprendo que al ver á una mujer se ponga uno malo; pero no que al ser visto por ella se ponga bueno. Sin embargo, tal preocupacion y antipatía me inspiran los mé-

dicos, que no dudo que, en un caso dado, me acostumbraria á la innovacion y me dejaria tomar el pulso y examinar la lengua por una doctora de veinte á treinta, aunque al curarme el hígado me hiciera enfermar del corazon.

No sé el resultado que logrará en España la doctora; pero creo que la galantería obligará á enfermar á cuantos la traten, siquiera para ser objeto de un reconocimiento profesional. Y esta es otra de las cosas en que las señoras mujeres se han propuesto anular al sexo feo, despues de haberle quitado todas sus prendas de vestir y casi todas sus costumbres sociales. Para lo que no se muestran muy dispuestas es para el servicio militar; ni el ejemplo de la Monja-alférez, ni el mas reciente de Agustina Zaragoza mueven su entusiasmo, ni sé de muchacha alguna que haya solicitado entrar en suerte para el reemplazo del ejército. Es de esperar que la preponderancia femenina vaya en aumento y que á la vuelta de algunos años tengamos los hombres que reducirnos al punto de calceta y al *crochet*, mientras que nuestras esposas hablen en los tribunales, discutan á la cabecera del enfermo, enreden una testamentaría, monten una guardia, preparen unturas y cocimientos, disputen en las cámaras, hagan artículos de fondo, persigan á las malhechoras en los caminos ó alcancen triunfos académicos.

¿Es esta la mision de la mujer?

¿No logra mayores y mas legítimos triunfos en la oscuridad modesta del hogar?

No participo de la absurda opinion de la antigüedad, que suponia á la mujer un animal algo mas bonito que los otros; creo ridículo el dictámen, aunque su procedencia sea respetable, de ser discutible si la

mujer tiene alma racional como el hombre, pues para mí basta la Divina figura de la Madre del Redentor para saber á qué atenerme. Amo y reverencio á la mujer que, como ha dicho el inolvidable Breton con frase tan tierna como cáustica:

De niños nos amamanta,
De jóvenes nos adora.....
Y de viejos nos aguanta.

Creo que en el sublime momento de encarnarse el Hijo de Dios, la emancipacion de la mujer quedó realizada, sin que fuera preciso para ello creaciones de academias, libertades profesionales, discusiones de club, ni discursos incendiarios pronunciados en un *meeting* al aire libre. Para aquella emancipacion no fueron ciertamente necesarios folletos subrepticios, conspiraciones armadas, ni barricas de petróleo; bastó la Divina voluntad, y fué realizada.

En la figura de María se encuentran reunidos los dos caractéres que bastan para hacer respetable y digna á la mujer en la sociedad. Si nuestras compañeras durante la vida no pueden tener simultáneamente ambas condiciones, con una sola que logren, tienen adquiridos el respeto, el amor y la consideracion del sexo cuyas atribuciones aspiran á suplantar.

La virginidad y la maternidad solo en la Madre del Salvador pudieron encontrarse reunidas, pero aun separadas constituyen los timbres mas preciados de la mujer.

***

Mas arreglada ya la mesa, examinaré los libros que esperan turno en mis revistas bibliográficas, á

riesgo de que mi buen amigo D. Cayetano Rossell vuelva á preguntarme, con intencionada sonrisa:

—¿Pero se publican efectivamente tantos libros buenos, como dice Vd. en sus artículos?

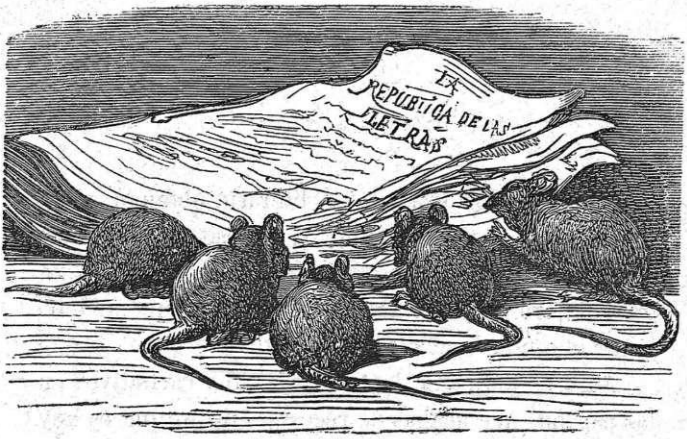
. . . . . .

Para que una produccion literaria obtenga en la actualidad el favor del público, necesita, en mi opinion, que sea muy buena ó que sea muy breve. Ya que mi libro no pueda tener la cualidad primera, debo hacer que no carezca de la segunda.

Algo he indicado, lector benévolo y caritativo, en las páginas que acabas de recorrer, de lo que es hoy la república literaria; pero más, mucho más he omitido de sus misterios, sus costumbres, sus penalidades y sus extravíos. La impaciencia por ofrecerte los cuadros hechos, me ha impedido acabar otros que traigo entre manos; pero todo se andará si la salud no me falta ó me desalienta tu desvío, que no lo espero.

Humilde jornalero de las letras, me acojo á tu bondad, esperando que compres el librejo que te ofrezco. Tristísimo seria para mí que te hicieras el sordo á

mi llamamiento y que llegara á realizarse la caprichosa invencion con que un artista me ha obsequiado, para que sirva de remate á las festivas páginas de mi *República de las letras*.



ÍNDICE.

	Págs.
Introduccion	v
El primer periódico	7
La tertulia de la librería	17
Un poeta	24
Poetas de circunstancias	29
¡Pobres poetas!	34
Talleres literarios	38
La propiedad es un robo	48
Una sesion académica	52
El redactor universal	57
Periodistas de pega	62
Hinchar á un hombre	67
Espíritu de la prensa	72
Código de un maldiciente	76
Recuerdos periodísticos	85
Los sabios	95
Los demoledores	101
La asociacion de escritores	106
Gazapaton literario	112
Las dos noblezas sangrientas	120
Tapas y medias suelas	131
Plan de un drama	136
Apuntes teatrales	143
I.—Los autores	143
II.—Los actores	150
III.—Tarjetas americanas	153
IV.—El público	170
Dolora dramática	178
Mesa revuelta	183
Conclusion	197

Véndese esta obra al precio de 8 rs. en las principales librerías y en casa del Autor, Ave-María, 37-39, principal.

Del mismo:

Moral infantil. Páginas en verso, 8 rs.
Novísimo diccionario festivo. (Segunda edicion.) 6 reales.
Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol. 6 rs.
Bocetos y borrones políticos y literarios. 4 rs.
Cartas á un niño sobre la Economía política. 4 rs.